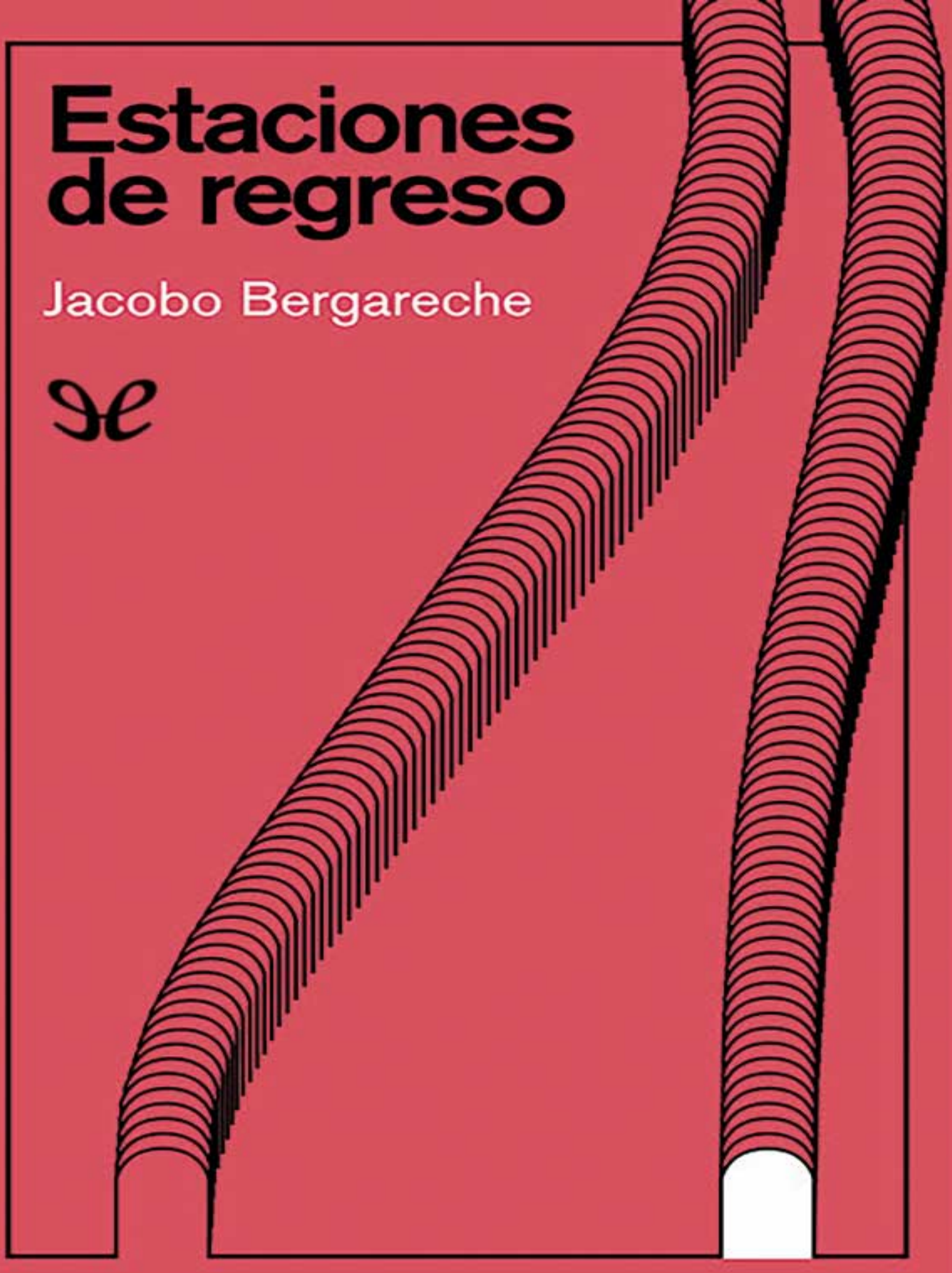
Estaciones de regreso

Jacobo Bergareche



Este es un libro sobre el duelo y es también el detonante para modificar todo lo que hemos convertido en cotidiano, lo que cambia el foco y la lente con los que vemos el mundo y su recuerdo. Un camino que se abre para transformarnos en algo nuevo. Escrito con las herramientas de la mejor literatura, arriesga y conmueve por su sinceridad, sin ahorrarse ninguna verdad incómoda.

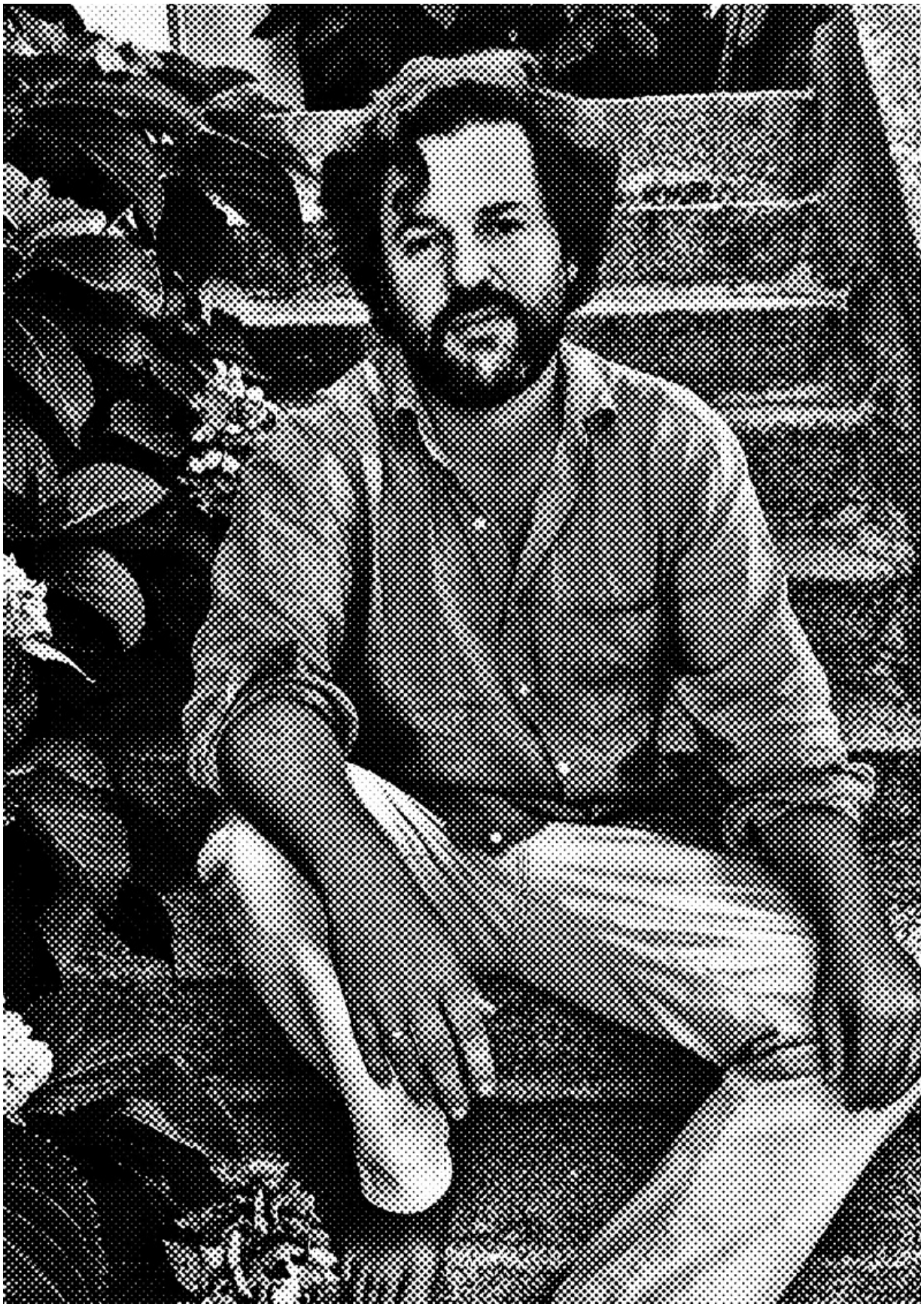
Jacobo Bergareche

Estaciones de regreso

ePub r1.0
Titivillus 18.10.2022

Jacobo Bergareche, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A la memoria de Roque.
A mi madre, que me dijo que escribiera algo.

et mutam nequiquam adloquerer cinerem.

Catulo, 101

We all got holes to fill,
Them holes are all that’s real.

Townes Van Zandt

1. La muerte y lo nuevo

Mientras mi padre nos contaba por teléfono que habían asesinado a mi hermano pequeño se podía ver desde el balcón, tras los setos de mirto y laurel donde termina el jardín, a una pequeña cierva que comía bellotas debajo de una encina. Los primeros rayos de la mañana recortaban la silueta de su lomo con contornos dorados; en su quietud parecía un ídolo pagano. No recuerdo bien los primeros gestos de mi hermano o mi madre al recibir la noticia, solo recuerdo a la cierva, con la cabeza gacha, impertérrita. Sé que antes de entregarnos al duelo hubo una escena de mucha urgencia planificadora, a quién informar primero, cómo volver de inmediato a Madrid, qué hacer con los niños, pero no guardo un registro visual de aquellos momentos en mi memoria. No hay detalles.

Lo siguiente que recuerdo con viveza es salir solo al jardín, quedarme en cuclillas, escondido tras un pequeño limonero, observando de nuevo desde allí a la cierva. Ella irguió el cuello y se giró hacia mí, quizá me distinguió tras el árbol, quizá solo percibió algo de ruido y movimiento. El animal se quedó un largo rato mirando suspicazmente el limonero. El sol había subido algo más, ya se podían distinguir bien todos los colores del campo, los primeros

brotes de hierba bajo el pasto seco que había dejado el verano. Aunque entendía que había una belleza obvia en esa estampa bucólica, me sucedía que era incapaz de ver nada en ella. Cada objeto aparecía aislado, no armonizaba con los demás, eran como partes sueltas que no componen un todo, palabras inconexas que no crean frases ni sentido en su conjunto. Cierva. Hierba. Mirto. Laurel. Encina. Sol. Mi mente había dejado de ordenar cada objeto para construir una escena, cada cosa existía por separado. Había algo absoluto en todos ellos, cada cosa me miraba con la solemnidad hermética de una estatua egipcia, me impedían penetrar en ese paisaje con la imaginación, la emoción o la memoria. En cierto modo, era la primera vez que veía así una cierva, una encina o una mata de laurel.

Al rato la cierva dejó de mirarme y se alejó trotando hacia el monte. Miré entonces el limonero y encontré un brote de azahar, acerqué la nariz a la flor, cerré los ojos y la olfateé hinchando los pulmones y concentrándome solo en el aroma. Y ocurrió algo similar a la reacción que me provocó la estampa bucólica de la cierva poco antes. El aroma era perfectamente reconocible, pero no excitaba nada en mí, no conectaba con ningún recuerdo, no me transportaba a ninguna primavera pasada, ni a la sorprendente mermelada de flores de azahar que hacía Jaleh, la madre de un amigo iraní, ni al frondoso patio del monasterio de Palma del Río, donde aprendí la diferencia entre un limonero lunero y aquel que florecía en primavera. En cierto modo, ese aroma había sido apisonado junto con todos los demás estímulos de aquel paisaje; todo era liso, todo estaba arrasado, no quedaba ninguna de las puertas por las que uno podía adentrarse en la memoria. Parecía la primera vez que lo olía, no quedaba nada reconocible en aquel aroma.

Permanecí allí un buen rato, en cuclillas bajo el limonero, esperando en total desconcierto a que se me rompiera algo por dentro, a que se me resquebrajara la presa que contenía el llanto, pero no hallaba en mí ningún interruptor, ninguna mecha, ningún fusible que pudiera desencadenar las emociones que suponía que deben dominarle a uno cuando recibe la noticia de que una de las personas a las que más quiere en el mundo ha muerto de un tiro en la cabeza. Constaté que el aparato emocional se había bloqueado claramente y que solo me quedaba la inteligencia, que operaba con total aislamiento de los sentidos y de los recuerdos. Me vino con total calma y lucidez la noción de que la muerte era para siempre, un encuentro con la eternidad, y que por tanto no había ninguna urgencia en ella. No era urgente llorar, ni tratar de comprender lo que había ocurrido, ni comunicarle nada a nadie. Tendríamos el resto de nuestra vida para ello.

Paseé bajo los limoneros, observando con cierto asombro ese divorcio absoluto entre el paisaje exterior y el paisaje interior, ambos atrapados en celdas de silencio. Deseaba poder sentir, y no pensar, y sin embargo solo podía pensar sin sentir. Saqué el teléfono y pensé a cuál de mis amigos debía llamar primero para comunicárselo. Me preguntaba a quién le dolería más, tanto por su amor hacia mi hermano como hacia mí, la lista de amigos era reconfortantemente larga.

Luego consideré quién expresaría con mayor contundencia y desnudez su dolor en el momento de la llamada, y supe que debía llamar a mi amigo Álvaro. Tenía la necesidad de contárselo a alguien, de escucharme narrar la desgracia que acababa de ocurrir y de oír el llanto de otro para poder empezar a sentirlo yo también, para romperme y salir de aquel vacío.

Llamé a Álvaro, que previsiblemente pasó por todas las fases de quien recibe una noticia como esa, la incredulidad inicial, el «estás de broma», el balbuceo, el enmudecimiento y por fin el llanto inconsolable. Escuché en su voz tonos y giros que nunca antes había advertido, le oí llorar por primera vez, traté de desencadenar mi llanto con el suyo, al igual que una carcajada desencadena otras, o quizá como quien arrima un cigarrillo a otro para prenderlo. No hubo manera; el llanto de mi amigo pasó por mí como aquella cierva y como aquel perfume de azahar.

Al contrario que mis padres y mi otro hermano, yo me había negado a verlo: no quería que la última imagen de mi hermano fuera la de un cadáver. Me resistía también a ver el ataúd. Me quedé fuera del tanatorio, recibiendo a esa procesión de personas —algunas tan familiares, otras inesperadas y ya casi olvidadas— que, juntas, representan todas las épocas y círculos sociales de nuestras vidas, como quien observa el dibujo de círculos concéntricos que revela un árbol solo después de ser talado.

Permanecía en un estado emocional invariable en el que la nota dominante era un estúpido sentido del humor bastante cerebral con el que exploraba todas las posibilidades de comedia que ofrecía esa situación absurda. Bromeaba con mis amigos sobre aquel despropósito arquitectónico que llaman tanatorio, un amasijo de hormigón que asoma sobre la M-30 de Madrid, y cuya lógica me recuerda de alguna manera a la de un aeropuerto, un sitio impersonal a las afueras de la ciudad, preparado para el tránsito de masas, en el que entran sin cesar y a cualquier hora del día o de la noche gentes de todas las edades, razas y clases sociales, con paso urgente, con gesto confuso, sin saber muy bien adónde se dirigen, buscando información en un vestíbulo central donde se anuncian, como las puertas de los vuelos, las salas donde está

aparcado cada muerto, antes de partir para siempre, y donde todo el mundo se despide, y aguarda largo rato dispuesto a todo tipo de retrasos, y está incómodo, y siente ganas de tomar un trago y desea salir de allí rápidamente.

A ratos me paseaba con amigos por las demás salas y especulaba sobre los otros muertos, ancianas carcomidas por un cáncer, abuelos cuyo corazón se paró en medio del sueño, cadáveres maduros que suscitaban comentarios manidos —«es lo mejor que podía haberle pasado»—, y creía distinguir a los hijos de los yernos por el llanto contenido de unos y la cara de fastidio de otros. La comedia se me aparecía por todas partes, y según llegaban mis amigos, uno a uno, los sacaba aparte y los llevaba de paseo por aquel absurdo reino de la muerte, jugando a ser, en mi imaginación, una parodia del Virgilio cicerone en el infierno de Dante.

La única sala donde me resistía a entrar a mirar era aquella donde estaba el ataúd de mi hermano, pues sabía muy bien que no era la muerte lo que allí me encontraría, sino algo mucho más singular y poderoso frente a lo cual se desactivan todas las tácticas que el sentido del humor emplea para establecer la distancia que evita el golpe definitivo, el derrumbe.

Ese algo tan poderoso era el relato de esa muerte, que no admitía alteración alguna, presentaba la anatomía perfecta de la Tragedia, manifestaba con gran escándalo cada uno de los requisitos del género, como si se tratara de una lección práctica de teatro clásico: una novia con fecha de boda enfrentada al repentino e inexplicable asesinato de su novio, el bello cadáver de un joven prometedor y sinceramente querido por la muchedumbre que congregaba. Era de suponer, por tanto, que merced al ineludible influjo que las tragedias ejercen sobre aquellos que las sobreviven, lo que me esperaba al fondo de esa sala

no era una muerte, sino el hecho más relevante y definitorio del resto de mi vida, y de la vida de las personas de las que mi felicidad depende. No había pues prisa alguna para entrar ahí y enfrentarme a esa realidad.

Después de que casi todo el mundo que uno espera hubiera aparecido, y cuando ya había aliviado con varias bromas el penoso trámite de darme el pésame por el que estaban obligados a pasar todos mis mejores amigos, me encaminé solo hacia el fondo de la sala, aún en ese estado contemplativo regido exclusivamente por el intelecto en el que me encontraba desde que mi padre me dijo que mi hermano pequeño había muerto. Crucé la sala principal, donde había varias conversaciones improbables entre personas que uno jamás habría imaginado juntas —como esa profesora de nuestro colegio que hablaba con una amiga bilbaína de mis padres a la que no veíamos desde los años ochenta—, pasé a otra sala más pequeña donde mi madre estaba arropada por su círculo social más reciente, aquel que había construido en los últimos cinco años, gente cuyo presente yo entendía perfectamente y cuyo pasado desconocía por completo, en la misma medida en que desconocía el presente de aquella profesora y comprendía perfectamente su pasado. Llegué al vano que había a la izquierda del muro que separaba esa sala de la cámara del fondo donde no había querido entrar aún. Lo atravesé, vi la mampara y detrás el ataúd rodeado de coronas de flores, todo ello parecía el escaparate de una floristería improvisada y siniestra. Entendí que en esa caja de madera estaba todo lo que no quería ver, y en ese mismo momento se derrumbó todo el discurso de mi conciencia, se resquebrajó la presa, se me inundó la mente, se acabó el lenguaje y no pude hacer otra cosa que llorar desconsoladamente, de rodillas en el suelo, golpeando el cristal. Por fin se me apagó la conciencia, y después no

recuerdo mucho más, simplemente me vacié, me sometí al proceso fisiológico del llanto incontrolado. Fue liberador. Lo siguiente que recuerdo es verme arrastrado por dos de esos amigos recientes de mis padres fuera de aquella sala hasta la calle, sujeto por sus brazos, mi peso sobre ellos como una marioneta, incapaz de controlar músculo alguno. No sé qué me decían, pero era evidente que trataban de calmarme, intentaban devolverme a un estado consciente y de autocontrol, y a medida que recuperaba la compostura les iba odiando, porque solo quería dejar de oír mis pensamientos y deshacerme en esos gritos que al fin traían silencio a mi cabeza.

Al salir del tanatorio, ya de noche, me ocurrió que todos los objetos, los sonidos y los olores volvieron a hacerse penetrables, y todo estímulo del presente estaba inextricablemente conectado a la memoria y tenía el peso suficiente como para dejar una huella emocional. Un *gin-tonic* era el primer *gin-tonic* que me tomaba sin mi hermano en el mundo, y las calles de Madrid eran por primera vez las calles de Madrid en que jamás me cruzaría con él, y cada canción era la primera vez que la escuchaba sin poder compartirla con él, y esa ausencia irreparable confería a todo aquel y a todo aquello que me encontraba una sensación de novedad. Durante un tiempo, todo era una primera vez; más exactamente, una primera vez sin mi hermano.

(Austin, Texas, mayo de 2016).

2. Las primeras veces

Dan Gregory tenía un cuaderno donde registraba todos los encuentros sexuales que tenía con su novia. Cada entrada llevaba la fecha, la hora y quizá algún apunte que le ayudara a recordar cómo había sido la experiencia. Cuando llegó a la cifra redonda de cien polvos, Dan, que pese a brillar con luz propia entre todos los alumnos era un tipo reservado y muy poco dado a los alardes, no pudo evitar mostrar su cuaderno a un par de amigos íntimos. Eso bastó para que el cuaderno adquiriera la categoría de mito entre todos nosotros, aunque en realidad no conocí a nadie que lo hubiera visto alguna vez, y Dan nunca se prestó a aclarar si tal cuaderno existía.

Por aquel entonces yo vivía en un pequeño internado en Dorset donde para ver a una niña de mi edad había que caminar dos horas hasta el pueblo más cercano. Las proezas de Dan Gregory quedaban totalmente fuera de mi alcance y hasta de mi imaginación, y para evitar frustraciones me esforzaba en ajustar mis ambiciones sexuales a la realidad, y limitaba mis fantasías a la aspiración de plantarle un beso fugaz en los labios a la vecina de un compañero de cuarto que me había invitado a pasar un fin de semana en su pueblo y que me aseguraba

que con un poco de ginebra, que les robaríamos a sus padres, los labios de su vecina se me pondrían a tiro.

Después de aquel año interno volví a España y nunca más supe del tal Dan, pero siempre me quedó un vivo recuerdo de ese cuaderno que jamás vi y que tan bien explica aquella época en la que aún llevábamos la cuenta de nuestras grandes experiencias, de nuestras primeras veces. Esos años en los que aún sabíamos cuántas veces habíamos besado en la boca a alguien, cuántas nos habíamos emborrachado, cuántos porros habíamos fumado, cuántas veces habíamos arrancado el coche de nuestro padre en secreto, cuántos discos habíamos comprado, cuántas veces habíamos dicho «te amo», si es que alguna vez nos habíamos atrevido a utilizar esa fórmula frente al menos comprometido «te quiero».

Dura poco esa época en que coleccionamos las experiencias y podemos contarlas, y compararlas, y tocamos un pezón y no sabemos cuándo volveremos a tocar el siguiente, y transcurren meses hasta que volvemos a encontrar la ocasión de arrancar el coche de un adulto y dar una vuelta a la manzana, y pasamos días y noches anticipando algo que va a ocurrir y que va tomando forma poco a poco, como el consentimiento de un primer amor a desnudarse confiadamente en la penumbra de su cuarto durante una ausencia de sus padres, de sus hermanos…

Luego perdemos la cuenta, en algún momento todo está repetido. Incluso lo que nunca hemos visto o hecho antes forma parte de lo ya vivido de alguna forma. Uno siente que no quedan grandes emociones, por mucho dinero que uno tenga y por muy lejos que uno viaje. La impresión de entrar por primera vez en Udaipur nos recuerda lo que sentimos la primera vez que atravesamos como mochileros las puertas de la muralla de Fez. La sensación de recibir unos codiciados Crockett & Jones como regalo de Navidad me

sabe a poco si en ese mismo momento recuerdo la emoción de mis primeras zapatillas de marca, unas Reebok usadas de mi abuelo que puse en mi mesilla de noche para no dejar de mirarlas mientras me quedaba dormido y que llevé hasta que los dedos de los pies se me salían por los agujeros de las puntas. Una comida en un tres estrellas Michelin no puede competir con la sorpresa que me causó el primer bocado de atún crudo con *wasabi* en un japonés barato y cutre de un aeropuerto americano, cuando todavía no había probado pescado crudo ni salsas picantes ni había salido del canon de la cocina española que se comía en casa. Incluso las experiencias ilegales y de riesgo, con el tiempo, no alcanzan a sentirse más que como eco de otras experiencias primeras, y así la ingesta de una nueva droga de diseño nos recordará a lo sumo lo familiarizados que estamos con esa sensación de impaciencia y ansiedad que tan excitante resultaba en nuestras primeras experiencias con drogas, cuando tratábamos de identificar los primeros efectos de una alteración de la conciencia.

Pasamos un buen rato tratando de volver a esa dimensión trascendental de la experiencia que tienen las primeras veces, y terminamos por descubrir que cuanto más lo intentamos más superficial se vuelve todo. Ocurre con el lenguaje, más que con ninguna otra cosa; las palabras acusan el desgaste del uso muy pronto, se vacían por completo en cuanto las incorporamos a nuestro hablar de manera intencionada, aquella sensación de transgresión, madurez o poder que teníamos la primera vez que decíamos palabras como *puta, hostia, coño* desaparece pronto, las palabras se hacen ligeras, gaseosas, pierden la solidez, sus bordes cortantes, la inmensa gravedad que revestían, y dejamos de oírnos decirlas, se acaban el terror y el inmenso respeto que tenían expresiones impronunciables como *perdón*, o como *te quiero*. Todo se vuelve pronunciable, y

cualquier palabra se mueve en nuestro pensamiento con la misma facilidad que el aire por nuestra garganta.

El rango en que se mueven nuestras experiencias termina estrechándose hasta abarcar solamente el trecho que separa lo que nos agrada de lo que nos desagrada, lo que nos gusta y lo que no, y a partir de cierta edad nos podemos dar por satisfechos si sabemos distinguir aquello que nos sienta bien de aquello que nos sienta mal y actuar en consecuencia para no hacernos daño.

Luego, de repente, aprendemos que la emoción de una primera vez se puede volver a palpar por contagio. Nos enamoramos y queremos llevar a nuestro ser amado a ver cómo rompe la ola en el rompeolas del pueblo al que íbamos de niños en verano, y la espuma de esa ola nos vuelve a emocionar en la medida en que emociona y sorprende a la persona a la que amamos. Y vuelve a cobrar todo su poder aquella canción que escuchamos hasta el hastío cuando la descubre nuestra pareja y aprende a cantarla, y todo aquello que estaba en el territorio de lo que nos gustaba o meramente nos agradaba vuelve por un momento a hacerse profundamente excitante, casi podemos rescatar en todas esas cosas algo de la emoción de las primeras veces, en la medida en que vuelven a ser primeras para alguien con quien deseamos unirnos.

Ocurre lo mismo con los primeros hijos, de pronto volvemos a sentir la inmensa emoción de montar en bicicleta en el parque con ellos, de leerles por primera vez un cómic de Tintín o de llevarlos a las rocas que había al final de la playa para compartir con ellos el susto y la excitación de ver asomar un cangrejo de una grieta. Con ellos el mundo cambia de escala, ya no hay que irse a algún lugar exótico ni gastar mucho para vivir algo memorable, en el cuarto de estar de una casa uno vibra con la primera sonrisa, el primer gateo, la primera palabra. Pero ya con los

segundos hijos volvemos a los mismos lugares, igual que con los segundos amores. El truco no funciona dos veces. Se ama a los hijos con la misma lealtad y la misma dependencia, pero se siente menos, no volvemos a alcanzar esa plenitud de la experiencia, somos Orfeo buscando a la difunta Eurídice: por un instante la hacemos volver de la muerte y el olvido para verla desvanecerse para siempre en el momento en que se nos vuelve a aparecer. Ahí comprendemos que no hay vuelta atrás.

Pero es sin duda la muerte, y más aún una muerte traumática e inesperada, lo único que de verdad modifica la experiencia de lo que hemos convertido en cotidiano por completo, lo que realmente cambia el foco y la lente con los que vemos tanto el mundo como el recuerdo. La música duele de otra manera, el vino se siente diferente, un paseo por las calles de siempre se vuelve una primera vez cuando se mezcla con la ausencia y el recuerdo. El trato de todos es diferente: tu mujer te perdona las promesas incumplidas y los ronquidos, los amigos te consienten que vomites media botella de tequila por la ventanilla de su coche, los que jamás nos han querido bien nos compadecen con un punto de culpa por habernos deseado el mal alguna vez, los que nos olvidaron hace años reaparecen iluminados por el recuerdo de algún día feliz que han conservado en una vieja fotografía, gente totalmente desconocida nos busca con el objeto de compartir el dolor de sus propias heridas, sus remedios caseros para la pena, saben que estamos en el puerto de partida de una gran travesía y nos hablan desde una lejana estación donde nos esperan con los brazos abiertos, nos cuentan que en el vacío que deja la muerte se puede edificar un sentido que haga habitable el dolor. En la medida en que a uno lo miran y lo tratan de forma diferente, en la medida en que se nos permite y se nos

excusa todo por un tiempo, la muerte nos ofrece una oportunidad de transformarnos en algo nuevo.

Yo acepté esa oferta de ser algo nuevo sin hacer demasiadas preguntas. A los dos meses de la muerte de mi hermano me agarré a una oportunidad de irme a Estados Unidos, hice las maletas, compré una paellera nada más llegar y me puse a invitar a desconocidos a comer *the authentic Spanish paella* a la espera de conseguir algún contrato para mi pequeña empresa de aplicaciones móviles. Ocho meses y decenas de paellas después, conseguí clientes, sustento para una temporada y un visado de trabajo, y por fin mi mujer y mis hijas me siguieron. Metimos todas nuestras cosas en cajas, y las cajas en un guardamuebles, llegamos con lo justo a una ciudad de Texas donde no conocíamos absolutamente a nadie, alquilamos una casa vacía en las afueras de aquella ciudad, sin muebles, sin cubiertos, sin camas, sin flores en las macetas del jardín. Compramos cuatro colchones, sábanas, una mesa de segunda mano, algunas sillas plegables, dos sartenes, diez platos, una vieja furgoneta de tercera mano, repelente de mosquitos y una red de bádminton, pusimos nuestros nombres en el buzón y empezamos a vivir otra vida a la que únicamente le pedimos que nos dejara ser otras cosas.

Han pasado casi cuatro años desde que llegué, se me acaba el visado en unas semanas, a finales de julio, y mi empresa no gana lo suficiente como para seguir empeñándome en reinventarla para sacarla adelante. Hace un par de meses que decidí volver. Desde entonces miro a cada vecino de la calle donde vivo, cada persona que me cruzo en el ascensor del edificio de oficinas donde trabajo como si fueran los figurantes de un sueño, caras condenadas a desaparecer en cuanto uno despierta. Escribo estas líneas desde la cocina de la cuarta y última casa por la que he pasado estos cuatro años en Texas, en dos de ellas

viví solo al principio y en las otras dos viví con mi familia. Bebo una cerveza para desayunar y miro las cuatro tazas que se apilan en el fregadero como si fueran fantasmas. Tres de esas tazas son cilíndricas, de color hueso, y llevan la inicial de cada una de mis hijas impresa en negro, una gran mayúscula con serifa, de imprenta antigua. Al lado de esas tres tazas hay otra beis que muestra sin disimulos las imperfecciones de una pieza hecha a mano, tiene la silueta de un reloj de arena al que le hubieran ensanchado la cintura, y una base áspera y ligeramente abombada que la mece sobre cualquier superficie blanda, un diseño perfecto para alguien que quiera apoyar en la cama, en el sofá o en cualquier sitio de descanso una dosis de café para poder reincorporarse. Es la taza de mi mujer.

Seco las tazas con un trapo, y las miro sabiendo que jamás volveremos a una rutina de despertares a las seis y media para llegar con la lengua fuera al *elementary school* del barrio, y que mi mujer no se arrastrará por la cocina ojerosa y agotada, cocinando a contrarreloj un plato fresco casero para cada niña porque se negó a ceder a la alternativa fácil del sándwich de mantequilla de cacahuete o la *pizza* precocinada, sabiendo que ya nunca oiremos la jura de bandera matinal donde nos recuerden solemnemente a niños y padres la indivisibilidad de Estados Unidos, una nación bajo un Dios. Regresaremos a España y haremos todo lo posible para volver a esa vida privilegiada en la que uno no siente culpa ni vergüenza porque una boliviana, o una ecuatoriana, o una marroquí sea la que se levante antes que nadie en casa para despertar a las niñas y les prepare su desayuno, la que tenga que seleccionar sus tazas preferidas mientras nosotros nos despertamos con menos urgencia, tratando de hacer la transición del sueño a la vigilia con delicadeza, con espacio para las caricias, con la puerta cerrada para evitar intromisiones. No necesitaremos

ya el consuelo mínimo de esa taza personalizada que está ahí de vuelta cada mañana, recordándonos que queda algo que es exclusivamente nuestro en ese despertar violento y antipático que nos roba el sueño y la intimidad, ese grial que contiene el líquido que nos espabila y alimenta en el peor momento de un día cualquiera de aquella vida de madrugones, sillas plegables y camisas sin planchar de la que hoy nos despedimos, sin saber muy bien qué nos espera allá donde dejamos nuestra vida anterior y donde tendremos que inventarnos otra vida similar.

Coloco las tazas en una alacena empotrada en la pared del salón, como quien retorna imágenes sagradas a una capilla, y según veo las cuatro juntas me doy cuenta de que en esta etapa de nuestra vida compartida que acaba hoy mismo, con este último desayuno, yo jamás tuve una taza propia para ninguno de esos líquidos que ayudan a la gente a despertarse y comenzar el día. El café y el té me gustan, pero no lo suficiente como para tomarme la molestia de preparármelos cada mañana. Hubiera podido aspirar a tener un vaso personal para mi zumo de pomelo, pues tengo comprobado que nada me aporta la sensación de frescura y bienestar que proporciona un zumo de pomelo al amanecer, pero ni siquiera he conseguido establecer la rutina de prepararme un zumo cada mañana, y ahora veo claramente ante mí todas las diminutas batallas en las que fueron derrotados todos los propósitos de ser otra persona los días en que me daba pereza limpiar las hebras y pieles de gajos que se habían pegado al exprimidor, las veces en que mi mujer olvidaba incluir pomelos en la lista de una compra semanal de la que yo me desentendí de forma que no fui capaz de garantizar el suministro, la ineficacia de la máquina con una palanca para exprimir cítricos que compré un día que me desperté con la determinación de resolver de una vez el problema de mi zumo matinal y que, según

descubrí al cabo de una semana, solo funcionaba con pomelos de un determinado diámetro que no siempre estaban disponibles en los supermercados. Enseñé entonces a mis hijas a hacerme zumos con el exprimidor manual, más rudimentario pero infalible, pero ellas solo tenían tiempo para hacerlo los fines de semana, las mañanas escolares eran demasiado apretadas. Crear un nuevo hábito saludable, tan sencillo como beber un zumo de pomelo por la mañana, se convirtió en una empresa fuera del alcance de mi limitada capacidad para crear rutinas. Es en pequeños fracasos como este donde comprendo que no importa lo lejos que uno se vaya ni la magnitud del golpe que le haya dado la vida; al final volvemos a ceder poco a poco a nuestras tendencias, recuperamos nuestra forma como la esponja recupera la suya en cuanto dejamos de hacer presión sobre ella. Todo vuelve a ser igual, el duelo y la pérdida, si no nos rompen, terminan por devolvernos a lo que éramos, y yo sigo teniendo una incapacidad manifiesta para desarrollar cualquier costumbre que no sea la de emborracharme los viernes con mis amigos, contar las mismas historias y extraer otras nuevas de los demás. La posibilidad de lo nuevo dura poco.

Por la ventana del comedor se ve aquella pequeña paellera que fue mi primera adquisición doméstica en Estados Unidos. Antes de llegar no había cocinado jamás una paella, ahora me defiendo con unos cuantos platos. Según observo todos mis útiles de cocinero, con los que tanto he disfrutado, me encuentro de forma automática con la segunda cerveza IPA de la mañana ya abierta en mi mano, y tras un par de largos tragos camino automáticamente hacia la biblioteca, y extraigo el cuarto tomo de *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, tras el cual tengo escondida desde hace tiempo una bolsita de MDMA que me regalaron en una de esas

sobremesas y que trataba de conservar para alguna ocasión mejor que ya no vendrá, pues mi tiempo aquí se agota, hundo en ella un dedo mojado de saliva que luego me llevo a la boca impregnado de cristales amarillentos y que enjuago después con cerveza, y es entonces cuando acepto con resignación mi inextricable destino. Sé en este mismo momento que pasaré mis últimos días en esta tierra ocupado en desmantelar diariamente mi conciencia, con todas sus imágenes del pasado y del futuro inmediato aún sin procesar, con el mismo celo con que desmantelo ahora toda esta vida que con tanto esfuerzo he construido en los últimos cuatro años para superar el duelo por la muerte de mi hermano. No dejaré de consumir cualquier cosa que me ofrezcan, a la vez que vendo el coche, la bicicleta, los muebles, cancelo domiciliaciones, cierro cuentas bancarias, liquido deudas, dono ropa y, en general, me deshago de todo lo que no puedo llevarme en dos maletas a Madrid, la ciudad a la que pronto volveré con la penosa misión de reinventar mi vida una vez más, y donde se espera de mí que encuentre en ella algo nuevo que hacer gracias a la nueva persona que soy y a las nuevas ideas que acaso traigo tras este periplo por Texas que aún no sé si llamar penitencia, exploración, exilio, aprendizaje, huida, aventura, delirio o todo ello a la vez. Si algo aprendí con la muerte de mi hermano es que hay que renunciar a entender las cosas en el momento en que ocurren, sobre todo, jamás en el momento. El sentido es algo que se construye con mucho esfuerzo una vez acaecidos los hechos, y los hechos, en sí mismos, casi nunca tienen sentido.

Mientras espero a que lleguen los primeros efectos levitantes del MDMA, sopeso si entregar el creciente caudal de mi conciencia a una minuciosa observación sobre las primeras veces, ahora que todo lo que veo en esta casa me recuerda que es la última vez que lo miro, ahora que acaba

una vida y quizá empiece otra nueva, o quizá no. Es en las primeras veces de todo aquello cuya cuenta alguna vez llevamos, y ya hemos perdido, donde un día encontramos una promesa de felicidad, y por eso repetimos y repetimos, intentando que se volviera a cumplir esa promesa, hasta que la repetición se hizo mecánica, se volvió un hábito, se nos olvidó esa promesa de felicidad y la redujimos a una mera expectativa de placer, o quizá simplemente a un poco de anestesia. Y cuando arrasamos con todo aquello de lo que alguna vez llevamos la cuenta, y fue promesa de felicidad y ahora no es más que una anestesia cada vez menos eficaz, volvemos a buscar algo nuevo con ansiedad. Nadie ha definido eso como Baudelaire, en su poema del viaje:

> *Nous voulons, tant ce feu nous brûle le cerveau,*
> *Plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel, qu'importe?*
> *Au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau!*

Aún es pronto por la mañana, el sol todavía no es insoportable ni las nubes de mosquitos han salido del oscuro arroyo que separa mi jardín del jardín de enfrente, es el mejor momento para invertir una media hora fumando y decidir en qué debo perder el tiempo el resto de esta primera mañana en el limbo de mis cuarenta años recién cumplidos, en una casa que pronto dejará de ser mía, en un país que pronto tendré que abandonar. Fuera hay bastante luz y es incómodo escribir mirando una pantalla. Salgo con una libreta y un lápiz, siempre utilizo papel para estructurar y hacer escaletas de lo que desearía escribir, para hacer planes, planes de novelas, de obras de teatro, de guiones, poemas, ensayos... En general, casi todos quedan como planes. Podría publicar volúmenes enteros con todos mis planes para hacer libros que jamás escribo.

En poco tiempo he llenado un par de páginas de primeras veces memorables y perfectamente nítidas en mi

imaginación, el primer amor, el primer beso, el primer polvo, el primer disco… Me vienen muchas más a la mente, pero empiezan a ser experiencias cada vez más particulares y difíciles de comprimir como ítem inteligible en un listado que solo admite descripciones de tres o cuatro palabras. Observo que hay todo un género de experiencias cuya primera vez, si es que la recordamos con claridad, no es más que el inicio de un largo aprendizaje donde las emociones fuertes no están reservadas a los comienzos, sino que es en la repetición constante donde de forma impredecible nos encontramos unas pocas veces con el placer y muchas otras con la indiferencia. A este género de experiencias pertenecen los juegos, la cocina y los deportes, cualquier salida a cazar puede ser la mejor de nuestra vida o una más, cualquier partida de mus puede ser la mejor de nuestra vida o una más, cualquier paella que cocinemos puede ser la mejor que hayamos hecho o una más, etcétera. Cada nueva vez se disfruta en sí misma, y a casi todas les concedemos la oportunidad de ser aún mejor que cualquier vez anterior. El recuerdo de las primeras veces no nos quita la esperanza de que las veces futuras puedan ser al menos tan memorables como otras anteriores. La caza, el sexo, el mus, el *backgammon*, la cocina, el vino…, todo cabe en este género de experiencias.

Observo también que, si bien volveré de mi aventura americana con las manos vacías, puedo al menos consolarme —es decir, engañarme— contándome a mí mismo que soy rico en experiencias. «Si a los cuarenta no eres rico, arre borrico», repetía a menudo un amigo de mi padre, y desde que cumplí cuarenta, este mismo año, esa misma frase ha resonado a menudo en mi cabeza, provocándome una cierta amargura, pero según imagino la lista de mis primeras veces me pregunto si esta hubiera sido igual de larga si hubiera sabido o hubiera querido

labrarme una carrera profesional estable que me hubiese permitido acumular dinero. Intuyo en todo caso que eso de volver al hogar sin nada pero rico en experiencias —como en ese otro poema de Kavafis tan citado que hasta da vergüenza volver a citarlo— no es más que un lugar común y autocomplaciente de la literatura del fracaso.

> *Ítaca te regaló un hermoso viaje.*
> *Sin ella el camino no hubieras emprendido.*
> *Mas ninguna otra cosa puede darte.*
> *Aunque pobre la encuentres, no te engañará Ítaca.*
> *Rico en saber y vida, como has vuelto,*
> *comprendes ya qué significan las Ítacas.*

No puedo evitar pensar que quienes son verdaderamente ricos en experiencias son precisamente los ricos, incluso mucho más que los que no lo son, pues se pueden permitir practicar heliesquí en Armenia, comer en el Noma de Copenhague, autoeditarse libros sobre aficiones particulares o follarse a putas de tres mil euros en hoteles de cinco estrellas. Aunque también me pregunto si estas experiencias, cuando se adquieren con la misma facilidad con la que se compra un kilo de chicharros en la pescadería, tienen la capacidad de construir algún sentido.

Mi madre siempre nos dijo que lo que más define a las personas es su relación con el dinero y con el sexo, que son para el común de los mortales lo más difícil de obtener en esta vida, y aquello para lo cual debemos desarrollar estrategias complejas y aprendizajes profundos. Para mí el dinero es algo tan abstracto que siempre he tenido que representármelo a través de lo que podía comprarse con una suma determinada, es decir, escuchaba una cifra e instantáneamente mi cabeza me devolvía la imagen de un objeto o una montaña de objetos. Con doce años, diez mil pesetas eran para mí una tabla de monopatín, y así cien mil pesetas hacían aparecer diez tablas de monopatín en mi

mente, y cuando alguien hablaba de un millón de pesetas se me amontonaban cien tablas de monopatín en una visión; más tarde mi patrón de conversión fueron los vinilos, que costaban mil pesetas, y por debajo de las mil pesetas estaban los bocadillos de patatas de ciento veinticinco pesetas del cole, y más adelante los huevos de hachís de cinco mil pesetas eran los objetos que se me aparecían cuando veía dinero, y mucho después un millón de euros era una película pequeña... En definitiva, soy incapaz de entender el dinero como una cifra, mi cabeza hace instantáneamente la conversión en aquello en lo que me lo gastaría. Quizá por eso me lo he gastado todo.

Es fácil suponer lo que ve la gente humilde en el dinero, la próxima letra del coche o unos zapatos nuevos, mucho más difícil resulta imaginar qué ven los ricos en él. Los hay que tienen imaginación y gusto para gastarlo, esos claramente están viendo experiencias cuando ven su dinero, y luego los hay que no ven más que dinero en su dinero y lo gastan en cosas que hacen que su dinero se vea, para poder verlo y poder enseñarlo, también los hay que saben hacerlo, pero no gastarlo, y el único disfrute que obtienen de él es la experiencia misma de hacer dinero, y finalmente hay un tipo de ricos que tienen una relación enfermiza con su dinero: no lo gastan, no quieren que se vea y tampoco quieren que nadie sepa que lo tienen.

Al pasarme una mano por la frente me doy cuenta de que estoy bañado en sudor, se me pega la camisa, no sé cuánto tiempo ha pasado, pero el sol ya no es el mismo que cuando me puse a escribir en la libreta, no quedan sombras donde esconderse. Me doy un manguerazo y dejo que se empapen mi pantalón y mi camisa. Contemplo de nuevo el borrador de mi lista de primeras veces, y pienso que igual que el banco nos manda extractos para informarnos del estado de nuestras cuentas, no estaría mal recibir también

un extracto con las experiencias que hemos amasado mes a mes. Comprobaríamos quizá que no escuchamos ninguna canción nueva en la última semana, que no recordamos ningún atardecer en el último mes o que no conocimos ninguna ciudad nueva en el último año. Y aun así, ¿qué significaría conocer una ciudad nueva para quien conoce seis o siete ciudades al año, o qué significaría besar una boca nueva para quien besa nueve bocas distintas cada mes? ¿Qué hay de nuevo en lo nuevo, realmente? Vuelvo otra vez a esa lista de las primeras veces. El MDMA está haciendo que se desborde el caudal de mi conciencia, las palabras fluyen sin miedo sobre la memoria para iluminarla toda, consigue reflotar todo tipo de recuerdos, pecios restaurados que emergen con velas nuevas para llegar a este puerto lejano en el que me encuentro varado, esperando a que me devuelvan para siempre lo que es mío ahora que sé que esto es lo que soy, y que ya he agotado la posibilidad de lo nuevo, y que no volveré a encontrar más promesas de felicidad que las que ya me hicieron hace tiempo y debo restaurar.

(Austin, Texas, junio de 2016).

3. Las cajas

Aún no sabemos poner en marcha el aire acondicionado en la nueva casa, ni tenemos cortinas para amortiguar la fuerza de este sol de julio. El camión se acaba de ir después de descargar todo, hay un rastro de gotas de sudor de los hombres de la mudanza en el que se ha ido pegando el polvo de todo lo que traían. Mi mujer y yo estamos ante decenas de cajas de cartón, algunas (las más) llevan casi cinco años cerradas, otras pertenecen a vidas anteriores a aquellas que dejamos cuando nos fuimos a Texas. Ella abre las cajas según un orden lógico, su prioridad es identificar aquellas cuyo contenido hará que esta casa empiece a funcionar, saca las sábanas, la vajilla, las toallas. Yo no soy capaz de establecer ningún orden, las abro una a una, sin buscar nada en particular, me doy cuenta de que, salvo los libros y los vinilos, no hay nada que haya echado de menos. Podría tirar todas las cajas sin abrirlas y no sentir más que un cierto alivio por haber aligerado la carga de todo lo que arrastro conmigo, toda esa parte física y ya casi arqueológica de mi memoria de cosas inútiles. Quisiera dejar todas esas cajas sin abrir, hasta finales de agosto, y marcharme mañana mismo al Cantábrico, donde están mis hijas con mis padres. Asisto con cierta indiferencia a la

reaparición de objetos que hace cuatro años me resultaba implanteable tirar y a los que ahora no les veo valor alguno, ordenadores, reproductores de DVD, discos duros, auriculares, cables con todo tipo de terminaciones, archivadores, altavoces, iPods, trajes, corbatas, zapatos, relojes, plumas estilográficas. La mayoría de aquellos objetos salen de sus cajas para ver la luz el tiempo suficiente como para que los reconozca y los vuelva a meter en cajas, esta vez con destino a un contenedor de basura o la parroquia más cercana. Deshacerse de todas esas cajas proporciona una satisfacción de algún modo emparentada con la de comprobar en una báscula que he adelgazado. Me viene a la cabeza el ritual del *potlatch*, una práctica de las tribus indígenas de Canadá, que se reunían periódicamente para entregar y distribuir todo lo que habían acumulado, y muchas veces para destruirlo en una hoguera. El jefe más poderoso era aquel capaz de destruir más pertenencias, sus mantas, su comida, sus herramientas, todo lo que habían acumulado para hacer frente a los inviernos, al vacío de sus moradas. Por un momento siento el impulso de llamar a las puertas de mis vecinos, inquirir por el jefe de la tribu y retarles a todos para ver quién es capaz de dar más de lo que tiene y quemarlo en una hoguera: desde mi casa vacía veo las casas de mis vecinos, llenas ya de cuadros, de lámparas, de cosas, acumulación. Vecinos, hagamos un *potlatch*, no me dejéis empezar otra vez a acumular, a pensar cuáles de todas estas cosas merece la pena quedarme. Esa es mi fantasía, ahora que mi casa está desnuda.

De vez en cuando, en todo este proceso tortuoso, aparece un tipo de caja más interesante, cajas que son una suerte de *matrioshka*, porque contienen a su vez otras cajas más pequeñas, estas cajas ya no son de cartón, no son cajas provisionales, son cajas que se quedarán cuando

tiremos las cajas de cartón, están repletas de restos rescatados de vidas anteriores que empaqueté desordenadamente en mudanzas pasadas, cajas con las que se puede trazar el tránsito de la casa de mis padres y de la casa de los padres de mi mujer a nuestros primeros pisos de estudiantes, al mío y al de mi mujer, y de esos pisos en los que aún vivíamos separados al primer piso de novios, y de allí a la primera vivienda familiar que compartimos con nuestras hijas. Hay objetos que a lo largo de ese trayecto perdieron el derecho a tener un sitio propio en la vida de la familia, y que ahora solo pueden sobrevivir encerrados en un sobre o en un cofre, como testigos que son de esa vida nuestra anterior al matrimonio que resulta inimaginable para nuestros hijos y que nosotros, que llevamos juntos desde los diecinueve años, también terminamos por desconocer.

Allí me reencontré con el billete de autobús que me llevó a la casa de tal chica el día en que acabé besándola. Tengo lotes de cartas, de fotos, diarios, mechones de pelo, entradas de conciertos, servilletas dibujadas. Hay objetos cuyo origen o significado son hoy un enigma para mí, una piedra, una flor seca, un trozo de tela, no alcanzo ya a recordar qué era lo que quise recordar cuando los guardé en una caja porque sentí que no podía deshacerme de aquellas cosas. Hay incluso cartas de varias páginas que jamás llegué a enviar a su destinatario y que encabecé con vocativos cursis —amada, *special one*— en lugar de nombres concretos, de modo que hoy no sé a quién estaban dirigidas. Siempre tuve un afán por transferir algo del sujeto amado a un objeto permanente que pudiera atesorar para siempre, y quizá ni siquiera era el sujeto amado lo que trataba de retener con un objeto, sino el propio tiempo en que amé. Hay otras cosas, cuadernos, decenas de cuadernos. En todos ellos veo la imposibilidad de un

pensamiento centrado. En los cuadernos de apuntes que tomaba en clase o en los cuadernos de reuniones de trabajo siempre hay dibujos, algún verso, alguna puerta por la que traté de evadirme siempre, de tal manera que nunca se sabe para qué fue ningún cuaderno, están empezados por el centro, están empezados del final al principio y del principio al final, no hay más que fragmentos de conciencia, son las ruinas de un edificio que jamás he construido. No puedo evitar compararlos con el cuaderno de mi hermano Roque que encontré hace un par de días en la guantera de su coche, que ahora es mi coche. Es un cuaderno de notas de reuniones. Hay casi tantos números como letras. Es el cuaderno de una mente metódica, va de principio a fin, toda entrada tiene fecha, un orden, se anotan los asistentes, se indican los deberes, los *next steps*, las personas a las que hay que llamar tras la reunión, sus teléfonos. He repasado cada página del cuaderno de Roque, en busca de alguna de aquellas rutas de escape que hay en todas las páginas de cualquiera de mis cuadernos, pero la búsqueda ha sido en vano, no hay ni un solo dibujo, ni una desviación, ni un pensamiento suelto anotado. Pertenece a esa parte de la vida de mi hermano que estaba ordenada y bajo su control, la parte de su vida que estaba desordenada ocurría en las horas y los espacios estrictamente previstos para el desorden, y era un desorden glorioso, Roque podía terminar un amanecer bebiendo champán del zapato de un ruso, pero su orden por contraste era perfecto, estaba nítidamente acotado, de tal modo que no hay nada en su cuaderno de reuniones que no pertenezca al espacio de orden en que transcurrían esas reuniones, ningún punto donde ahora pueda reencontrarme con él, no tengo otro material para analizar que las particularidades de su caligrafía, si cruzaba el siete y la z con una raya, si sus letras estaban unidas o no. De su desorden no quedan

documentos, al contrario de lo que pasa con mi vida, en la que solo hay documentos del desorden.

Guardo en una caja el cuaderno de Roque, me gustará reencontrarlo alguna vez, y sigo abriendo cajas en busca de otros cuadernos y carpetas de clase, no busco nada concreto, solo escapar de la tarea de transformar esta casa vacía, esta vida vacía, aún sin trabajo y sin rutinas. Así voy abriendo las cajas que contienen todo lo inservible, para poder encontrar un punzón con el que perforar este vacío, con el que poder volver un instante a esos otros sitios donde mi vida estaba llena, donde las horas estaban cargadas de propósitos, donde estaba hecho el hogar al que volver o del que huir.

Del interior de un archivador de la universidad cae un cuaderno pequeño que no sé muy bien en qué momento terminó allí traspapelado, un cuaderno con tapas de madera y un corazón asaetado bastante cursi en la portada. Era, por su diseño, un cuaderno que un niño habría tenido que ocultar con cierto sonrojo, era claramente algo para niñas. Sobre aquel corazón, unas letras gruesas que dicen «Nuestras Fechas», y debajo del corazón una cita de Antonio Machado: «Poned atención: un corazón solitario no es un corazón». Ya muchos años antes de irme a Texas había dado por perdido este cuaderno definitivamente, y ahora aparece dentro de un archivador que a su vez estaba dentro de una caja metida en otra caja, y ni siquiera era el cuaderno en sí lo que buscaba, pues está prácticamente en blanco, sino algo que el propio cuaderno alberga: dos sobres con bordes tricolores, azules, blancos y rojos, en los que se lee *Mit Luftpost / Par Avion / By Airmail*, y que contienen las cartas que una maorí de veintidós años envió desde Múnich a un niño español de diez años que vivía en un suburbio del noroeste de Madrid. Son cartas escritas en hojas inmensas meticulosamente plegadas, como el mapa de carreteras de

un país, y que están casi deshechas de tantas veces que fueron leídas por aquel niño, y más tarde por mí. Las cartas están fechadas en mayo del 86, poco después del breve e improbable encuentro en la localidad cordobesa de Palma del Río entre aquella mujer maorí y un niño de un suburbio de Madrid, hecho de chalés idénticos y rodeados de descampados.

El encuentro tuvo lugar durante la Semana Santa andaluza. El destinatario de aquellas dos cartas (el niño del suburbio del noroeste de Madrid) tomó un tren rumbo a Sevilla con sus padres y sus dos hermanos pequeños, uno de aquellos trenes que olían a tabaco negro y a orines, de los que no perdonaban una sola parada en cualquier páramo manchego donde hubiera un andén y un ferroviario al cargo. Aquel niño de suburbio sabía recitar una a una las estaciones en las que pararía el tren, pues conocía ese trayecto mejor que el que separaba su suburbio del centro de Madrid. Llevaba semanas anticipando todas esas estaciones en la cabeza, repitiendo sus nombres, recordando que después de Alcázar de San Juan venía Manzanares, y que después de Linares venía Espeluy, y que pasado Espeluy ya quedaba poco para Córdoba, y de allí ya casi no quedaba nada hasta esa parada en la que probablemente solo bajarían ellos, porque nadie conocía Palma del Río, excepto la gente de Palma del Río, que le había enseñado a referirse a Palma del Río como a Palma, sin más, de modo que cuando él decía en el colegio que había estado en Palma, sin más, todos pensaban en otra Palma, la de Mallorca, y él tenía que aclarar que existía otra Palma, y que la de Mallorca no era la única Palma sin más, a lo cual le solían decir un par de niños que era mucho mejor aquella Palma que había sobre el mar, y que estaba llena de inmensos yates, y de playas turquesas, y de heladerías, y él odiaba intensamente esa Palma de Mallorca que eclipsaba a

su Palma del Río, que no le permitía referirse a ella como Palma, sin más, como lo hace la gente que vive en Palma del Río, porque al hacerlo causaba confusión, y eso le hacía odiar esa otra Palma que le robaba a Palma del Río toda la fama que se merecía, y no había manera de convencer a los otros niños de todas las maravillas que tenía la Palma buena, que era la del Río, que si bien no tenía yates ni mar, tenía un inmenso tractor Steiger verde aparcado en una inmensa nave en el campo que había a sus afueras, un tractor cuyas ruedas eran más altas que el chico más alto de la clase, y tan grandes que uno podía esconderse dentro de la llanta, y para subir a la cabina había una escalera. En esa nave había también todo tipo de arados, con cuchillas afiladas que podían pasarle a uno por encima y cortarlo en veinte rodajas, reducirlo a una paca de paja cúbica o depositar mil semillas bajo su piel. Al fondo de la nave había cinco o seis dunas de grano a las que uno podía subirse, hundiendo las piernas en el trigo hasta la ingle, y luego bajar rodando en una nube de polvo, y jugar al pillapilla entre las dunas, como si fueran arenas movedizas. Y más allá de la nave había un camino de tierra que llevaba al viejo tentadero (siempre tenía que explicar qué era un tentadero), una plaza de toros diminuta donde el viejo don Alonso hacía torear a sus vacas, y no había gradas como en las plazas de toros, sino que uno tenía que caminar por encima de las tapias, que eran muy estrechas, y se podía caer uno dentro de la plaza, donde estaban las vacas, que aunque eran mucho más pequeñas que un toro podían matarte igual si te enganchaban bien, y don Alonso no te decía nada por subirte a las tapias o colgarte de los naranjos junto a las tapias, solo pedía que estuvieras en silencio mientras miraba cómo unos aprendices de torero les daban pases a sus vacas, y él tomaba notas y después decidía cuáles iban a morir y cuáles se iban de vuelta a La

Vega, que era una finca cercana, boscosa, donde vivían libres los toros y las vacas bravas. Y a las vacas que iban a morir, que eran casi todas, don Alonso les hacía cortar la cola allí mismo, para marcarlas, con un cuchillo inmenso, y dejaban las colas olvidadas en el albero y se podía saltar de la tapia cuando todo había acabado y recoger las colas de las vacas que iban a mandar al carnicero porque no eran suficientemente bravas, y luego, después de la tienta, irían por las tardes a las procesiones, con gente que salía disfrazada de la iglesia como fantasmas, con el rostro cubierto, un capirote en la cabeza y un largo cirio que chorreaba cera, y uno podía alargar una mano para recibir la cera ardiente de cada cirio que pasaba en la palma, cera que se iba endureciendo hasta que a uno le quedaba una pelota de cera que llevaba a casa, para guardarla junto a la cola de la vaca condenada por don Alonso a morir por cobarde, y se lavaba las manos para merendar migas con chocolate. Todas esas cosas, y muchas más, pasaban en Palma, en la del Río, la que no tenía yates ni heladerías famosas, ni playas, pero todo lo que ocurría allí cada día era verdaderamente asombroso. Por eso aquel niño del suburbio de Madrid miraba por la ventana del tren durante todo el trayecto, anticipando el nombre de la siguiente estación y fantaseando con el tractor y las vacas bravas y la cera de los cirios.

El tren llegó de noche a la estación de Palma, una pequeña estación lejos del pueblo, junto a una ermita blanca, donde los esperaba un Land Rover Santana cubierto de barro en cuyo interior se sentaban en dos bancos corridos enfrentados, igual que los soldados en las películas. En aquel tiempo solo tenían todoterrenos aquellos que debían ir por caminos de tierra y barro, y para un niño de un suburbio de Madrid aquel coche era una promesa de aventuras.

El Santana cruzaba un puente sobre el Guadalquivir y atravesaba un barrio de casas bajas y humildes, sin edificios destacables, hasta llegar a un recinto rodeado por unos muros blancos rematados con trozos de cristales rotos sobre los que asomaban unas palmeras que a juzgar por su altura debían de tener cientos de años. En el centro de uno de aquellos muros había un portón verde, metálico y corredizo, con una pequeña puerta para peatones. Al acercar el coche se escuchaban unos rugidos que la imaginación de alguien que no conociera lo que había al otro lado del portón solo podría atribuir a bestias sedientas de sangre humana. El conductor se apeaba entonces y se esforzaba en pasar con sumo cuidado por esa puerta, abriéndola mínimamente. Esa llegada era siempre un momento de tensión que marcaba el inicio de todas las emociones que se sucederían esa Semana Santa: nadie podía dar por hecho que aquel conductor pudiera sobrevivir a la operación de despejar el camino y abrir la puerta.

—El otro día agarraron a la Kay del muslo, y porque llegué bien rápido, que si no a lo mejor no lo cuenta —comentó el conductor.

—¿Quién es la Kay? —preguntó la madre.

—La señorita de las niñas… Le dieron puntos y todo, la coge un poco más arriba del muslo y…

—Qué horror.

Eso fue lo primero que supo el niño de la mujer que pronto le escribiría esas cartas tan largas desde Múnich: se llamaba Kay, y era la única superviviente conocida de un ataque de las bestias tras el portón, Atila y Hatch, dos animales que le inspiraban un terror que ningún ser ficticio parido en las tinieblas de su imaginación podía superar. Atila era un corpulento mastín de color gris claro, alto, probablemente más pesado que él y con un ladrido de una potencia formidable, pero no era ni la mitad de temible que

su compañero Hatch, un perro totalmente negro con el hocico canoso, con una voz débil y afónica, ya casi mudo tras una vida en la que había ladrado constantemente a todo lo que se movía, a los pájaros, a las nubes, a las sombras. Ahora ya viejo, prefería aguantar la mirada, contraer los belfos y enseñar los dientes mientras emitía un gruñido grave y sostenido. Ninguno de los dos dormía, de noche rondaban por el patio, y el día lo pasaban rugiendo y ladrando en una pequeña jaula. Solo aquel conductor del Santana, que además tenía muchos otros oficios, podía darles de comer sin ser devorado, abrirles la jaula de noche y volver a encerrarlos por la mañana.

Cuando por fin los perros estaban enjaulados, se abría el portón verde y el Santana entraba en el recinto. Ahí se levantaba una gran fachada blanca que parecía una cara, los ojos eran dos ventanas altas enrejadas, en medio un reloj solar hacía de nariz, y a modo de boca, un arco que devoraba al coche y daba paso a través de una bóveda cruzada a un patio interior inmenso, que bien podría ser la plaza de un pueblo. Aquella bóveda por la que se accedía al patio estaba pintada con un fresco antiguo y desvaído que representaba, entre flores, frutas y guirnaldas, la imagen de un Fray Junípero Serra beatífico, cuchillo en mano, tratando de amputarle una pata a un cerdo vivo que intenta escapar.

Así era la llegada al monasterio de San Francisco, un edificio encalado y austero del siglo XIV, mitad abandonado y en ruinas, y mitad habitado por el viejo don Alonso, la familia de su hijo y las familias de todos aquellos que trabajaban para ellos: el capataz, un contable, aquel conductor a quien los perros no mordían, los hijos de todos, alguna abuela desvalida que ya no podía vivir sola en la aldea, gente del servicio y también —hoy acababan de enterarse— la Kay, la señorita de las niñas, con una dentellada en algún lugar del muslo que él no podría ver

hasta la mañana siguiente, pues era ya muy tarde, y la señorita de las niñas dormía en el cuarto de al lado de las niñas, y él tendría que dormir arriba, en la casa del abuelo de las niñas, el viejo don Alonso, huraño ganadero de toros de lidia que de algún modo había logrado transferir su carácter a los animales que lo rodeaban, tanto a esos perros que merodeaban por el patio con sed de sangre como a los toros que criaba en una finca cercana para las corridas de San Isidro y la Feria de Abril.

Los invitados se quedaban siempre en un ala vacía de la casa de don Alonso, una casa que parecía toda hecha de pasillos interminables discretamente decorados con cuadros de toros bravos, avutardas disecadas y crucifijos, pasillos que daban a su vez a otros pasillos iguales, no había espacios comunes abiertos, solo recorridos oscuros y muchas puertas que daban a celdas monacales, habitadas por salamanquesas que corrían por las paredes de cal, paredes que se curvaban en una gran bóveda que hacía de caja de resonancia para el arrullo de decenas de palomas que vivían en agujeros de la fachada por los que se accedía a los intersticios entre los muros, donde con cada obra que hacían encontraban esqueletos de monjes y cántaros rotos usados para rellenar huecos.

Como todos los años, lo instalaron con sus dos hermanos pequeños en la primera celda del primer pasillo, en la habitación donde el hijo de don Alonso aseguraba que durmió Franco una noche que estaba de paso por la región, habitación que tenía adjunto un cuarto de baño donde Franco —«para que veáis lo duro que era este señor, y comprendáis por qué ganó la guerra»— se afeitó la barba con el agua de la cisterna del retrete, pues el monasterio había amanecido con un corte de agua y Franco no quería salir a desayunar sin asearse. Esa historia le había impresionado de tal manera a aquel niño del suburbio del

noroeste de Madrid que cada vez que tenía que orinar por la noche no podía evitar imaginarse al dictador en pijama, hurgando en la cisterna de aquel viejo retrete para quitarse las legañas. Y después de su reencuentro anual con ese fantasma de Franco que se manifestaba en todos los chirridos del mecanismo del retrete en el que acababa de orinar, se metió por fin en una de las tres camas de la celda —nadie sabía aclararle si era aquella en la que durmió Franco o no—, y al apagar la luz ya no anticipaba, como todas las noches de las semanas anteriores, el extenso inventario de hitos que esperaba reconquistar, el laberinto de tapias desconchadas del tentadero donde don Alonso condenaba a las vacas cobardes, la gran duna de grano en el almacén, el hueco de la llanta del inmenso tractor Steiger, porque su imaginación estaba dominada por una sola visión: la dentellada de Hatch en el muslo de esa tal Kay, la señorita de las niñas, que estaría durmiendo justo debajo de él. Imaginaba su forma, la profundidad de la herida, el perímetro de mercromina, el hilo de los puntos, la zona exacta del bocado. Se quedó dormido pensando en esa herida, y en Hatch merodeando en el patio, con ganas de volver a morder.

Al día siguiente, tan pronto como abrió un ojo, se quedó despierto esperando a que la claridad del día se hiciera incontestable y con ella desapareciera la amenaza de Atila y Hatch, que habrían sido devueltos a su jaula. Bajó corriendo a ese desayuno con el que se interrumpía por fin la invariable monotonía de Cola Cao y galletas con la que empezaban todos sus días en Madrid. La culminación de esa ruptura con la rutina, del encuentro con lo extraordinario, no ocurría con la llegada al pueblo, ni al meterse en esa cama donde podría haber dormido aquel dictador que se limpiaba la cara con agua de un retrete, sino al dejar entrar en su boca y en su sistema una comida que no existía más que allí

y que le sentaba de otra manera: tortas de aceite, mollete tostado, un plato con ajos para frotar contra el pan, un aceite de oliva turbio de la cooperativa del pueblo, zumo de pomelos y naranjas recién recogidas en el patio y una miel oscura, algo arenosa, que jamás se despegaba de la cuchara. Beatriz y Catalina, las niñas del monasterio, llevaban tiempo en la cocina esperando a que bajaran a desayunar esos tres niños de un suburbio de Madrid. Para ellas su llegada era un acontecimiento igual de importante que para los niños madrileños, pues estos traían una mirada fresca y llena de excitación a ese pueblo en el que todo les era extraño, el acento de la gente, la presencia de símbolos religiosos, de símbolos taurinos, de animales disecados, de animales que se criaban para comerlos, de animales agazapados a los que se deseaba cazar, de animales a los que se montaba, de animales a los que se admiraba, de animales a los que se amaba y de animales a los que se les enseñaba a odiar.

La madre de las niñas fue a darles besos, le seguía una mujer joven de tez oscura, con una melena lisa, de un negro líquido y brillante como un chorro de tinta china, y unos ojos del mismo color, levemente rasgados.

—*Children, this is Kay. She comes from New Zealand, say good morning to Kay*.

Él observó su rostro detenidamente, con cierta sorpresa, no parecía pertenecer al amplio espectro de las razas orientales, ni tampoco a las africanas, ni a la de los indios americanos, que eran las únicas etnias que conocía por los libros y el cine, y estaba en todo caso fuera de ese amplio espectro de lo europeo, que en su mente abarcaba toda la gama de colores entre su profesora, Mrs. McNaughton, una escocesa pelirroja en cuya piel pálida se traslucían unas venas azuladas, y Tiburcio, el jardinero de casa, con su

curtida piel morena surcada por mil pliegues, como la de un fruto secado por el sol.

Las dos únicas cosas que sabía de Nueva Zelanda eran que eran las antípodas —palabra que le fascinaba— y que allí vivía el kakapo, un loro que no sabía volar y que podía vivir hasta cien años. Como no sabía decir antípodas en inglés, le preguntó inmediatamente a Kay si alguna vez había visto un kakapo. Las niñas y sus hermanos empezaron a reír, todos repitieron la palabra kakapo varias veces, celebrando toda su sonoridad, su absurdidez, sus posibilidades escatológicas, ¡kakapo!, kaka, kaka, kaka-popó, ¡kakapo!, como el primer grito de guerra de toda esa semana que transcurriría en un estado de excitación constante y delirio infantil. Kay miró al chico sorprendida y le dijo que no quedaban muchos kakapos y que jamás había visto uno más que en fotos o en la tele, y luego les explicó a todos los niños que en el idioma maorí, el de sus antepasados, kakapo quería decir loro nocturno, que kaka quiere decir loro y po, noche. ¿Entonces me salen loros por el culo?, dijo su hermano mediano, y las niñas estallaron de risa, y él permaneció serio, hasta que Kay empezó a reír con ellos, y hasta que ella no rio también él no se permitió reír como los demás niños. Kay les enseñó otras palabras del maorí, hola, adiós, los números, pero todas ellas fueron pronto olvidadas, ninguna tenía la sonoridad y la irreverencia del kakapo. El hermano mediano, aburrido de la lección de maorí, la interrumpió para pedirle que les enseñara el mordisco de Hatch, y Kay se levantó la falda por encima de la rodilla y enseñó un muslo cobrizo en el que se extendía una gran mancha roja de mercromina, y en el centro de esa mancha la mordedura de Hatch, dibujada con costras espesas como salpicaduras de pintura negra y zurcida con hilos negros que parecían salir de las propias costras. Al niño del suburbio de Madrid le pareció una bella

herida, le dijo a Kay que tenía la forma de una letra de caligrafía china hecha con un pincel grueso, con un solo trazo, así (e imitó el gesto, que había visto en un documental). Kay arqueó las cejas de la misma manera en que lo hizo cuando él le preguntó sobre el kakapo, y el chico vio entonces que ya no lo miraba con esa sonrisa condescendiente con que los mayores premian a un niño sus gracias, sino que lo miraba con los ojos de quien trata de ver más allá de la mirada, de quien se pregunta qué más hay dentro de esa cabeza. Ella se bajó la falda y les dijo a todos que fueran a lavarse los dientes, que tocaba salir al campo.

Él se fue excitado, pensando en esos ojos tan negros de Kay, donde el iris y la pupila eran una sola mancha, consciente de que había logrado sorprenderla dos veces, primero con el conocimiento del kakapo, luego comparando su herida con una letra china. Se lavó los dientes rápidamente en el baño donde Franco se afeitó la cara con el agua de la cisterna del retrete, bajó corriendo de nuevo a la casa de las niñas, a la sala llena de estanterías con libros y enciclopedias, donde recordaba haber visto un grueso diccionario inglés-español. Estaba ansioso de encontrar la palabra antípodas en inglés, era mejor palabra que kakapo, era una de las mejores que conocía, y no había en aquel lugar ninguno de aquellos niños de su colegio que se burlaban de él cuando pronunciaba una de esas palabras rebuscadas y difíciles sacadas de su atenta lectura de una enciclopedia infantil, una de esas palabras con las que se había ganado el calificativo de «repelente», una de esas raras palabras que retenía obsesivamente y que quería utilizar a toda costa, aun sabiendo que al hacerlo se granjearía la enemistad de tantos otros niños que no la conocían, y que pensarían que solo la usaba para darse importancia, y lo cierto es que cuando dejaba caer una de

esas palabras tenía la esperanza de que quienes la escucharan no la conocieran, y pusieran cara de incomprensión y le pidieran una explicación, y entonces él sentiría ese placer de explicar orgullosamente lo que aquella palabra extraña quería decir. Hacía ya tiempo que había comprobado que ese placer exhibicionista por el vocabulario exótico no le procuraba más que rechazo entre los niños de su edad, pero funcionaba bien con los profesores, con los adultos, y funcionaría con aquella mujer, que además era de las antípodas, *es una gran palabra que ni siquiera los mayores conocen, porque kakapo es una palabra de niños, solo a los niños les interesan los animales raros que están en otros sitios, como el okapi o la equidna, pero antípodas no es una palabra de niños, y además no son lo mismo las antípodas para una neozelandesa que está en España que para cualquier otra persona, porque además lo normal es que las antípodas de tu país sean un trozo de océano, y entonces, si fueras por ese túnel que atraviesa el centro de la Tierra, saldrías al fondo de un mar y te ahogarías, porque se llenaría de agua, pero las antípodas de España salen a Nueva Zelanda, conectan tierra con tierra, nos unen como no están unidos otros países*. Con esa palabra, Kay comprendería que España y Nueva Zelanda están unidas por ser antípodas una de otra, las personas más alejadas que hay, y también las únicas que pueden juntarse atravesando el centro de la Tierra. Comprobó con gran alivio que aparecía en el diccionario, era una de esas palabras que son prácticamente iguales en inglés que en español, *antipodes*. Fue inmediatamente al cuarto de las niñas, donde Kay les estaba ayudando a vestirse, para hablarle de las antípodas y sorprenderla de nuevo. Pero al verla entregada a las niñas, concentrada en hacerles coletas y trenzas, supo que sería mejor guardarse el golpe

de efecto para un momento en que pudiera tener toda su atención.

Fueron en un Seat Panda a La Berduga, la explotación agrícola que el padre de las niñas tenía a las afueras del pueblo, allí estaba la duna de grano, el tractor Steiger, el patio lleno de arados, el tentadero, los caballos, las gallinas, otros perros no menos temibles que Atila y Hatch y una familia de guardeses con una niña retrasada que se levantaba la falda delante de la gente sin ningún reparo para orinar en el corral de las gallinas. Él sentado junto a Kay, detrás iban sus dos hermanos pequeños y las niñas del monasterio, que tenían las mismas edades que sus hermanos. El paisaje estaba dividido en cultivos, una retícula de parches de color, ordenada por todo tipo de trazos rectos y paralelos, unas veces en forma de surcos, otras en forma de acequias, caminos, hileras de palmas y chumberas que poblaban las lindes entre fincas. En años anteriores el padre de las niñas había tratado de enseñarle a reconocer los distintos cultivos, y ahora él hacía lo mismo con Kay, y le señalaba las diferentes parcelas, e iba nombrando lo que quizá estuviera plantado en cada una de ellas, y según ella mostraba interés y le preguntaba, él empezaba a inventarse, cada vez con más seguridad, la explicación de todo lo que aparecía ante ellos.

—You see there, that is beetroot, but it's not for eating, it's used to make sugar.

—That's interesting. You'd wonder how something so white can be made out of something so purple.

Pasaron junto a unos jornaleros con azadas, agachados sobre unos largos montículos de tierra, y él le explicó que plantaban espárragos, y que cada día debían llegar antes de que el espárrago —que aún era blanco— asomara la cabeza y echarle una paletada de tierra por encima, porque si el espárrago asomaba y le daba la luz del sol se volvería verde

y ya no valdría lo mismo. Y en realidad él no sabía qué hacían aquellos jornaleros ni si había espárragos plantados allí, ni por qué el espárrago debía ser blanco y no verde, pero recordaba la historia de los espárragos que buscaban desesperadamente la luz, y los jornaleros madrugadores que debían adelantarse a ellos y enterrarlos de nuevo cada día, y pensó que a ella le interesaría esa historia. Ella disfrutaba escuchando su relato inventado de aquel paisaje, y él iba fabricándolo con los recuerdos de todo lo que había escuchado alguna vez sobre los caballos que pastaban por ahí, el trigo que agitaba el viento, la acequia que recorría el cultivo, el campo vacío en barbecho. Lo importante era que ella siguiera escuchando y preguntando, y que él tuviera historias y respuestas para alimentar la admiración de aquella mujer de las antípodas que no sabía nada del lugar al que había ido a parar, que no hablaba la lengua de los habitantes de esa tierra, que era solo para él esos días, y que le permitía no avergonzarse de ser un niño repelente.

Cuando por fin llegaron a La Berduga, las niñas del monasterio y sus hermanos corrieron a la nave en donde estaban el tractor Steiger y los arados y comenzaron a hundirse en las dunas de grano que había al fondo, gritando de emoción, arrojándose el trigo, zambulléndose en las semillas. Él se quedó con ella, lejos de los niños, sentado en un arado. Era el momento de preguntarle si sabía lo que eran las antípodas, *the antipodes*. Ella contestó, para su satisfacción, que jamás había oído esa palabra. Le hizo deletrearla. A. N. T. I. P. O. D. E. S. La repitió dos veces, con extrañeza. Él le explicó que las antípodas son el lugar de la Tierra que está debajo de tus pies, atravesando el centro de la Tierra, el núcleo, aquel por el que saldrían si cavaran un túnel en línea recta, y que las antípodas de España eran Nueva Zelanda. Tu país es el que está justo debajo de

nosotros, le dijo, si lo miras en una bola del mundo verás que es cierto, yo tengo una y lo he mirado ya.

Kay mostró asombro, *what a clever word, and what a clever boy you are*. Luego le confesó que no había pensado lo lejos que estaba de su casa, le asombraba pensar que había llegado al lugar más lejano al que podía llegar: si Nueva Zelanda estaba en las antípodas, eso quería decir que, fuera en la dirección que fuera, hacia África, o hacia América o hacia el Polo Norte, su casa estaría igual de lejos por cualquier camino. ¿Te das cuenta?, le decía, Eso quiere decir entonces que desde aquí puedo volver a mi casa por donde quiera, hacia el este, o el norte, o el oeste, o hacia el sur. Eso es maravilloso. Me encanta, las antípodas. Hacia el oeste no voy a ir, porque por ahí es por donde he venido, ya he conocido Japón, y California, el Midwest y Nueva York, pero puedo ir por África, o por Europa…

La mención de las antípodas había provocado que Kay fantaseara con su camino de vuelta.

—¿Y cuándo vas a volver? —preguntó tratando de disimular su ansiedad.

—No lo sé… No tengo prisa. Acabo de llegar a Europa, me queda mucho por ver aquí.

Pensó que si un lugar como el que imaginaba que era Nueva York no había conseguido retenerla, era muy improbable que Palma del Río lo hiciera, por mucho que él se esforzara.

—Pero ¿por qué te fuiste de Nueva York a Palma del Río? —le preguntó.

—Tú me has enseñado la palabra antípodas, que es una palabra muy buena, y ahora yo te voy a enseñar otra palabra muy buena: *walkabout*. No me digas ahora que también sabes lo que significa, porque entonces ya sí que me da algo.

Le hubiera gustado tanto saber lo que significaba aquella palabra para que le diera algo ahí mismo… Pero tuvo que admitir su ignorancia, y entonces Kay le explicó que los aborígenes de Australia, esa isla mucho más grande y mucho más fea que Nueva Zelanda, tienen una costumbre —*a right of passage*—, que para hacerse mayores, para poder volver a la aldea y ser aceptados por los demás como adultos, y poder casarse y tener una vida de adulto, primero tienen que emprender un largo viaje solos y sin nada, tienen que demostrarles a los demás, y sobre todo a sí mismos, que pueden sobrevivir por el Outback, el gran desierto interior de Australia, y entonces se van un día de su tribu y se pasan meses viajando como nómadas solos, miles de millas, sin conocer el camino, van descubriendo manantiales, y parando en ellos un tiempo, pero sin quedarse nunca en ninguno demasiado, y así, viajando, aprenden cómo es el mundo, y también aprenden cómo son ellos, porque cuando viajas solo pasas mucho tiempo contigo mismo. Y yo, aunque soy maorí, y no tengo nada que ver con los aborígenes australianos (nosotros somos mucho más guapos), me gusta la idea del *walkabout*. Me voy parando de sitio en sitio, trato de sobrevivir en todos. De momento aquí estoy, en las antípodas.

Kay ilustraba perfectamente aquel concepto que acababa de revelarle, y ahora que sabía lo que era *walkabout* no quería perder un solo minuto del tiempo del que disponía junto a aquella mujer joven, que solo en ese instante estaría allí sentada sobre un arado, con su densa melena brillante, en el lugar del mundo desde donde podía emprender el largo regreso a su casa en cualquier dirección, y adonde llegaría con un mordisco en el muslo, habiéndose demostrado que podía sobrevivir en cualquier parte. Calculó que le faltaban ocho años para llegar a esa edad en la que podría iniciar su propio *walkabout*, y que no podría llegar a

las antípodas antes de que Kay cumpliera los treinta, uno menos que su madre, y fuera demasiado mayor para él ya, y estuviera atada a una familia, a un marido, a sus hijos pequeños. Solo podría decirle hola y adiós, invitarla a una comida de domingo, ofrecerle una parada en aquel lugar que sería para él el punto donde le tocaría decidir hacia qué dirección emprender el camino de vuelta al noroeste de Madrid.

Los días de aquella Semana Santa pasaron rápido, dejó que sus hermanos y las dos niñas del monasterio saltaran en la montaña de grano y corrieran sobre las tapias del tentadero. Él los miraba desde lejos, pegado siempre a Kay. Se despertaba en la celda del monasterio ávido de bajar a la cocina, cuando por fin Atila y Hatch estuvieran en su jaula, para ver qué ropa se había puesto Kay esa mañana, y repasaba las preguntas que le haría sobre Nueva Zelanda o sobre su vida ese día, y pensaba en las historias que debía contarle sobre España, que para él solo era su barrio de Madrid, y sobre todo Lequeitio, el pueblo de su abuela, que era un lugar lleno de grandes historias familiares, y se esforzaba por que nunca se agotara la conversación, ni ella dejara de mirarlo con esos ojos de sorpresa que trataban de extraer todo lo que se escondía en su cabeza.

Ella lo llevó a su cuarto el último día de Semana Santa, cuando los demás niños veían la tele y los padres dormían la siesta, y le enseñó fotos de su *walkabout*, de los cuartos diminutos en los que había dormido en Tokio, en Osaka, en Los Ángeles, en San Francisco o en Nueva York, de amigos que había conocido por el camino, con pelos largos, con guitarras, con camisetas sin mangas, había fotos de carreteras rurales que se perdían en esos vacíos inmensos de Estados Unidos, de camionetas destartaladas con las que había cruzado el Midwest, fotos en las que abrazaba a negros, y a japoneses, en las que señalaba una hilera de

patos colgando bocabajo en un restaurante chino, de una fiesta de disfraces en la que ella vestía de astronauta, y abrió entonces un baúl enorme donde estaba toda su ropa para enseñarle el disfraz de astronauta: esto es lo que me puse en mi fiesta de despedida de Nueva York. Él sintió unos celos enormes de todas esas personas que veía en la foto de esa fiesta, *hasta dentro de ocho años no podré ir a una fiesta así, y cuando pueda ir a fiestas así ella ya tendrá la edad de mamá, y tendrá hijos y ya no irá a esas fiestas*. Le enseñó un kimono que había comprado en Tokio y una camiseta con una calavera que se había comprado en California pero que no se atrevía a ponerse en Palma, y luego decenas de casetes, la que más le gustaba en ese momento era una de Whitney Houston, su primer disco. Kay le aseguraba que sería una de las grandes y cantaba a gritos las canciones de memoria, lo miraba a los ojos mientras lo hacía, y a él le parecía que era ella quien cantaba, y Whitney Houston no era más que una corista al fondo de la canción, *There's a boy I know, he's the one I dream of, looks into my eyes, takes me to the clouds above...*

Ahora voy a cambiarme para llevaros a La Berduga, tienes que salir del cuarto, dijo ella. Él se quedó inmóvil, en silencio, separarse un minuto de ella le resultaba doloroso, y más ese día, que iba a ser el último. Ella cambió rápidamente de opinión. No hace falta que te vayas, cierra los ojos y ya está. Él se tapó los ojos con las manos y le dio la espalda, al darse la vuelta quedó frente a un gran espejo en la pared y no pudo evitar dejar un resquicio entre los dedos para verla en el reflejo. Ella se quitó la camiseta que llevaba y se quedó en sujetador, se miró en el espejo, se fijó en él. Me estás mirando, dijo. Él cerró los ojos completamente en ese momento, se los hubiera arrancado

si no fuera porque se había quedado petrificado. Ella rio, no pasa nada. Terminó de cambiarse, y fueron a La Berduga.

Él no pudo decirle nada más el resto del día, por primera vez no le brotaban historias, ni se le ocurrían todas esas preguntas con las que supo hacer que las historias brotaran de ella, de repente ya no sabía cómo hablar con ella. Ese día se zambulló en la duna de grano con sus hermanos y corrió de nuevo sobre las tapias del tentadero y fue uno más en los juegos de niños. Ya no podía mirar a Kay a los ojos, y cuanto más tiempo duraba aquel silencio más difícil se le hacía deshacerlo. Faltaban pocas horas ya para que un tren nocturno lo devolviera a Madrid, y no encontraba la forma ni las palabras para despedirse de ella, quizá para siempre. Temía que le viera llorar, y a la vez temía que confundiera esa vergüenza que no le dejaba mirarla con indiferencia. Resolvió escribirle una carta y dársela en el último momento, cuando el Santana ya estuviera en marcha y el portón verde abierto y no le diera tiempo a abrirla delante de él, en ella le prometía que un día haría un *walkabout* e iría a verla a Nueva Zelanda, y le pedía que le escribiera de vuelta a su dirección de Madrid.

Un mes después, ya en su casa del suburbio al noroeste de Madrid, supo por su madre que Kay se había ido de Palma del Río. La madre de las niñas del monasterio se lo había contado por teléfono: un tipo extranjero llegó una mañana con una furgoneta, y ella metió su baúl dentro y se fue casi sin despedirse, que era una chica rara, parecía deprimida, que así no se va uno de los sitios. Poco después llegó una carta para él. Era un sobre con bordes tricolores, blanco, rojo y azul. *Mit Luftpost / Par Avion / By Airmail*, decía en una esquina. La remitente era Kay J. Bason, desde Múnich. Abrió la carta con sumo cuidado, haciendo un corte en un lado del sobre, y extrajo un folio inmenso, doblado como un mapa de carreteras, escrito profusamente con una

letra pequeña que ocupaba cada rincón del papel. Cada pliegue de la carta tenía en la esquina una flecha para orientarlo en la lectura. Se notaba que se había tomado su tiempo para escribirla, incluso había hecho ilustraciones. Le contaba al niño con mucho humor su llegada a una casa de alquileres compartidos en Múnich, en la que convivía con varios desconocidos de diferentes países, seres noctámbulos y bastante crápulas, algunos que hasta le daban miedo y otros cuyas presencias eran fantasmales y de quienes tan solo se sabía que tenían una maleta y una cama, pero a quienes nadie veía jamás.

Solo fueron dos cartas las que recibió de ella. En la segunda le decía que iba a irse de Múnich, que le daba miedo la radiación de Chernobil y que quería volver a su hemisferio sur, que le resultaba mucho más seguro. Pasó mucho tiempo esperando una tercera carta de Kay, mirando el buzón cada día al llegar del colegio. Sintió entonces la angustia de pensar que no le habría llegado a tiempo su última carta antes de que se fuera de Múnich, de que hubiera perdido su dirección. De que lo hubiera olvidado. De nunca volver a verla. Sintió por primera vez todas esas cosas que sienten los que aman o los que creen que aman.

Ahora que releo estas cartas soy incapaz de sentir que estén dirigidas a mí, tan lejos estoy de aquel niño y de aquella mujer que al leerlas de nuevo me siento sucio, como un adulto *voyeur* de cuarenta años que profana el espacio de intimidad que una joven de veintidós ha construido con un niño de diez a su cuidado, un niño al que le cuenta las experiencias de su *walkabout* desde la más absoluta soledad. Yo soy el destinatario, pero son claramente cartas escritas a una persona que ya no soy, a alguien que me resulta ya totalmente desconocido, un niño de quien apenas sé qué cosas compartió con Kay. Cuenta Chateaubriand que al regresar a su ciudad natal después de mucho tiempo se

da cuenta de lo poco que queda del niño que fue y de lo irreconocible que le resulta todo, y concluye que «el hombre no tiene una sola y única vida; tiene varias puestas una tras otra, y esta es su miseria».

Todo esto que he rememorado en tercera persona —pues siento que hablo de otra persona— podría ser absolutamente falso, quizá lo haya ido inventando todo con el tiempo, pero asombrosamente las cartas están aquí, y un par de fotos de nosotros juntos, y aún me vuelve algo de esa angustia de la carta que jamás me llegó cada vez que me topo con alguna mención a Nueva Zelanda, entonces me da por pensar en Kay y a veces incluso la he buscado en redes sociales, en guías de teléfonos de Auckland... En vano, pues no ha dejado rastro digital. Aparecen algunas personas que se llaman igual en otros países, en Linkedin hay un perfil sin foto ni contactos de una neozelandesa con el ridículo título de «Chief Petal Picker/Salad Scrutinizer», y que aunque se llama igual difícilmente puede ser ella. Kay tendrá ahora que escribo esto cincuenta y dos años, me la imagino algo canosa, sin teñir, tan delgada como era. No puedo evitar fantasear con que por alguna casualidad algún día me la encontraré, y cuando lo pienso me viene a la mente aquella escena del final de *La educación sentimental* de Flaubert en que madame Arnoux se corta un mechón de pelo canoso y se lo regala al pobre Frédéric Moreau, que se ha pasado la vida persiguiéndola y solo ya en la vejez recibe una prenda de ese primer amor que la diferencia de edad y de circunstancias hicieron imposible.

Trato de decidir en qué lugar de la casa debería extraviar de nuevo estas dos cartas de Kay que han estado tanto tiempo perdidas, y termino por devolverlas a la caja de las que salieron. Cierro la caja, la meto en otra caja más grande y esta la dejo en la balda más alta de una estantería del salón a la que solo se puede llegar con una escalera y a la

que volveré cuando haya olvidado una vez más qué guardé en aquellas cajas. Quizá fuera la única caja que salvaría del *potlatch*. Sigo deshaciendo las cajas de las cosas supuestamente útiles, de las cuberterías, los manteles, las sábanas, todas las cosas que harán de esta casa vacía, donde solo he dormido una noche hasta ahora, el hogar donde mis hijas se harán adolescentes y quizá mi mujer y yo nos hagamos viejos.

(Madrid, julio de 2016).

4. Izena duena, bada

Me veo al fin lejos de ese Madrid sofocante en el que tratar de arrancar una nueva vida a mediados de julio resulta absolutamente estéril, llevo días sentado en el porche de la casa de verano de mis padres, esperando a que acabe un verano que aquí en Cantabria nunca empieza del todo. Hoy es uno de esos días norteños de cielo totalmente cubierto en que el parte meteorológico prevé lluvias que no terminan de caer, y yo me quedo un largo rato pensando que si aprovecho para dar un paseo empezará a llover y si me quedo toda la mañana en casa no lloverá. Así dejo pasar la mañana, preguntándome también si tengo calor o frío, comprobando que un jersey es demasiado abrigo y que una camisa no consigue hacer que uno logre olvidarse de la temperatura. Me puedo quedar horas absorto ante la lenta y constante transformación del paisaje que tengo ante mí, la ría de Cubas, que con las mareas se vacía y hace emerger un conjunto de lodazales verdosos, arenales ocres y charcos interconectados. Al final de la ría está el largo brazo de arena de la playa del Puntal, y detrás del Puntal se extiende un mar que en pocos minutos puede pasar del azul al gris o al verde, según sea el cielo que en él se refleja.

A cada hora un inmenso carguero entra o sale lentamente de la bahía de Santander, y añade color, geometría y movimiento a un paisaje que jamás es igual dos veces. Todo está dispuesto en este porche para la contemplación de este paisaje mutante, hay varios sofás que miran al mar, cubiertos de cojines con los que componer la postura perfecta, entre los sofás una cesta con mantas para aguantar cualquier inclemencia. Para quienes quieran profundizar en los detalles del paisaje, hay en el centro del porche unos antiguos binoculares de acero sobre un trípode de madera. Con ellos escudriño la ría cuando baja la marea, con la menguante esperanza de identificar aves nuevas para mí. Tengo ya una lista con el nombre de todas las aves que he visto e identificado en este lugar: zarapitos, garcetas, martines pescadores, ostreros, charranes, correlimos, andarríos, cornejas, milanos, ratoneros, espátulas, fochas, varios tipos de gaviotas.

Hace tiempo ya que no soy capaz de añadir otra ave a esta lista, quizá sea hora de que abandone el cómodo observatorio de este porche y me adentre ría arriba con una canoa, para encontrar esa ave de paso que aún no he visto y que probablemente esté oculta entre los juncos de las orillas, a pocos metros de mí. Pero la emoción de ver un ave nueva no es ya la misma que cuando me propuse aprender a nombrarlas. La afición al avistamiento de aves termina derivando en una experiencia similar a la de completar una colección de cromos, uno ya sabe de antemano las aves que le faltan por ver, pues están todas en las guías, de la misma manera que uno conoce el aspecto de los cromos que le faltan, y al final ya solo es cuestión de paciencia y constancia para terminar el álbum.

Hace años me hubiera ido solo, remando por el Cubas, con la ansiedad de encontrar aves nuevas, pero ahora me conformo con que la casualidad haga que ellas me

encuentren a mí. Al cabo de los meses siempre termino por toparme con alguna que nunca había visto sin haber hecho más esfuerzo que tener los ojos abiertos. La última fue una collalba negra, en Benidorm: incluso allí donde pensamos que la naturaleza ha sido expulsada aparecen aves singulares que aún no habíamos visto. En realidad no hay que moverse de la silla para empezar a ver lo que jamás habíamos visto antes, solo hay que abrir los ojos y aprender a mirar. Decirlo así parece una obviedad, pero a mí me costó años entender qué era eso de aprender a mirar. Me lo repetían mucho los profesores de la Escuela de Letras, donde me apunté con dieciséis años llevado por el deseo de aprender a escribir. Para poder narrar, me decían, hay que tener una mirada o bien hay que saber construirla, uno debe ser capaz de entender cómo mira un personaje el mundo, y qué es lo que está viendo cuando mira el mundo. Trataban de enseñarnos lo que significaba construir una mirada con ejemplos de diferentes tipos de narradores, y para ello nos hacían leer *El chino del dolor* de Peter Handke, *La copa dorada* de Henry James o *Las Geórgicas* de Claude Simon, libros de los que solo recuerdo el título y que entonces se me hacían insoportables, no atendían ninguna de las necesidades del lector adolescente en busca de credos y héroes, a las pocas páginas abandonaba la lectura, y me quedaba callado en los debates que había en clase, tratando de entender el análisis de unos textos que desconocía. Pero terminé por entender qué era aquello de la mirada de una manera bastante casual, y gracias a otro profesor sin intención alguna de enseñarme nada sobre literatura. Fue uno de esos grandes aprendizajes que nos llegan en forma de epifanía, como el que descubre el interruptor que enciende los focos de una capilla esquinada y oscura en una iglesia conocida, y ve por fin los detalles de

todas las pinturas y estatuas que apenas se entreveían en la penumbra.

En primero de Bellas Artes me hice amigo de J., un compañero de clase melillense, hijo de un exmonje burgalés casado con una exmonja colombiana, un tipo con un ánimo inflamable y un gusto por la provocación que se dedicaba a buscar los límites de los profesores pintando escenas pornográficas en gran formato o enviándoles por correo dibujos malolientes hechos con sus propias heces. Exactamente el tipo de persona que durante el bachillerato anhelaba conocer y que colmaba mis expectativas sobre lo que supondría estudiar Bellas Artes en la Complutense. J. me invitó a Melilla en Semana Santa, y me prometió que su padre, que era profesor en un instituto español de Nador, nos daría una vuelta por Marruecos.

Estábamos viajando por el Atlas con la furgoneta Renault del padre de J., recorriendo a una velocidad agónica una pista pedregosa en algún lugar entre la garganta del Todra, por donde entramos al interior del Atlas, y la del Dades, por donde salimos milagrosamente, pues el vehículo era el menos adecuado para aquel camino. Me acuerdo siempre del nombre de la aldea donde hicimos noche, Tamtattouchte, porque si lo repetía varias veces seguidas era como tener a un percusionista dentro de la boca. En algún momento de ese periplo pasamos por un paisaje montañoso desértico, aquella cordillera parecía haberse construido amontonando piedras rojas quemadas por el sol. No muy lejos del camino se veía una cueva y a un hombre con chilaba sentado a la entrada, con algunas cabras alrededor y una jaima oscura y raída cerca. Le pedí al padre de J. que parara allí, quería acercarme a tomar fotos y saludar a aquel hombre, que en mis fantasías orientalistas no podía ser otra cosa que un romántico nómada del

desierto como los que aparecen en las canciones de Franco Battiato.

Dejamos la furgoneta a un lado del camino y subimos por aquel pedregal, hacia la cueva del nómada. El hombre nos miraba sentado, sin inmutarse, apenas se movía. A sus pies empezamos a distinguir una mínima hoguera de rastrojos con una tetera encima. Sorprendía su impasibilidad, supuse que debía de ser inquietante que cuatro extranjeros llegados en un furgón comenzaran a trepar hacia ti en un páramo desierto donde llevábamos kilómetros y kilómetros sin ver a un ser humano. Cuando por fin llegamos a donde estaba el hombre le saludamos, y él, sin levantarse de la roca donde se apoyaba, nos devolvió un saludo suave y muy callado, sin apenas alterar su rostro serio e indescifrable. Acto seguido sirvió té en un vaso y nos lo ofreció. Nos sentamos a su alrededor a beber té, el tipo dijo un par de cosas en algún dialecto bereber, y tras comprobar que no íbamos a entendernos de ninguna manera permaneció el resto del tiempo en silencio, reponiendo té y ofreciéndonos su único vaso, que iba pasando de mano en mano. El hombre tenía la piel del mismo color quemado de las piedras, parecía haber brotado del propio suelo, su pelo era tan negro como el de sus cabras, y a pesar de no tener ninguna cana la piel la tenía surcada de profundas arrugas. Olía a humo de hoguera y a rebaño. Estuvimos un tiempo en silencio todos, él miraba al infinito y yo buscaba en sus ojos la sabiduría de un místico anacoreta que ha trascendido todo lo material, pero no hallaba en su mirada señal alguna de inteligencia, sino el desinterés de un hombre devastado por la monotonía de una vida en la que todos los días son iguales y en la que nunca ocurre nada. Hice un par de fotos, y al cabo de un rato bajamos de nuevo a la furgoneta. El hombre se despidió con el mismo sigilo y la misma falta de efusividad con la que nos saludó.

En la furgoneta, el padre de J. nos explicó que seguramente aquel hombre era un pastor de cabras que al final de la primavera subía su rebaño a pastar en lo alto de la montaña y al final del verano bajaría de nuevo al valle. Yo comenté que nunca había conocido a un hombre tan alejado del mundo y tan rodeado de vacío, y que sentía una especie de gran decepción, pues, lejos de haber visto a mi nómada sufí purificado por su contacto diario con la nada, me había encontrado con el tipo que probablemente más se aburriera del universo, atrapado como estaba en el mismo día, ante las mismas piedras, sin más conversación que los balidos de sus cabras. Ahí fue donde el exmonje me corrigió. «Yo también soy de una aldea muy pequeña de Burgos, ahí también hay pastores de cabras, no te creas que no hay gente así en España… Y no es como piensas, no todos los días son iguales para ellos. Tú no lo ves, ni sabes verlo, pero ahí están pasando cosas todo el rato y él está viéndolas. De repente llega un viento distinto, y con él un ave de paso que anuncia la llegada de una estación, o brota un manantial que estaba seco, o empieza a florecer una hierba cerca de los cerros, o se pone de parto una cabra. Cuando entiendes el campo, no hay dos días iguales, las cosas van cambiando todo el rato».

Ese comentario de aquel profesor de instituto me dio de forma inmediata una nueva dimensión de mi ignorancia, y más aún que eso, de mi ceguera. Mi mirada hacia aquel paisaje era empobrecedora, las únicas palabras que la vista me devolvía para representar lo que tenía ante mí fueron piedra, montaña, desierto y soledad. Hay algo aterrador cuando uno se da cuenta de que existe un tipo de ceguera que ignora que padece: esa manera conformista de procesar lo que uno ve a través del lenguaje genérico, de tal forma que todas las flores son flor, y todas las aves, pájaro, y todas las luces del cielo, estrella. En cuanto uno mira a la

naturaleza más allá de lo genérico, preguntándose el nombre del cerro que oculta el sol, del valle por el que camina, del arroyo que cruza, del pájaro invisible que canta en la noche, de la flor que crece en la grieta de una roca, el asombro es absoluto. Hay un proverbio vasco que dice «lo que tiene nombre, existe» (*izena duena, bada*), y en cierto modo lo contrario también es verdad: aquello que no sabemos nombrar no existe en nuestro mundo, y en la medida en que renunciamos a nombrar las cosas, renunciamos a ver una parte inmensa del universo que podemos aspirar a conocer.

El encuentro con aquel pastor silencioso me hizo tomar conciencia de mi absoluto desconocimiento y desinterés por la naturaleza, pero no hice mucho entonces por remediarlo. En esa época de mi vida estaba demasiado preocupado por el sexo como para salir al campo a buscar pájaros. El incidente que me hizo salir a la naturaleza con tiempo y paciencia para preguntar el nombre de las cosas ocurrió algunos años después de la universidad, tras matar un ave en peligro de extinción que confundí con un pato que quería cazar. Como el común de los hombres, hace apenas diez años llamaba pajarito a todo lo que tuviera tamaño de gorrión, pajarraco a todo lo negro que graznaba, águila a lo que planeaba, pato a lo que flotaba en agua dulce y gaviota a cualquier bicho blanco que volara sobre el mar. Luego sucedió que tras la muerte de mi abuelo mi madre heredó un coto de caza en Córdoba, y allí empezamos a pasar mucho tiempo sin haber sido cazadores jamás, ni hombres de campo. Tampoco era mi abuelo un hombre ni especialmente cazador ni particularmente de campo, sino alguien que hizo su fortuna en la época en que los que hacían fortuna aprendían a cazar y a navegar. Con el coto de caza heredamos un cortijo preparado para invitar a cazadores, un armero lleno de escopetas y rifles y casi la

obligación de celebrar una montería al año. De la noche a la mañana nos vimos convertidos en cazadores: *nouveaux chasseurs*, como alguna vez le he escuchado decir con desdén a algún viejo cazador de apellido compuesto. Y en ese circuito pequeño de los terratenientes cazadores uno invita a cazar, y a su vez es invitado a cazar.

Al cabo de un par de años recibí mi primera invitación a una cacería de patos. Me invitaron unos amigos sevillanos que tenían unas tierras de labranza no lejos de nuestra finca, donde habían construido un pantano de cierto tamaño en el que llevaban un mes dejando cebo para los patos. La cacería empezaba antes del amanecer, nos reunimos los cazadores cerca del primer puesto. Me preguntaron si quería un cimbel o si traía uno de casa. Bastó con que preguntara extrañado qué era un cimbel para que mis anfitriones se dieran cuenta de que era un auténtico *nouveau chasseur*. Muy amablemente me indicaron dónde tenía que colocarme, bastante lejos de ellos, y se llevaron consigo dos patos de plástico (los cimbeles) al otro extremo del pantano.

La cacería fue para mí un fracaso absoluto, los patos llegaban de repente en bandada, con un estruendo que en el silencio oscuro de un lento amanecer parecía el de un helicóptero, y mis anfitriones, a lo lejos, mataban los patos de tres en tres, mientras que a mi rincón solitario del pantano no se acercaba ni un animal. Como buenos cazadores que eran, solo tiraban a los patos cuando estos levantaban el vuelo desde el agua; estaba claro que matarlos quietos y flotando era para ellos una violación del código de honor del cazador. Pasadas tres o cuatro bandadas yo seguía sin haber pegado un tiro, viendo cómo todos los patos iban indefectiblemente hacia los dos cimbeles como los mosquitos van a la luz. Entendí que la cacería estaba a punto de acabar cuando advertí que las

bandadas que los ojeadores conseguían espantar hacia el pantano eran cada vez más pequeñas. Yo no quería pasar la vergüenza de volver sin una sola presa, aunque sabía que claramente me la habían jugado con los cimbeles y que apenas tenía posibilidad alguna de matar nada.

De repente, al clarear un poco la mañana, vi la silueta de un pato antisocial que flotaba solo, ignorando a toda la bandada, en mi rincón del pantano. Esperé a tenerlo bastante cerca para dispararle a traición, mientras estaba casi quieto en el agua, y poder así cobrar al menos un ave. Le pegué un primer tiro, acerté, aunque todavía se movía. Luego le pegué un segundo tiro para cerciorarme de que moría. Seguía moviéndose, pero me pareció que un tercer tiro desintegraría al ave, visto que a los demás les bastaba con un solo disparo para bajarse tres volando. Tuve que ver durante un tiempo que se me hizo interminable los estertores finales de aquella ave moribunda, flotando en círculos, de costado en el agua, con el cuello caído como un buque desarbolado.

El sol salió, pasó la última bandada, escasa ya. El pantano estaba lleno de patos muertos, flotando. Uno de mis anfitriones gritó «¡esto se ha acabado!» y salió de su puesto corriendo hacia el herbazal, para sacar de ahí a los patos alicortados que buscaban refugio y retorcerles el pescuezo. Yo esperaba a que mi única presa llegara a la orilla empujada por la brisa. Cuando por fin la tuve en mis manos, me di cuenta de que era un pato bien extraño. Ni siquiera parecía un pato. Uno de mis anfitriones lo miró muerto de la risa, «pero ¿qué has matado, eso qué es?», otro de ellos me recomendó que nos deshiciéramos del cadáver, no fuera que nos cruzáramos con los del Seprona y acabáramos en el calabozo. Tenía pinta de ser una especie protegida, según él, pero lo cierto es que nadie sabía

ponerle nombre a aquel pobre animal que arrojaron entre los carrizos.

Yo me quedé con la imagen grabada de aquella ave anaranjada con un bello penacho de plumas alargadas que le salía de la cabeza, un pico azulado y el cuerpo agujereado por mis dos disparos. Ya que lo había matado de manera cobarde, y que también de manera cobarde nos deshicimos de su cadáver, me impuse como penitencia averiguar al menos el nombre de mi víctima. De modo que compré una guía de aves y tardé poco en concluir que se trataba indudablemente de la escasísima garcilla cangrejera (*Ardeola ralloides*), un tipo de garza de la que apenas había mil ejemplares en nuestro país, según cálculos de la Sociedad Española de Ornitología. Este hallazgo me creó una gran culpa, y sobre todo me hizo preguntarme hasta dónde había llegado mi embrutecimiento como para confundir un pato con una garcilla, dos aves cuyo único parecido era que vivían cerca del agua.

A partir de ese momento pasé un par de años devorando guías de aves e identificando cualquier animal con plumas que pasara cerca de mí cuando estaba en aquella finca de mi abuelo; tanto fue así que creo que hoy podría distinguir la mayoría de las especies visibles en la zona de la sierra de Córdoba, donde sin embargo jamás he vuelto a ver una garcilla cangrejera.

No quiero perderme con los orígenes de mi afición a la ornitología, que además de lamentables y anecdóticos no son lo que quiero contar. Llamarlo ornitología me parecería elevarlo a una categoría científica que poco tiene que ver con lo que yo hago cada vez que me acuerdo de llevarme los prismáticos cuando salgo al campo. Si fuera un arte marcial, yo sería a lo sumo cinturón naranja, pues apenas distingo los cantos de las diferentes aves, no sé cómo son sus huevos ni sus nidos, ni conozco las épocas de cría, ni los

plumajes invernales o juveniles, ni muchos otros aspectos más profundos que un verdadero *birdwatcher* procuraría estudiar para obtener su cinturón negro. Lo cierto es que las aves me interesan, y que tengo la habilidad de detectar fácilmente a cualquier pajarillo camuflado en su escondite, y de retener en la memoria a un buen número de ellos, hasta llegar a casa para luego consultar sus nombres en una guía.

Uno entiende desde el principio que hay que ser rápido y metódico en la observación, porque a menudo un ave, tan pronto como aparece, se va volando. Hay que fijarse por partes, aprehender detalles por separado, mirar el color del pico, de las patas, del vientre, del lomo, del obispillo (esa parte del final de la espalda y anterior a la cola que queda oculta por las alas), hay que fijar rápidamente cualquier otra característica, un anillo oscuro en el cuello, una lista a la altura del ojo, un penacho en el píleo… En cuanto echan a volar hay que observar cómo arrancan, si ascienden rápido o buscan pronto un arbusto, si planean, si aletean con fuerza, si vuelan pendularmente. Cuando caminan hay que ver si saltan o dan pasos, si son capaces de trepar verticalmente por un tronco. También es importante ver si van en bandadas, solos o en pareja. Cualquier detalle pequeño puede ser la clave que permita al observador poder disipar sus dudas a la hora de diferenciarla de las otras aves que se le parecen, y concluir con certeza la identificación, es decir, ponerle nombre y apellidos: garcilla cangrejera, *Ardeola ralloides*.

Cuando ya se tiene la vista entrenada para fijar detalles característicos, uno sale al campo con la esperanza de que se le aparezcan las aves, y efectivamente, las aves aparecen. Siempre hay unas cuantas que no disimulan nada y no temen mostrarse a distancias razonables: mirlos, alondras, palomas, carboneros, currucas, tarabillas, pinzones, golondrinas, aviones, vencejos… Uno se empacha

de ver decenas de pájaros nuevos cada día sin ir apenas dos pasos más allá de la puerta de su casa. Bastan un par de semanas para terminar de reconocer todo lo que siempre habíamos tenido ante nuestros ojos y jamás habíamos visto. A mí me resultó verdaderamente aterrador pensar que hasta ese momento todos aquellos pájaros eran invisibles para mí, que se escondían ante la inmensa abstracción de un sustantivo común, pájaro, en el que cabían todos indistintamente. La primera vez que me fijé en un pinzón común pensé que estaba ante un ave exótica, hasta que di con ella en una de mis guías, donde estimaban que solo en España habría más de un millón y medio de parejas de pinzones. Todo lo que para mí resultaba absolutamente extraordinario era totalmente vulgar. Pasa también con la gente: bastan unas cuantas plumas de colores bien puestas para que un ser vulgar nos haga pensar en la etapa ingenua de nuestra vida que estamos ante un ser único y extraordinario, y es que cuando uno aprende a fijarse en las aves empieza a entender también la manera en que de modo inconsciente se fija en las personas para identificarlas, cómo retiene rápidamente la marca de un bolso, el peinado, las manchas de los dientes o la forma de los zapatos.

Más adelante, superada la primera fase de descubrir todo lo común y vulgar, uno deja de esperar a que las aves se le aparezcan y sale a buscar aquello que está más oculto. Y para ello debe aprender a distinguir los espacios a los que las aves más singulares se han adaptado para sobrevivir. Una vez más, no es aventurado hacer una metáfora con la vida, y con nuestra experiencia de la gente. Así, en torno a un arroyo uno empieza a comprender que hay varios hábitats diminutos y perfectamente delimitados. En los carrizos se esconden los pajarillos que comen los insectos que sobrevuelan la superficie del agua, en las orillas están

las aves limícolas y zancudas que picotean los suelos fangosos, en el centro del cauce los patos y los cormoranes que saben nadar, en las ramas bajas de los fresnos y las adelfas están perchando los martines pescadores... El paisaje entero empieza a compartimentarse a ojos del observador en función de la humedad, la frondosidad, la altura de las ramas o de la hierba, la luz o la sombra..., en definitiva, todo se delimita en pequeños escenarios donde las aves más particulares hacen sus apariciones. De esta manera, lo que antes en conjunto no era para mí más que un río es ahora una infinidad de lugares bien distintos: la orilla de barro, la orilla pedregosa, la zona profunda, la zona somera, la orilla con carrizos, la orilla con ramas...

Y cuando uno ya ha aprendido a entender esas pequeñas diferencias del terreno que marcan el territorio donde se puede avistar un ave determinada, lo siguiente es aprender de los ciclos naturales. Para eso son necesarios un par de años observando aves. Entonces uno se da cuenta de las que llegan y de las que se van, de las que solo están de paso, como las grullas, o de las que aparecen con una ola de frío, como la avefría. Un día de primavera miramos hacia arriba y el cielo parece un tiovivo donde giran y giran los vencejos, y otro día volvemos a mirar y ya se han ido, y más tarde llegan los zorzales con su vuelo torpe y pendular, y luego empieza de nuevo todo con las golondrinas, y esa forma tan genérica que teníamos de entender los ciclos del año con solo cuatro estaciones se vuelve algo más complejo y comprendemos cómo dentro de la primavera hay varias primaveras, una primera primavera con la llegada de los aviones y otra primavera más tardía con la llegada de los abejarucos, y aprendemos también cómo en el invierno hay varios inviernos posibles, uno en que el frío aprieta y la becada y la avefría llegan hasta Córdoba, otro más templado en que la cigüeña negra se queda a hacer su nido.

Cuántas veces pasamos por un paisaje llamando flor a todas las flores, árbol a todos los árboles y pájaro a todas las aves. Renunciamos a ver el mundo como un libro abierto, nos conformamos con verlo como el garabato de un niño. Los hombres de ahora ni tenemos interés en ver el cielo (ya existe una *app* que nos da el parte meteorológico) ni sabemos leer nada en él: de noche todas las luces nos parecen estrellas, sin nombres ni apellidos, y así mismo confundimos de día todas las aves. Los hombres antiguos miraban siempre hacia arriba, para ellos el cielo era el libro en que leían los designios de las divinidades: de día los dioses escribían con los pájaros, y de noche escribían con los astros. Los comportamientos de las distintas aves eran signos que un hombre debía saber interpretar. Al emprender un viaje, o antes de una batalla, los romanos y los griegos miraban detenidamente el cielo, en busca de ciertas aves; cuando por fin las veían se fijaban en todos los detalles: si era un halcón o era una corneja, si voló de izquierda a derecha, si se posó o levantó el vuelo, si graznó tres o cuatro veces, si se cernía y se precipitaba después en picado. Con todos esos datos iban al augur, ansiosos por que les adivinara qué habían querido decirles los dioses, y, en función de cómo interpretase el augur el vuelo del ave, eran capaces de cancelar un viaje aterrados, a pesar de que el mar estuviera calmado y la brisa les fuera propicia, o de ir confiados a una batalla, a pesar de que el ejército al que se iban a enfrentar les doblase en número.

Desde el sillón donde me encuentro veo tres cornejas volar, siempre son tres. De vez en cuando pasa un milano, de vez en cuando un busardo. Son los mismos pájaros cada día. La marea está alta ahora, pero cuando baje vendrán muchas más aves a picar en el limo, ya ni las miro por los prismáticos, veo puntitos blancos, puntitos negros, y por el lugar en el que están me puedo imaginar lo que son. Este

paisaje ya ha sido descifrado, es como volver a leer el mismo libro una y otra vez. Hay que cambiar de hábitat y ver un año entero girar en otro lugar para descubrir aves nuevas. Esa fue una de mis alegrías al llegar a Austin. Salía a la calle y veía aves nuevas en todas partes. Se me iban las horas muertas de aquellos días solitarios fijándome en todo lo que volaba, reteniendo cada detalle, para buscar después en internet hasta dar con las aves en cuestión y poder nombrarlas. Llevaba mis prismáticos nuevos, y sentía una excitación parecida a la del viajero que entra por primera vez en un museo extranjero para ver un cuadro que ama y que solo ha visto en libros: buscaba a toda costa alguna de las aves retratadas en los grabados de *The Birds of America*, libro que conozco casualmente porque un decorador había llenado la casa de campo de mi abuelo con facsímiles de sus enormes páginas. Su autor, John James Audubon, representa todo lo mejor del espíritu de esa nación que amo y odio a ratos. En mi vanidad, Audubon era un espejo en el que me gustaba mirarme al llegar a Estados Unidos. Como yo, él también dejó atrás un país europeo (si bien mucho más joven), vio durante años cómo fracasaban sus variados emprendimientos y decidió de manera desesperada, ya a los treinta y cinco años y siendo padre de una familia numerosa, dejarse de tonterías y dedicarse plenamente a lo que de verdad le apasionaba y sabía hacer mejor que nadie. En su caso, eso consistió en perderse por lo salvaje, observar aves, cazarlas para poder pintarlas con exactitud, representando sus hábitos, su carácter, dibujando también su entorno, las hierbas, las flores, los juncos. Audubon pasaba días enteros en una canoa, yéndose de su casa durante largas temporadas, tan lejos como hiciera falta para ver aves nunca vistas por un europeo, adentrándose en tierras que entonces seguían perteneciendo a los indios, durmiendo al raso. A la vuelta de esos viajes enviaba sus

pinturas a un grabador, que las preparaba para la imprenta, y las vendía muy lejos, en Gran Bretaña, allí donde había un público ávido de conocer aves nuevas, un público aburrido de unas aves que contemplaban ya de la misma manera en que contemplo yo a estas tres cornejas que vuelven a pasar una y otra vez delante de mis ojos, mientras espero a que se consolide una tormenta, o a que el sol salga definitivamente, y entonces quizá me anime a quitarle las telarañas a la canoa que sigue en el garaje.

(Suesa, Cantabria, agosto de 2016).

5. La química de las hortensias

Ha llegado octubre y, como siempre, no lo ha hecho sigilosamente, como aquellos meses de los que uno solo se percata cuando mira el calendario. Octubre viene desde lejos gesticulando, advirtiéndonos de su llegada, trae consigo mutaciones considerables del año, la luz de la tarde queda definitivamente mermada, las noches obligan a escarbar en el armario, la arboleda empieza a mudar, y sin embargo aún quedan mediodías luminosos en los que podemos regresar al verano por unas horas y lanzarnos de nuevo al mar, y vuelven también las tardes olvidadas de la primavera, y una tormenta para que probemos un poco de ese invierno que aún no ha llegado. Cualquier día del año puede reaparecer en octubre, pero el que es seguro que vuelve a nosotros siempre es el día en que murió Roque. Un 12 de octubre, que además es la fiesta nacional. El aniversario de una muerte en un día festivo no es lo mismo que el aniversario de una muerte en un día laborable, uno tiene la oportunidad de quedarse en la cama todo el día, de brindar por el difunto sin freno alguno la noche anterior, y si el 12 de octubre cae cerca del fin de semana, puede uno irse todo lo lejos que pueda, pero en cualquier caso ese día nos inunda de tiempo vacío para pensar, y la fiesta nacional

está para mí tan vacía de contenido o tradición que es incapaz de interferir de alguna manera en mi ánimo. Tres o cuatro días antes empiezo a ordenar mis ideas, busco una imagen, trato de transformarla en un verso, no escribo nada, pero voy construyendo el armazón del poema en mi mente, de forma obsesiva, casi como quien reza un rosario, cuando camino recito en silencio una y otra vez los primeros versos, que adquieren solidez y se van precipitando en la memoria, los recito como un loco que habla solo, en mi mente pronto deja de haber espacio para cualquier otro pensamiento que no sirva para hacer crecer o modificar el poema, durante dos o tres días me convierto en un auténtico inútil ensimismado, y entre la noche del 11 y la mañana del 12 por fin me pongo de parto y expulso el poema, que suele nacer falto de peso y con deformaciones. A lo largo del día lo intervengo varias veces, después lo comparto y finalmente lo abandono.

La primera vez que escribí algo sobre la muerte de Roque fue en el tren que nos llevaba de Córdoba a Madrid, la mañana en que nos enteramos de su muerte. Íbamos mi madre, mi hermano y yo solos, con otros desconocidos, en un pequeño reservado que hay en la cabeza del AVE, parecía casi un salón privado, tratábamos todos de contener el llanto. Fue un viaje silencioso, apenas hablamos. La noticia se estaba propagando por todos nuestros círculos sociales, los teléfonos no paraban de sonar, llegaban cientos de mensajes por SMS, por WhatsApp, por *mail*, por Facebook, y sin embargo no recuerdo ninguna conversación, ningún mensaje, ninguna voz, solo el silencio del tren y los millones de olivos que se suceden por el trayecto. En algún momento, mi madre me miró y me dijo con desesperación: ¡escribe! ¡Escribe algo!

Salí de aquel reservado entonces y me puse a caminar entre los vagones, tratando de encontrar alguna idea, pero

no hallaba frase alguna que no se tragara aquel agujero negro que se había instalado dentro de mí y que me vaciaba de cualquier cosa que iluminara mi conciencia, que hasta me vaciaba del propio dolor. No había nada dentro de mí, ni una sola frase. Me fijaba en los viajeros que leían, en cómo leían los libros que leían, en los gestos de sus caras mientras pasaban su mirada por *best sellers* ambientados en épocas medievales, en los pasillos de las catedrales y los laboratorios de los alquimistas, misterios de sectas secretistas, romances de alcurnia, algún ensayo de autoayuda con listas de las diez cosas que hay que hacer para sentirse bien consigo mismo, se escribe tanto, pensé, para qué escribir una sola línea más, da igual que esté bien o mal, es igual que arrojarle agua al mar.

Me paré entre dos vagones un buen rato, para no ver a nadie, pegué la cabeza al cristal de la ventanilla de una puerta, miré cómo se sucedían todos esos inmensos espacios deshabitados que hay camino de Madrid y empecé a nombrar en mi mente todo lo que veía. Cada palabra nueva que pronunciaba borraba la anterior, y todas ellas iban pasando por la cabeza a la misma velocidad a la que el paisaje cambiaba por la ventanilla. Encina, encina, olivo, milano, encina, paloma, vid, tractor, cortijo, roca, sembrado, pozo, pantano. Solo una palabra a la vez en mi conciencia, sin adjetivos, separada de las demás. De repente me vino un pensamiento lúcido y lleno de certeza, y fue que todo eso no era más que el comienzo de algo que iba a durar mucho, y que empezaba a parecerse a un viaje, y que nos iba a llevar a lugares que desconocíamos por completo. Bastaba con marcar ese momento, identificar con unos versos contenidos el lugar preciso en el que comenzaba ese viaje. Levanté la mirada del paisaje, recordé cómo había empezado todo aquel día, en el momento en que mi hermano me despertó a las siete para decirme que nuestro

padre nos quería anunciar algo por teléfono. Saqué el móvil y escribí en Twitter:

> El hermano que me queda
> me sacó de la cama
> para decirme que era
> el hermano que me queda.

No fui capaz de escribir nada más sobre la muerte de Roque durante mucho tiempo, intenté hacer algún poema, sonetos, versos libres, un buen epitafio para su lápida, pero todo lo que escribía me parecía obvio, de un sentimentalismo vergonzante, sin otro valor que el puramente terapéutico, poesías con las que uno secuestra a sus amigos, que no se atreverían a rechazar su lectura ni a criticarlas por miedo a herirme, y que sin embargo cualquier lector desconocido encontraría mediocres y hasta sonrojantes. Leía lo que escribía y pronto me venían a la cabeza esos discursos que tanto he escuchado en funerales y que son auténticos cócteles de frases hechas, del tipo «tú nos enseñaste a vivir» o «eras la luz que iluminaba el camino» y que uno solo es capaz de decir con impunidad cuando la compasión de los demás se lo permite. Abandoné pronto el propósito de escribir algo significativo sobre la muerte de Roque, porque durante muchos meses me seguí sintiendo totalmente incapaz de entender qué sentido tenía escribir nada sobre la muerte de Roque o sobre ninguna otra muerte. Sin embargo, me empaché de leer lo que mucha otra gente había escrito sobre la muerte. En los primeros meses tras su muerte varios amigos me prescribieron una larga bibliografía sobre la muerte, *Una pena en observación*, de C. S. Lewis, *La casa encendida*, de Luis Rosales, *Sobre la muerte sin exagerar*, de Wislawa Szymborska, *De cómo filosofar es aprender a morir*, de Montaigne, *Lo que no es sueño*, de Claudio Rodríguez…

Un año después, ya instalado en las afueras de Austin, Texas, y a pocos días del primer aniversario de la muerte de Roque, mientras iba a trabajar en bicicleta, pasé un día por delante de una casa que tenía unas hortensias plantadas en la puerta. Las vi y tuve que bajarme de la bici, como si algo me hubiera cegado. Vi en ellas un destello de consuelo que tardé un rato en comprender. Las observé conmovido, con un sentimiento extraño que tenía algo de la alegría de un reencuentro y a la vez algo de la tristeza profunda de la pérdida, en ellas sentía fuertemente las ausencias, y al mismo tiempo en ellas me sentía tan cerca de Roque, y también de mi abuela Pepa, de su jardín donde todas sus plantas crecían casi sin control, levantando las losas del camino, desbordándose por las vallas, tapando los balcones de los vecinos. No sé cuánto tiempo me pasé mirando esas hortensias, debí de observarlas con la misma cara de loco con la que Moisés miraba el arbusto en llamas, hasta que al cabo de un rato salió un señor anciano de la casa, *are you looking for someone?*, me preguntó de forma poco amigable. Yo le contesté que solo estaba mirando sus flores, añadí que tenía unas iguales en casa, *back home, in my country*, pero que no imaginaba que se dieran tan bien en el clima de Texas. *Just gotta keep watering them, water's all they need, lots of water, some shade, that's all it takes*. Volví a subirme a la bici, ya no veía el camino, a mi mente volvían todas las hortensias que conocía, aquellas enormes y rosas de mi abuela Pepa en el jardín de los veranos de mi infancia en Lequeitio, las del parque de Lequeitio también, y luego las del jardín de mis padres en Santander, esas hortensias que estaban siempre en todos los lugares que mis padres y mis abuelos habían escogido para pasar esos días en los que uno trata de ser feliz, esas flores que están al fondo de tantas fotos familiares de niños con primos, tíos, amigos, flores que bien podrían ser el símbolo de nuestros

veranos de la infancia. En esas hortensias plantadas en la puerta de una casa de un suburbio de Texas había hallado al fin algo permanente e inextinguible que contenía aquello que resurge lleno de vida y color cada año, en el sitio al que volvemos siempre, algo que no podía tragarse aquel agujero negro que llevaba por dentro.

Llegué a la oficina y me puse a leer en internet cualquier cosa que encontrara sobre las hortensias, hasta que di con un blog *DIY* de jardinería que explicaba cómo las hortensias pueden cambiar de color en función de la química del suelo y ofrecía métodos sencillos para alterar los colores de las flores, cambiando la acidez del suelo para que la siguiente floración progresara en una escala que iba del rosa al azul oscuro. Bastaba con mezclar en la tierra desechos caseros como peladuras de limón, restos de café o cáscaras de huevos. Pensé en todo lo que quedaba aún de Roque en la tierra, en la ceniza de algún cigarro, en algún orín en el jardín tras una noche de jugar al mus, o en alguna gota de sudor después de un día montando en bici, en cualquier partícula de su cuerpo que aún siguiera allí, nutriendo ese suelo del jardín del verano, una partícula susceptible de cambiar el pH del terruño al que en algún momento llegará por fin la raíz de algún arbusto de hortensias y la absorberá, y la traducirá en forma de color en sus pétalos. Con la imagen de aquella flor camaleónica, y de aquella traza química que queda de nosotros en el suelo en el que hemos jugado a tantas cosas, empecé a ver por fin el comienzo de un poema donde al fin había un consuelo, algo con lo que contestar a mi madre cuando hacía un año, deshecha, me pedía en aquel tren donde empezaba nuestro largo viaje que escribiera algo. Pocos días después, en el primer aniversario de la muerte de Roque, lo compartí en mis redes.

HORTENSIAS

A Roque, en el primer
aniversario de su muerte.
A tientas,
Llegamos al fin
De dar la vuelta entera
Hasta llegar otra vez
A la orilla de este Sol
Donde te dejamos.
Venimos de doblar los cabos
Sin saber de vientos,
De subir los picos
Sin saber del hielo,
De ir por donde van
Los que conocen la meta
Pero no el camino.
Y nos dicen que mañana
Partimos de nuevo,
Es el mismo viaje
Pero habrá menos picos
Menos cabos
Rectas más largas
Autopistas
Mapas
El camino está aprendido,
Serán pocas las novedades
Porque ya sabemos cómo es
La muerte de un venado sin ti
El parpadeo del faro sin ti
La canción que cierra la noche
Sin ti
Y todo sin ti va a ser igual otra vez,
Nos dicen:
Llegaremos de nuevo a este Sol
Y llegaremos al venado muerto,
Al faro y a la canción que cierra,
Y serán iguales otra vez
Y también tu cara seguirá igual en la foto
Y lo único que amarilleará
Será la nuestra en el espejo
De este lento tiovivo de ausencias
En el que vamos
Acomodando la pena.
Y hoy al llegar a esta orilla fugaz
Pienso en lo que debo hacer
Para no salir mañana
A buscarte otra vez

Allí donde no queda más
Que lo que hicimos juntos.
Y me vienen a la cabeza
Las hileras de hortensias,
Que enmarcan el mar
En los jardines del verano.
Las flores que mejor crecen,
Donde te enterramos.
Flores imprevisibles,
Que en sus pétalos traducen
La memoria química
De lo que queda atrapado
En cada grano de la tierra

AÑO TRAS AÑO.

Y año tras año
En el añil de un pétalo,
En el violento carmín de otro,
En el pálido gris de un ramo
Seguimos mezclándonos
La ceniza de tu cuerpo
La mía de un cigarro,
Una lágrima, el orín del perro,
Siete tormentas,
La sal de la espuma
El sudor de un día de verano.
En esa hilera de hortensias
De imprevisibles colores,
Nada es igual dos veranos,
En ellas estás tú
Estamos nosotros,
Juntos
Delante del pasado.

La poesía mira hacia fuera, usa imágenes, está hecha para ser dicha, no para ser pensada, está hecha para salir por la boca, para ser escuchada por otros a la vez, para emplear la voz y llegar con ella a los demás. La prosa está hecha para ser pensada, no tiene sonido, vive atrapada en el pensamiento, escarba, se construye con lo que encuentra en la imaginación o en el recuerdo. Cuando escribo poesía, la voy haciendo sonar en la boca, la voy diciendo para ver

cómo se hinchan las palabras, mido las sílabas, busco un ritmo, la voy sacando de mi cabeza y la llevo hasta la lengua, le calzo mi voz, la abro hacia fuera, y de la misma manera que va desde dentro hacia fuera, también va de fuera adentro: el vuelo de un pájaro, la luz de la tarde sobre una tapia, unas hortensias en el jardín, una ola en la playa, son las cosas que impactan en el ánimo repentinamente, abren el camino de la poesía y desencadenan todo el mecanismo que acaba en un poema. Con la poesía miro hacia fuera, uso imágenes, interpreto símbolos… La prosa mira hacia dentro, discurre por otros caminos, tiene otro tiempo, no nace de un arrebato, de un estímulo repentino, sino que se incuba como un malestar, tarda en tomar forma.

Hoy es 12 de octubre y no he escrito ningún poema. Fantaseaba con la idea de tener al cabo de los años un libro de elegías para Roque, año tras año una nueva, como aquella gente que se hace una foto en el mismo lugar cada año, para ver cómo el tiempo los transforma, pero no soy capaz de escribir otra elegía este año, tengo la mirada vuelta hacia dentro, he pasado de la poesía a la prosa, de tratar de construir tres o cuatro imágenes que como un rayo iluminen durante un instante un paisaje envuelto en la oscuridad, a escribir, lentamente, largas frases, párrafos, capítulos, bajo la luz más mansa de un largo atardecer. He publicado en mis redes el primer capítulo de este texto que vengo escribiendo a ratos desde que emprendí la vuelta a casa, texto con el que trato de volver a casa, texto que quizá, en el fondo, sea otra elegía por todas las cosas a las que no se puede volver ya.

(Madrid, octubre de 2016).

6. La línea azul

El año está a punto de acabarse ya, y esta nueva casa en la que llevamos casi cinco meses está aún tomando forma, los cuadros están en el suelo, apoyados en las paredes donde quizá podrían estar colgados algún día, varias ventanas están sin cortinas y probablemente los vecinos nos hayan visto a todos desnudos, hay apliques con algún cable colgando, aún no sabemos cuánta luz queremos para cada espacio. Mi mujer tiene ese raro don de convertir cualquier casa en un hogar con muy poquitas cosas mediante un proceso en el que no debe haber prisas, pues hay que esperar a ver si el cuerpo de la casa tolera o rechaza sus nuevos órganos trasplantados de otros cuerpos: sofás, sillas, mesas y lámparas de otras casas en que hemos vivido. Yo estoy absolutamente vetado en ese proceso de alquimia por el cual esta casa que perteneció a unos señores prematuramente ancianos y sin gusto se convierte en el hogar donde veré a mis hijas hacerse adolescentes.

Mi única preocupación en todo este proceso ha sido la de procurarme un rincón propio, hay casas que tienen un *cuarto de estar*, yo en la mía necesito un *cuarto de ser*. He encontrado ese cuarto en un espacio junto al salón que claramente fue diseñado para ser un comedor de comidas

de domingos y cenas de recibir, con su montaplatos y su alacena empotrada. Uno entra en él y casi puede escuchar al fantasma de una madre de clase media en los años sesenta recordándole por enésima vez a su hijo la manera correcta de usar la pala de pescado, esa pala del ajuar, bañada en plata y con las iniciales de ambos cónyuges, que solo se saca en las grandes ocasiones.

Mi *cuarto de ser* precisa mucha iconografía, en sus paredes planeo colgar algún día varios cuadros y dibujos que he ido coleccionando —o más bien acumulando, pues no hay criterio alguno en la selección—, todos ellos realizados por amigos y gente que he conocido, allí organizaré mis montones de cuadernos y diarios, los negativos, los álbumes antiguos, objetos dispares encontrados en viajes, juguetes de la infancia, libros amontonados cuya lectura supondría una gesta tan deseada e improbable como volver a caber en aquellos pantalones de hace quince años que aún guardo con ciertas esperanzas en el armario. Pero, de momento, el único acto definitivo de toma de posesión de este cuarto ha sido instalar en él el viejo tocadiscos de mi padre, que he seguido manteniendo a punto, y llenar la alacena con mis viejos vinilos y aquellos otros que dejó mi hermano Roque y que todo este tiempo han estado guardados en cajas. Él empezó a coleccionarlos un par de años antes de morir, no son ni doscientos, pero los que tenía son extraordinarios, hay verdaderas rarezas de rumba zaireña de los sesenta, morna caboverdiana, *funk* de Ghana, tropicalia, *soul* y *funk* setentero de Brasil, afrobeat nigeriano, discos que se traía de alguno de sus viajes por África o por Brasil y que me mostraba en su casa como si fueran incunables. Algunos de esos vinilos son verdaderas torturas sonoras y solo tienen un valor para antropólogos y coleccionistas, en otros hay verdaderas joyas que sigo descubriendo en noches como esta, en que mis hijas

duermen en casa de su abuela y puedo subir el volumen y explorar cada vinilo en busca de un buen tema.

El *cuarto de ser* está ligado a los rituales de la música, es un lugar específico para la escucha, donde escoger una canción debe ser una experiencia similar a la de extraer un libro en una biblioteca, cuando uno pasea la vista por los lomos de los libros, a la espera de que alguno lo seduzca, y lo extrae de la balda donde reposaba, prepara su mente para recibir en ella el mundo propio del autor, algo que requiere un sitio donde sentarse y entregar esa porción de tiempo a un esfuerzo de concentración. Ha de tener algo de biblioteca este cuarto, pero sobre todo debe tener algo de capilla. El tocadiscos hace las veces de altar, obliga a oficiar unos ciertos ritos, y los vinilos tienen una poderosa carga visual, son iconos, imágenes de santos, de ídolos y de semidioses. No es que mi colección de discos sea demasiado grande, pero puedo decir que me acuerdo bien de cómo llegó a mis manos cada uno de ellos, cuáles fueron de mis padres, cuáles robé, cuáles me prestaron y nunca devolví, cuáles compré, cuáles me regalaron, y hasta cuáles me robaron o jamás me devolvieron, que son los que mejor recuerdo.

Cuando adquiría mis primeros vinilos, podía pasar horas leyendo cada dato de la carátula antes de comprarlo. Mi presupuesto era exiguo. Para tomar una decisión de compra era preciso pasar largo tiempo observando las portadas, los créditos de composición, el año de la grabación, los intérpretes, los títulos, toda la información disponible en la superficie del objeto. Comprar discos era un proceso parecido al de comprar hoy una botella de vino cuando uno no tiene referencias ni recomendaciones: mira la añada, la uva, la bodega, las notas de cata en la etiqueta, hasta que finalmente decide adquirir la botella, sin saber a ciencia cierta a qué sabrá el vino hasta que llegamos a la mesa y

cumplimos con los rituales con los que la honramos, sacamos la copa para la ocasión, retiramos la cápsula con un corte preciso, extraemos el corcho en busca de la emoción que nos trae el primer aroma y luego la emoción del primer sorbo, corroboramos nuestro juicio con el segundo sorbo, y luego sentenciamos si es un gran hallazgo, o una gran decepción, o simplemente más de lo mismo. Y de forma similar, aunque el disco fuera más de lo mismo o una gran decepción, uno terminaba escuchándolo entero, como se termina casi cualquier botella de vino que se abre.

La llegada de un nuevo disco era un acontecimiento que se compartía; nos sentábamos a escuchar la nueva adquisición en un sofá y comentábamos las canciones como quien ve una película y rememora después las mejores escenas: quién toca ese solo, cómo lo han clavado con ese coro, esos arreglos le sobran, qué querría decir en ese verso… Pinchaba cada nuevo disco decenas de veces seguidas, hasta aprendérmelo entero y poder cantarlo con amigos. En esos bucles de escucha reiterada, ciertas emociones se disolvían en una canción como sal en el agua, y cuando la época en que descubrí la canción se evaporaba, encontraba, cristalizados en el fondo de la canción, no solo el recuerdo de los acontecimientos, sino también una huella emocional que me permitía revivirlos de algún modo, y así volvía unos meses más tarde a poner un disco y me daba cuenta de que esa era la canción que sonaba la noche que entré en La Vía Láctea por primera vez, junto a una chica, y nos sirvieron una copa a pesar de nuestra edad y nos agarramos las manos, y ponía otro disco y volvía sin quererlo a un autobús escolar en Inglaterra, nos íbamos de excursión una mañana fría y lluviosa, yo era el nuevo de clase y nadie se quería sentar junto a mí, y la comida para ese día era un sándwich de pepinillos repugnante. Y cuando

una canción estaba ya poseída por un mal recuerdo, no había manera de descontaminarla; por mucho que me gustara la música, la escucha se me hacía dolorosa.

Para alguien como yo, que siempre ha guardado diarios, cuadernos, piedras, fotos, pelos y cualquier objeto que pudiera hacerme recordar a la persona deseada, el descubrimiento del poder de la música para preservar la memoria emocional me llegó como un alivio a una de mis principales preocupaciones. De niño, los amores y las amistades me resultaban muy transitorios: los niños tienen tan poco control sobre su vida… De repente uno se mudaba, o lo cambiaban de colegio, o lo apuntaban a karate y ya no se coincidía nunca más en el parque los miércoles por la tarde, y todo se acababa para siempre. Y cuando las cosas tenían una cierta permanencia, las relaciones degeneraban pronto en monotonía, se cansaba uno de la otra persona, o la otra persona de ti, los meses eran eternidades, bastaba con que un tercero propusiera un nuevo juego para provocar un cambio de lealtades entre los que querían seguir jugando a polis y cacos y los que preferían jugar al fútbol. Y no había nada más frágil y fugaz que el tiempo del amor, ese en que dos personas reconocen mutuamente su amor y le ponen nombre a su relación —novios, más que amigos, muy amigos—, porque por lo general uno amaba y quizá incluso era amado, y durante todo ese tiempo solo se cruzaban miradas de un lado a otro del autobús escolar, sin pasar nunca más allá de las miradas. La música ofrecía un remedio a la fugacidad del amor en esos años, una manera de poder conservar algo para siempre, de modo que en cuanto me gustaba una canción trataba de encajar en ella una vivencia amorosa. Veía la canción como si fuera el marco vacío de una foto, un objeto que solo se completaría cuando tuviera dentro la imagen de una vivencia.

Ahora miro mis vinilos y lo cierto es que la mayoría de ellos no se apoderaron nunca de ningún episodio importante. Uno descubre más tarde que no son tantas las canciones con capacidad de absorber vivencias, y mucho menos las vivencias que merezcan vivir en una canción para volver siempre a la memoria. Los vinilos de The Damned, de Johnny Thunders o de los Stooges no me traen más que vagos recuerdos del ático de casa de mis padres, de horas de aburrimiento tirado en un sofá, esperando al fin de semana para ir a un bar de Malasaña donde pusieran esa misma música, y poder demostrar a los parroquianos del bar que a pesar de no llevar pendiente, ni pelo largo, y de ser alumno de un colegio privado, conocía las canciones y sabía cuándo entraban los coros.

Al final son pocas las canciones donde brillan los reflejos de un día que el olvido no haya sido capaz de tragarse, y hoy en día, gracias a los *bots* de Spotify, es más fácil encontrarlas. Spotify acaba de enviarme para felicitarme el nuevo año una lista personalizada con las canciones que más he escuchado en 2016. En el número uno está una canción de un cantautor de Austin, la escuché en su día tantas veces que la prudencia aconseja no confesar el número de audiciones, porque daría la medida de mi capacidad para los excesos. La canción está inextricablemente unida a ese momento de vacío en el que empecé a escribir este texto que sorprendentemente aún no he abandonado, a pesar de que no sé muy bien ni qué cuenta ni hacia dónde va. Más que a un marco para una imagen, aquella canción se asemeja al alfiler con el que uno clava una mariposa exótica en un tablón. No podemos conservar la gracia de su vuelo, ni las flores en las que se posaba, pero ahí quedan resplandeciendo en sus alas los colores de la mariposa. Cuando la escucho ahora, en este invierno de Madrid, veo aún la luz de aquel día de verano,

todas las angustias, los anhelos y las esperanzas que pasaban por mi cabeza en aquel jardín que pronto iba a dejar de ser mío, en una casa en la que ya no se oían las voces de mis hijas y donde apenas quedaba mi cama y poco más.

Es una canción de un tal Blaze Foley, un tipo caótico que murió a tiros, que vivía a veces dentro de su coche y a veces en los sofás de sus amigos. Fue incapaz de grabar un solo disco, todo lo que queda de él son malas grabaciones en directo y una maqueta. Yo lo descubrí en una exposición de carteles musicales en el aeropuerto de Austin. Había uno de un concierto suyo a principios de los ochenta, me quedé con el nombre, lo busqué en internet por curiosidad y di con esta canción, que por lo visto es la que he escuchado de manera más obsesiva en 2016, no durante todo el año, sino de forma concentrada en junio. Se llama *Clay Pigeons*, que no sé si es una frase hecha o inventada, y no alcanzo a hacer más que una traducción literal: «Palomas de barro». La primera vez que escuché aquella canción reconocí inmediatamente el estado de ánimo que arrastraba el día que decidí irme a Austin, era un diagnóstico perfecto y muy tardío ya de todo lo que yo no era capaz de ver ni de decir sobre lo que entonces me pasaba. La canción me llegaba cuando mi ánimo ya no era el de perderme por Texas, sino el de volver a casa. Era una carta escrita desde el pasado que sin embargo abría un agujero de gusano capaz de conectar una soledad con otra, la soledad del primero en llegar y la soledad del último en irse, la soledad que sentía cuando trataba de buscar la manera de traerme a mi familia a Austin y aquella otra soledad que sentía en junio, cuando ya mi familia se había ido y yo estaba desmantelando la casa y vendiendo todo lo que había sido nuestro. Ahora conecto mi teléfono al amplificador y vuelvo a escuchar *Clay Pigeons* por fin en mi *cuarto de ser*, y con ella me voy

otra vez a esos días de incertidumbre, esos días que conviene no olvidar nunca, aquellos en que decidimos qué camino tomar, sin ninguna certeza, entre el temor de equivocarnos y la esperanza de llegar por fin a ser algo de lo que aún no somos y deseamos ser.

CLAY PIGEONS
I'm goin' down to the Greyhound station
Gonna get a ticket to ride
Gonna find that lady with two or three kids
And sit down by her side
Ride 'til the sun comes up and down around me
'Bout two or three times
Smokin' cigarettes in the last seat
Tryin' to hide my sorrow from the people I meet
And get along with it all
Go down where the people say Y'all
Sing a song with a friend
Change the shape that I'm in
And get back in the game, start playin' again.
I'd like to stay
But I might have to go to start over again
Might go back down to Texas
Might go to somewhere that I've never been
And get up in the mornin' and go out at night
And I won't have to go home
Get used to bein' alone
Change the words to this song, start singin' again.
I'm tired of runnin' 'round
Lookin' for answers to questions that I already know
I could build me a castle of memories
Just to have somewhere to go
Count the days and the nights that it takes
To get back in the saddle again
Feed the pigeons some clay, turn the night into day
Start talkin' again when I know what to say.
I'm goin' down to the Greyhound station
Gonna get a ticket to ride
Gonna find that lady with two or three kids
And sit down by her side
Ride 'til the sun comes up and down around me
'Bout two or three times
Feed the pigeons some clay
Turn the night into day

Start talkin’ again when I know what to say.

Traduzco la canción de forma chapucera, es decir, de la manera más literal que pueda. Las canciones transcritas en un folio, como si fueran poesía, aguantan mal. Los cantautores las componen con el ritmo y la melodía ya en su mente, y al desgajarlas de la música pierden parte de su sentido, a menudo parecen poemas menores y defectuosos. En esta canción hay además una expresión puramente texana que no tiene traducción posible, *Y’all*. Es la contracción de *you all*, un vocativo regional e informal con el que la gente se saluda o se interpela en Texas. Tampoco sé qué quiere decir darles barro a las palomas, seguramente tenga un significado coloquial. Es igual, el resto de la canción está cargado de sentido:

Estoy yendo a la estación de autobuses
voy a comprarme un billete para viajar
me toparé con aquella señora con dos o tres hijos
y me sentaré a su lado
Viajaré hasta que el sol suba y descienda sobre mí
dos o tres veces
fumando cigarrillos en el asiento de atrás
procurando ocultar mi tristeza a la gente que encuentre
saliendo adelante de todo ello
yendo al lugar donde la gente dice *Y’all*
cantar una canción con un amigo
cambiar el estado en el que estoy
volver a la jugada, volver a tocar.
Me gustaría quedarme
pero puede que tenga que empezar de nuevo otra vez
puede que baje a Texas
puede que vaya a algún sitio donde nunca haya estado
y levantarme por la mañana y salir por la noche
y no tener que ir a casa
acostumbrarme a estar solo
cambiar la letra de esta canción, volver a cantar.
Estoy cansado de andar
buscando respuestas a preguntas que ya conozco
podría construirme un castillo de recuerdos
para tener un sitio adonde ir
contar los días y las noches que hacen falta

para subirme de nuevo al caballo
darles barro a las palomas (¿?), transformar la noche en día
empezar a hablar de nuevo, cuando sepa qué decir.
Estoy yendo a la estación de autobuses
voy a comprarme un billete para viajar
me toparé con aquella señora con dos o tres hijos
y me sentaré a su lado
Viajaré hasta que el sol suba y descienda sobre mí
dos o tres veces
darles barro a las palomas (¿?)
transformar la noche en día
empezar a hablar de nuevo, cuando sepa qué decir.

La siguiente en la lista de las canciones con las que más me obsesioné este año es *To Live is to Fly*, de Townes Van Zandt. Otro cantautor yonqui del lado más salvaje y a la vez más sofisticado del folk texano. Hay que vivir en Texas para descubrir los matices del *country*. Es un territorio inmenso y vacío que lleva apenas ciento cincuenta años (es decir, seis o siete generaciones) haciéndose a partir de gente que llega a un erial a inventarse una vida sin nada excepto sus propias expectativas, y por tanto es una tierra que aún está construyendo su propia épica y sus símbolos. En este sentido, es un territorio poético, necesitado de relatos, y esos relatos llegan en forma de canciones. En Texas hay trovadores; cuentan historias terribles, y lo hacen con ritmo y gracia para que la tristeza de la letra se pueda bailar con la alegría de la música, porque Texas es uno de los pocos lugares de la tierra donde aún se baila en pareja, y donde un desconocido puede pedir bailar a cualquier mujer, como ocurre en los antros de salsa de Cuba o de Colombia. Al cabo de un par de años en Texas empiezas a entender lo que bulle dentro del *country* —de cierto *country*—, y te das cuenta de que te habla a ti también y te cuenta algo de tu vida, porque tú también estás en ese lugar tan feo y vacío, tratando de hacer algo con tu vida, huyendo de algo o buscando algo, y esa es la música que necesitas: te da el

relato, te ofrece una pareja de baile, un consuelo, una conversación, algo que cantar con los desconocidos a los que te encuentras cada noche y con quienes no tienes nada que ver, excepto que todos adoráis esas canciones que hacen habitables las noches de Texas. Pasa como con los boleros: uno solo puede desarrollar un cierto gusto por el *country* cuando la vida ya lo ha zarandeado un poco, cuando ya le ha dado texto y ahora lo que precisa es el comentario.

Townes Van Zandt podría significar en Texas lo mismo que Camarón de la Isla significa en España, solo que Van Zandt está más en el relato que en la emoción pura. Lo escuché por primera vez en Donn's Depot, un *saloon* del Oeste que es tal y como cualquiera que haya visto alguna película de vaqueros imagina que es un *saloon* del Oeste. Un antro de madera con un amplio zaguán en el que la gente se harta de fumar, junto a una vía de tren abandonada donde hay un vagón que hace las veces de cuarto de baño. Todas las noches, hasta bien pasada la madrugada, varios ancianos que rondan los setenta y los ochenta años, vestidos con vaqueros, botas de cuero, sombreros de *cowboy* y cinturones cuya hebilla bien podría usar un buzo para hundirse, acuden a su salón en busca de pareja de baile. Allí me llevó Sergio, nuestro primer cliente en Austin, un gigante mexicano de pelo afro que me condujo por los rincones más insólitos de la ciudad. Entre cerveza y cerveza me preguntó si conocía a Townes Van Zandt, y cuando le dije que no se le iluminó la cara con la emoción de quien está a punto de descubrirle a alguien algo que no podrá olvidar. Sergio invitó a todo el mundo a una ronda, se acercó al viejo pianista del lugar y le pidió una de Van Zandt. El pianista tocó *To Live is to Fly*. Tres años después, en mi última noche en Austin, fui con mi maleta solo al Donn's Depot, dispuesto a pasar la noche en blanco

mientras hacía tiempo hasta coger un vuelo que partía a las seis de la mañana. Allí pedí a la banda que actúa los miércoles que me tocaran esa misma canción, y lo hicieron encantados: *Always happy to play good ol' Townes*.

Ahora la pongo, cierro los ojos e invoco desde este comedor de una casa de Madrid a esos abuelos bailarines del Donn's Depot, y los versos de Van Zandt vuelven a exhortarme a aceptar cada día que me ha tocado vivir, y a la vez me invitan a bailar una lenta con cualquiera.

TO LIVE IS TO FLY

Won't say I love you, babe
Won't say I need you, babe
But I'm gonna get you babe
And I will not do you wrong.
Living's mostly wasting time
And I'll waste my share of mine
But it never feels too good
So let's don't take too long.
You're soft as glass
And I'm a gentle man
We got the sky to talk about
And the world to lie upon.
Days, up and down they come
Like rain on a conga drum
Forget most, remember some
But don't turn none away.
Everything is not enough
And nothin' is too much to bear
Where you been is good and gone
All you keep is the getting there.
To live is to fly
Low and high
So shake the dust off of your wings
And the sleep out of your eyes.
Goodbye to all my friends
It's time to go again
Think of all the poetry
And the pickin' down the line.
I'll miss the system here
The bottom's low
And the treble's clear

But it don’t pay to think too much
On things you leave behind.
I will be gone
But it won’t be long
I will be a’bringin’ back the melodies
And rhythm that I find.
We all got holes to fill
Them holes are all that’s real
Some fall on you like a storm
Sometimes you dig your own.
The choice is yours to make
Time is yours to take
Some dive into the sea
Some toil upon the stone.
To live is to fly
Low and high
So shake the dust off of your wings
And the sleep out of your eyes
Shake the dust off of your wings
And the tears out of your eyes.

No voy a tratar de traducirla entera, porque hay alguna estrofa que se me escapa totalmente. No hay que intentar entenderlo todo, ese es el mayor error que solemos cometer con la poesía y con cualquier tipo de arte. La mayoría de la gente se desespera en el momento en que se topa con algo que no entiende, piensan entonces que lo que tienen ante sí no se hizo para ellos, que el artista que hizo la obra los despreciaba, que operaba para un entendimiento superior, que se nos escapa. Yo prefiero mirar cualquier tipo de arte como miramos la vida, sabiendo que no podemos aspirar a entenderlo todo; me basta si hay un par de líneas, un par de trazos en los que pueda reconocer algo que me conmueva. Estos son los versos con los que me quedo:

Los días caen de arriba abajo
como lluvia sobre una conga,
olvida la mayoría, recuerda algunos,
pero no des la espalda a ninguno.
Vivir es volar,
bajo y alto,
así que sacude el polvo de tus alas

y las lágrimas de tus ojos.
Estaré ausente,
pero no por mucho tiempo,
traeré de vuelta las melodías
y los ritmos que encuentre.
Todos tenemos agujeros que rellenar,
esos agujeros son lo único que es real.
Algunos te caen como una tormenta,
otros los cavas tú mismo.

Realmente, lo único que he sido capaz de traer de vuelta han sido unas cuantas canciones para mi repertorio. Me pregunto si esas canciones habrán sido capaces de tapar esos agujeros que me fui a rellenar. Lo que es seguro es que se han colado en mi vida por esos mismos agujeros, agujeros inmensos en los que no dejé de arrojar distancia, desiertos, lagos, rancheras, boleros, costillas de vaca, arroces, mezcales, puros, bicicletas, desconocidos, muchos desconocidos.

Oigo a Belén bajar por las escaleras, pensé que estaba dormida ya, pero habrá escuchado la canción, huele el olor del puro que me estoy fumando, probablemente piensa que estoy a punto de entrar en un bucle en el que escucharé una y otra vez estas mismas canciones, y me serviré otra copa y me quedaré ensimismado frente al ordenador, escribiendo un párrafo y borrándolo, una y otra vez, sin saber muy bien qué decir, sin otro propósito que permanecer en el *cuarto de ser*, donde en noches como esta, cuando las niñas no están y no hay nada que hacer al día siguiente, me pueden dar las cinco de la mañana sin que me entere.

—Pero ¿qué estás haciendo?

—Traduciendo la de *I'm goin' down to the Greyhound station, gonna get a ticket to ride…*

—Estás enfermo. Esto es *El resplandor*.

—¡Espera! No te vayas… De este año, ¿de cuántos días te acuerdas?

—Uf… No sé.

—Los minutos de oro. En todo el año. ¿Qué es lo que te ha dejado este año?

—No me hagas pensar en eso ahora.

—*Top of mind*. Lo primero que se te pase. ¿La obra de teatro?

—Eso fue divertido para ti.

—Era un ejemplo. El viaje en caravana.

—Ese sería el minuto de mierda. Literalmente, el tubo de fecales… No.

—Alegría de vivir.

—Es que yo no pienso como tú, ese rollo tuyo del minuto de oro no es para mí… Yo no estoy todo el rato buscando picos de experiencia, noches inolvidables. Que si una fiesta en el techo de no sé dónde, que si la supercena con el chef tal, la excursión a… Es agotador. No. Yo no necesito ningún día increíble, para mí funciona de otra manera… De lo que yo me acuerdo es de momentos que se repiten, de las rutinas que consigo construir. No sé… Ese momento. Por la mañana. Estoy sola, aquí, ahí sentada, y veo cómo entra la luz poco a poco, ilumina toda esa pared. Es como… es un tiempo que he hecho mío, nadie me interrumpe, me concentro, puedo dibujar, lo que sea… Ese para mí es mi mejor recuerdo del año, pero no es un día, ni un pico, no es como un cromo para el álbum de tu increíble vida. En fin… Vámonos a la cama.

Le digo que subiré en un rato, y me quedo terminando el puro. Pienso en lo que ha dicho mi mujer, he tratado de transcribir la conversación tal cual, porque de una manera espontánea me acaba de ofrecer una posibilidad muy distinta de enfrentarse al paso del tiempo, no como algo líquido que se nos va a cada momento, arrastrando memorias efímeras que necesiten un agente que las preserve, como hago yo con las canciones, sino como algo

que gira, como el barro en el torno del alfarero, algo a lo que podemos aspirar a dar forma, de la misma manera que sus mediodías de ayer no terminan nunca porque tienen continuidad en sus mediodías de mañana.

Trato de pensar en mi año como piensa Belén en el suyo. ¿Qué rutina he conquistado? ¿Qué tiempo he logrado hacer mío? No se me ocurre otra cosa que mi tiempo en la piscina cubierta de mi nuevo barrio, a la que empecé a ir tres o cuatro veces por semana desde septiembre y donde trato de aprender a nadar a estilo libre. Voy siempre a la misma hora, es el único lugar en el que no puedo escuchar música, solo mi respiración, el ruido de los brazos estrellándose una y otra vez en el agua, la línea azul del suelo de la piscina que sigo con los ojos para mantener la trayectoria, la sombra de las burbujas sobre el fondo, el silencio con el que se van extinguiendo mis pensamientos a medida que me concentro en la coordinación de piernas y brazos. Es así quizá como deba pensar en mi tiempo, dejar ya de salir a la caza de horas salvajes para exhibir sus cadáveres en un tablón, tratar de domesticar el tiempo para que vuelva dócilmente a mí cada día. Entonces apago el puro, me meto en la cama, abrazo a mi mujer, que duerme ya, y voy siguiendo la línea azul de la piscina, que no tiene otra música que mi propia respiración.

(Madrid, diciembre de 2016).

7. Mudo que fala

Jornal de Angola

Assassino confesso detido pela Polícia

CRISTINA DA SILVA.

LUANDA, 19 DE OUTUBRO, 2012.

Artur José Pires, de 24 anhos, mais conhecido por «Mudo Que Fala», que se encontrava foragido em Benguela, é o assassino confesso do cidadão espanhol Roque Guillermo Bergareche Mendonza, morto na madrugada do dia 12 em frente à discoteca Palo's com uma arma de fogo.

Apresentado ontem pela Direcção Provincial de Investigação Criminal (DPIC), o «Mudo Que Fala» confessou que apontou à cabeça de Roque Mendonza e disparou a arma por a vítima se ter recusado a entregar o dinheiro que tinha no bolso.

Na noite do crime, «Mudo Que Fala» estava acompanhado de um amigo de nome Sócrates. Ambos declaram que a intenção era apenas assaltar.

Os dois assaltantes, naquela noite foram reforçados por Ivan, Bad Gala e Vani armados de uma AKM de cano cortado.

Os assaltantes, ao sentirem a presença de Roque Mendonza e um amigo que o acompanhava, ofereceram-se para ajudar a estacionar. Depois de estacionar, Roque Mendonza, ao abrirem a porta do carro, foi cercado pelo grupo armado. «Mudo Que Fala» disse que ficou encarregado de roubar Roque Mendonza e os outros quatro roubaram o amigo que o acompanhava.

«Como ele não quis dar o dinheiro e depois vi que o amigo dele vinha em nossa direcção então pus a bala na câmara e disparei», contou.

Depois de cometer o crime, «Mudo Que Fala» foi ao encontro da namorada e pediu-lhe que o acompanhasse a Benguela, para fugir da polícia. Confessou que a arma que usava tinha sido roubada dias antes do interior de um carro que se encontrava estacionado nas imediações do Elinga Teatro. A mota também em sua posse foi roubada no bairro dos Coqueiros.

O director provincial da Investigação Criminal, Amaro Neto, esclareceu que o caso Jorge Coelho da Cruz se encontra em fase de instrução aguardando pelo pronunciamento do Ministério Público.

Os quatros suspeitos do crime continuam detidos e a investigação continua. De recordar que Jorge Coelho da Cruz «Tucho», foi assassinado no passado dia 28 de Setembro.

* * *

Desde que tengo memoria he fantaseado con la idea de que asesinaban a alguien en mi familia. He vivido muchas veces el asesinato de mi padre, de mis abuelos, de mis tíos, el asesinato accidental de mi primo, de mi tía o de mis hermanos por estar ahí, cerca de una bomba que en realidad estaba destinada a mi tío, mi padre o mi abuelo. He estado tantas veces en el funeral de mi padre...

Principalmente era él quien moría, asesinado por ETA, tras un secuestro que se complicaba. Me negaba a darle la mano a ningún político, los expulsaba de la propia iglesia con el gesto violento con el que Cristo expulsa a los mercaderes en el cuadro del Greco, a los hipócritas del PNV además les escupía en la cara con un salivajo particularmente denso y mucoso, mis tíos me tenían que agarrar e inmovilizar. No me resignaba a prenderme un lazo en la solapa después del entierro, ni a poner cara de estatua en los minutos de silencio, tampoco destapaba un monumento estéticamente absurdo mientras otras víctimas, convocadas por alguna asociación, aplaudían con tristeza. Me decía que yo no era de esos. Que yo iría al armero donde se guardan las escopetas y los rifles en la finca de mi abuelo en Córdoba, desde ahí conduciría diez horas sin parar hasta Lequeitio y allí le reventaría la cabeza a uno de esos que siempre nos han mirado como quien cree que te puede provocar un cáncer con los ojos, de los que ponen pegatinas con fotos de etarras en las farolas de nuestra calle y celebran atentados con *kalimotxo* y *speed* amarillo, y después cogería un bidón de gasolina y lo vaciaría en la puerta de una *herriko taberna* empapelada de fotos de etarras y le prendería fuego a ese antro, lo que por otro lado sería una pena, porque era de los pocos sitios donde uno podía esconderse de tanto tío y tanto primo para escuchar a los Clash y fumarse un porro. Y cuando era a mí a quien secuestraban, porque en mi vanidad también me han secuestrado muchísimas noches, me ganaba poco a poco la confianza de mis captores hasta que un día golpeaba a uno en la nuez con todas mis fuerzas, y luego le hundía los ojos hacia dentro con mis pulgares, justo antes de que su compañero me pegara un tiro, al que yo sobrevivía herido, y me tiraba encima de él, en un forcejeo tras el que yo me hacía con el arma, y entonces le pegaba un tiro a él, y

cuando acababa con él me arrepentía, porque pensaba que la muerte era poca cosa para alguien así, que mejor hubiera sido dejarle sordociego y deslenguado. No, yo no pensaba dejar impune ninguna violencia contra mi familia o contra mí. Lo tenía claro, lo vivía como un destino inextricable, había construido una sucesión de relatos nítidos y llenos de detalles, pasaba horas por la noche, en la cama, pensando cómo iba a transportar el arma hasta Lequeitio sin ser detenido; primero tenía que ir de incógnito hasta la finca de mi abuelo en Córdoba, hacerme con la combinación del cerrojo del armero, robar las armas sin que ni él ni nadie en la casa se diera cuenta, y de allí ir hasta Lequeitio, a casi novecientos kilómetros de distancia, y todo eso sin carné de conducir, sin coche y sin saber conducir. Lo del bidón de gasolina también era harto complicado, exigía transportarlo, luego había que quemarlo sin quemarme yo mismo y sin que nadie tuviera tiempo de evitarlo cuando me vieran llegar arrastrando un bidón por la calle con cara de loco. Pero en mi imaginación encontraba siempre la manera de vengarme de esos hijos de puta, porque sabía quiénes eran, sabía dónde andaban y no me daban ningún miedo. Después en la cárcel estudiaba Filosofía y Filología Clásica, y aprendía a tocar la guitarra, y escribía novelas, y finalmente salía por buen comportamiento mucho antes de cumplir treinta años y además estaba en paz, porque había vengado a los míos. ETA me hizo trabajar tanto la imaginación que terminé por escribir todas las películas que me inventaba. Mi primer guion fue una obra de teatro que transcurría en un zulo, en tiempo real, y trataba de un doble secuestro que acababa en asesinato. Después escribí el guion de una *road movie* protagonizada por un tipo que, básicamente, era una caricatura de mí mismo: secuestraban a mi padre y yo a mi vez secuestraba a la hermana de un etarra que trabajaba tras la barra de una *herriko taberna*, y en mi huida, para no

dormirme, iba tomando anfetaminas como el conductor de la película *Vanishing Point*, y al final termino estrellando el coche en una comarcal de Córdoba, junto a una finca de ganado bravo cerca de Palma del Río, donde el mayoral me reconoce como el fugitivo que acaba de salir en todos los telediarios y nos conduce a mí y a la secuestrada hasta el señorito de la finca, que es un viejo franquista que me tiene por un héroe y que empieza a maltratar a la chica, entonces yo me rebelo contra él porque me repugna haberme convertido en un héroe fascista, ayudo a la chica a escapar y finalmente matan a mi padre en cuanto los etarras se enteran de que la chica ha huido. Más adelante escribí un tercer guion sobre el tema, era una trilogía. El protagonista era mi abuelo Ramón, con el nombre cambiado. Una de sus hijas se había enamorado a finales de los setenta de uno de Lequeitio que se había hecho etarra y habían tenido una hija. Mi abuelo había roto relaciones con su hija díscola, ella planeó un robo a mi abuelo junto con su marido, y cuando fueron a robarle él avisó a la policía, hubo un enfrentamiento y su hija murió. Desde ese momento no volvió a ver a su nieta ni a saber de ella. Pasan los años. La nieta resulta que estudia piano y tiene un gran talento. Mi abuela, que es de Lequeitio y había mantenido trato con ella, le pide a mi abuelo (llevan años sin hablarse) que por favor pague su carrera y le compre un piano. Abuelo y nieta se conocen por fin y del enfrentamiento surge una relación que termina en respeto mutuo y luego en cariño cuando ella le ayuda a morir a él, y de esa manera él purga el dolor de la muerte de su hija. Ninguno de los guiones llegó a nada, los envié a varias productoras, recibí buenas críticas, pero nadie tenía ningún interés comercial en hacer dramas sobre ETA. Un productor me animó a que hiciera comedia, y terminé trabajando en una *sitcom*.

A ETA solo le puedo agradecer que me regalara un curso intensivo de escritura, que alimentara mi imaginación y me permitiera representar la muerte, el miedo, la venganza, el heroísmo y la injusticia. De los cientos de páginas que escribí para explorar todas esas posibilidades, lo único que no se quedó en un cajón fue una carta que escribí a *El País* después de un asesinato en 2001. Era en realidad una llamada a los locos, suficientemente bien escrita como para que pareciese una exhortación al coraje cívico y no el producto de una mente que había vengado ya en su imaginación unos cuantos asesinatos que nunca se habían producido. Mi profesora de literatura del colegio, Pura Sotillo, me llamó para decirme que había leído la carta en clase como ejemplo de para qué servía leer poesía: había detectado, a la primera, los vestigios de un verso del *Romero solo* de León Felipe, en aquello de «como viejos sacristanes, los políticos dicen sus rezos».

Somos más

Jacobo Bergareche Mendoza.
30 de mayo de 2001.

Un muerto más. Así de fácil. Y otra vez toda la ceremonia del posasesinato. Como viejos sacristanes, los políticos dicen sus rezos, repiten las mismas palabras de condena, con mayor o con menor ingenio. Pero se dicen las mismas palabras y se guardan los mismos minutos de silencio. Volvemos a representar la misma tragedia, porque nos hemos empeñado en que cada muerto nos sirva para hacer una variación del mismo tema. Y después de las condenas y de los sepelios esperaremos en silencio una semana, dos, a lo sumo tres, y volveremos a empezar la misma ceremonia. Vivimos arrodillados, intentamos creer que una manifestación en que nos vemos diluidos en una masa anónima es el gesto de heroicidad que nos redime de tanto miedo, de tanta rabia. Mientras, en las calles del casco viejo

de Bilbao o de San Sebastián hay huchas para dar dinero a ETA, pintadas aupándoles, carteles anunciando homenajes a los gudaris. En las callejuelas de Lekeitio, Ondárroa, Mutriku o Ea hay fotos de asesinos colgando de las paredes, entre geranios y hortensias. Y nosotros lo vemos todo y lo permitimos día a día, sin más oposición que una conciencia muda, que espera aliviar la vergüenza de esta cobardía colectiva con una firma de apoyo a ¡Basta Ya!, una conciencia que espera tranquilizarse con subirse al tren de una fugaz manifestación, de esas que duran una hora, donde el grito individual se ahoga en la masa informe. A este país le sobran eslóganes de paz y le faltan los pequeños gestos de heroicidad individual, las pequeñas conquistas del día a día.

Todos, desde nuestra pequeña porción de cobardía, somos cómplices de cada muerte, hemos dejado que nos quiten las calles, hemos dejado que nos intimiden aquellos que son más débiles y más mezquinos, hemos dejado que nos quiten la palabra aquellos que no saben utilizarla. Si seguimos así, reservando nuestro valor para una manifestación en que no somos más que un rebaño balando frases hechas, bonitas, pero ya desgastadas por el uso, nos habrán quitado todo. Nos quitarán nuestros amigos, nuestros trabajos, nuestros bares, nuestras playas, nuestros parques. ¿Y qué haremos? ¿Más minutos de silencio? ¿Más manifestaciones de domingo?

Somos muchos más y somos mucho mejores. Mientras toleremos las miradas de los asesinos desde los carteles de la pared, mientras dejemos que los murales de «Gora ETA» se queden en las paredes hasta que los borre el tiempo, mientras callemos lo que oímos y olvidemos lo que vemos, este país seguirá siendo de una minoría de tiranos. Hemos de saber que nuestra cobardía es una forma cómoda de complicidad.

Cuando ETA empezó a desvanecerse, se desvanecieron también todas mis fantasías de venganza y de actos justicieros. Al cabo de unos años la posibilidad de que asesinaran a alguien en mi familia desapareció por completo de mi imaginación obsesiva, de los relatos mentales inacabados que flotan en torno a la almohada, de las construcciones interminables que uno retoma en la oscuridad de la noche como quien roe un hueso. Por eso, cuando una bala atravesó el cráneo de un miembro de mi familia, una posibilidad con la que había contado durante muchos años en mis fantasías más oscuras, me asombró no encontrar en todo el vacío que se abrió dentro de mí ni una sola pulsión de venganza, ningún deseo de restitución, ni una sola imagen de mí restableciendo la justicia ante el asesino. La aceptación vino de manera automática, el hecho de que hubiera sido un asesinato no añadía importancia alguna a la catástrofe de la muerte, era un dato accidental que podría haberse intercambiado por un accidente en coche, o un terremoto. Dentro del catálogo de riesgos que se le suponía a un país subsahariano entraba la posibilidad de una muerte violenta espontánea y sin sentido alguno. Nadie en la familia se interesó por el asesino, nadie se personó en la causa, y si el asesinato hubiera quedado impune no habría cambiado gran cosa en nuestro ánimo. Estaba claro que no había nada personal en aquel crimen. Incluso sentí lástima pensando en lo que le esperaba al criminal una vez que entrara en el sistema judicial de aquel país, me parecía una víctima más de un mundo donde no existía la justicia ni la esperanza. Había algo vagamente liberador en el hecho de que aquel asesino se mantuviera anónimo, inofensivo, una amenaza abstracta que pertenecía a África como el ébola, la malaria o la guerra. Comprobé que el odio o la venganza no formaban parte de mí, que solo estuvieron dentro de mí en el tiempo en que otros lo habían

sembrado, durante el tiempo de la amenaza de ETA, cuando el odio se cultivaba con su discurso, con sus miradas, con sus gestos. No basta con un asesinato para crear odio, es preciso acompañarlo con un relato sobre el bien y el mal que antagonice con nuestro propio relato sobre el orden moral en el mundo. Cuando pregunto a cualquier persona de mi edad sobre el mayor crimen, el peor genocidio que se haya cometido mientras hemos sido conscientes, nadie sabe contestar con certeza. Algunos dicen que los Balcanes, otros que los kurdos, no son muchos los que aciertan a decir que fue en Ruanda. Y cuando les dices que fue en Ruanda, que casi un millón de personas murieron asesinadas, entonces les preguntas, ¿quiénes mataron y quiénes fueron las víctimas, los hutus o los tutsis? Y nadie sabe qué contestar, los nombres de ambas tribus son intercambiables. Algo que sería impensable si habláramos de los nazis y los judíos. Siempre he pensado que esa indiferencia viene de que en esos conflictos no hay relato, no hay un reflejo de nuestro orden moral del mundo, no hay buenos ni hay malos, no hay posibilidad alguna de identificar nuestras ideas del bien y del mal. Si un bebé palestino muere por el disparo de un israelí en Gaza, llegará a los titulares de nuestras fuentes de noticias, y escucharemos a todos los opinadores posicionándose sin ninguna duda, cimentando sus certezas, porque identifican a Palestina con la lucha libertaria de la izquierda y a Israel con la derecha americana. Si mil bebés mueren en Costa de Marfil, nadie sabrá decir nada, solo habrá un horror incomprensible en el que víctimas y verdugos son anónimos y no tienen vínculo alguno con nuestra concepción del orden moral. El asesino de mi hermano pertenecía a ese horror incomprensible, me producía una total indiferencia, mi dolor no estaba ligado a él, sino a mi pérdida. Tardé mucho tiempo en saber su nombre, me esforcé en evitarlo,

no quería saberlo por la misma razón que tampoco quise ver el cadáver. Ya lo dije antes, lo que no podemos nombrar no existe en nuestro mundo, y lo que no existe poco puede afectarnos. Si le ponía un nombre, sabía que después querría ponerle una cara, y después querría imaginar a sus padres, a sus hermanos, saber qué habría supuesto para todos ellos su encarcelamiento en un infierno como el que suponía que sería una cárcel en Angola. Era mejor vivir sin un nombre, sin un asidero del que colgar todo el relato que fabricaría en cuanto tuviera un solo dato. Pero al cabo de un tiempo busqué el nombre de mi hermano en internet el día de su cumpleaños, interesado por el rastro digital que quedaba de él, donde ansiaba hacerlo presente de alguna manera, recuperar algún resto de su naufragio. Allí apareció esta noticia de un periódico angoleño, y aprendí por fin el nombre del asesino. Tenía además un mote asombroso, Mudo Que Fala. «Mudo que habla». Pasé mucho tiempo pensando en el mote, en cómo se habría ganado aquel apelativo tan poético, en la inteligencia de quien lo había nombrado así, en las dotes que uno ha de tener para ser ante los demás una persona que habla sin decir nada, en cómo habría de mirar, en el miedo que debía de infundir aquel que dice sin hablar, y recorre la noche de Luanda armado, sin miedo a disparar, acompañado de una banda de jóvenes que lo miran esperando a ver qué va a desencadenar aquel que los lidera sin necesidad de palabras. La potencia de ese mote dio vida al asesino en mi mente, me arrepentí durante un tiempo de haber leído aquella noticia a la que regresé hace un par de días, también en el cumpleaños de Roque que acaba de pasar, y con la que he retomado este texto que había abandonado en diciembre y que no sé qué es ni para qué sirve, y ahora, mientras considero de nuevo el origen y el motivo de semejante mote, hago una búsqueda en internet de «mudo

que fala» para descartar que se trate de una frase hecha de lo más común, y no del producto de un genial nombrador, y al tirar del hilo hago un hallazgo afortunado. El primer resultado de la búsqueda es una frase del célebre jesuita António Vieira: *O livro é um mudo que fala, um surdo que responde, um cego que guia, um morto que vive*. Ah, si este libro pudiera ser un muerto que vive…

(Madrid, febrero de 2017).

8. Pura

Hace un par de semanas, un miércoles por la mañana, mi primo Pedro me envió un mensaje más bien protocolario, *qué tal estás, qué tal las niñas, cómo va todo*. Noté que claramente se trataba de un prólogo de irrelevancias cariñosas para abrir el canal y decir lo que tenía que decirme: *La Pura se está muriendo, me dicen que le quedan semanas de vida. Está en La Coruña, en casa de su hermano, recibiendo cuidados paliativos*. No había visto a Pura Sotillo desde la muerte de mi hermano pequeño: entró en el tanatorio y me hizo sentir una enorme paz verla entre tantos extraños, con esa serenidad imperturbable con la que entraba en el aula por las mañanas y lo mismo me expulsaba de clase sin motivo aparente o me preguntaba cómo describiría una nube que pasaba por la ventana.

Pocas son las lecciones concretas que uno recuerda del periodo escolar: pregunto a menudo a la gente si es capaz de evocar alguna lección en particular, alguna epifanía frente a la pizarra, alguna transmisión de conocimiento que llegara de un profesor y que los golpeara con la fuerza cegadora de una revelación. Hasta ahora nadie me ha contestado con un relato nítido, con una anécdota que, por ejemplo, comenzara así: «Siempre me acordaré del día en

que don Julián nos explicó en clase de Geografía que el Sol es en realidad una gran bola de fuego, y que como todo fuego termina por consumirse, y un día empezará a apagarse y a enfriarse y entonces la Tierra quedará sumida en una noche infinita y los mares se congelarán, “de modo que tenedlo claro —dijo—: todo lo que veis va a desaparecer en la más absoluta oscuridad, así que escoged bien cómo queréis pasar vuestro tiempo bajo la cálida luz de nuestro sol, pues en esta vida ni siquiera sus amaneceres os están garantizados”, y desde ese día abandoné el colegio para siempre, me puse a trabajar en un bar por las noches y a componer canciones de día, y esta que ahora voy a presentar se llama *El mar de hielo* y está dedicada a don Julián, que en paz descanse».

Puedo describir perfectamente muchas de las aulas en las que pasé horas ausente, soñando con lo que haría cuando acabara la clase, los recovecos y las pintadas de mis pupitres, mis bolígrafos preferidos, las caras de los compañeros de clase y de los profesores, pero apenas puedo reproducir el contenido de ninguna lección. De los quince años que habré pasado en cuatro colegios diferentes, me pongo a pensar ahora mismo y solo escucho el eco de tres lecciones.

La más antigua de estas tres fue una clase de Química en el internado al que fui en Inglaterra. El profesor se llamaba mister Clapper, y puedo ver su cara redonda, sus entradas enormes y su frente despejada, el pelo rizado y negro, la camisa arrugada, la corbata marrón con un nudo ancho y mal hecho. Nos estaba enseñando el laboratorio de química del colegio el primer día de curso, los instrumentos de los que disponía y algunos de los productos que almacenaba. En algún momento arrojó —sin avisar y con ademanes de mago— un pedazo de sodio a un contenedor de agua para sorprendernos con la reacción. Contemplamos

atónitos un trozo de metal flotar y humear sobre el agua, derretirse ruidosamente y chisporrotear hasta desaparecer. Nos explicó entonces que aquella aula no era un inofensivo simulacro de laboratorio para niños, sino que existía un riesgo real de envenenamiento, explosión, incendio… Enseguida me entró la ansiedad de manipular todas esas sustancias encerradas en cajas y botes, de encender fuegos, de hacer mezclas en tubos de ensayo. Hay algo en un laboratorio que es siempre excitante, la promesa del descubrimiento accidental de una medicina que nos puede dar superpoderes o de un líquido que puede matarnos de mil maneras diferentes. Si bien más adelante la asignatura distó mucho de ser la introducción a ese mundo de peligrosos experimentos de científico lunático, la teatralidad de esa primera lección no se me ha olvidado aún. Una explosión furtiva siempre es una buena táctica para sobrevivir en uno de los estratos accesibles de la memoria.

La segunda de las lecciones también tuvo lugar en aquel internado. Un día, ya en el segundo trimestre, llegó un profesor de Historia en sustitución de otro que había desaparecido misteriosamente, quizá despedido. En su primera clase se presentó con un montón de cacharros, algunos viejos, otros rotos: una pelota de tenis, una zapatilla deportiva desparejada, un jarrón roto, un mapa. Vació todo sobre una mesa y nos hizo escoger tres objetos a cada uno. Después nos pidió que imagináramos que éramos extraterrestres, y que no conocíamos absolutamente nada del planeta Tierra ni de sus habitantes excepto esos tres objetos que cada uno había elegido. El ejercicio consistía en redactar una descripción de lo que podíamos inferir e imaginar acerca de la Tierra y la especie humana a partir de la observación de esos tres restos arqueológicos de los que disponíamos, y de nada más. Sentí un gran asombro ante la genialidad de aquella ocurrencia del profesor; tenía trece

años entonces y ya daba por hecho que a partir de esa edad en que uno deja de dibujar y cantar en clase jamás volvería a hacer algo en el colegio que hubiera querido hacer en mi tiempo libre. En cierto modo, creo que fue el primer ejercicio serio de escritura que hice, el primero que me obligó a construir un punto de vista singular, ajeno a mí y con limitaciones claras. Quizá por eso no lo haya podido olvidar.

La tercera lección, y la que mejor recuerdo, fue una de Pura Sotillo. Puedo escuchar palabra por palabra, con la entonación y el cambio de timbre en su voz, sus pausas precisas, así como ver el paseo de Pura entre los pupitres, el vaivén de su mirada desde el libro que sujetaba hacia cada uno de nuestros rostros. Es un recuerdo de una nitidez perfecta que, con el paso del tiempo, comparo con una conversión en un momento de oscuridad, y el origen de uno de mis grandes consuelos. Es preciso el contexto: hay que explicar aquella oscuridad con un desvío largo antes de volver a esta clase.

En el momento de esa lección de Pura, yo acababa de regresar de aquel internado en Inglaterra, una abadía medieval perdida en un bosque del sudoeste del país donde había apenas trescientos niños de varios lugares del mundo, donde se traficaba con discos de Led Zeppelin y Jimi Hendrix, donde, al contrario que en los colegios españoles, todo el alumnado despreciaba el fútbol y el baloncesto, y donde existía una cierta presión por construir la singularidad de cada uno y explorar sin miedo nuestras posibilidades para la extravagancia: se nos ofrecían constantemente iniciaciones a todo tipo de aficiones imposibles, desde domesticar comadrejas hasta tocar las campanas de la vieja iglesia en la Bell Ringing Society. Yo que siempre he odiado los deportes de equipo y todo lo que tenga que ver con correr detrás de una pelota estaba allí en territorio amigo, y la idea de volver a un colegio español donde aquel que no

jugara al fútbol en el patio era un apestado me aterraba. En el internado llenaba mis tardes iniciando y abandonando pronto todo tipo de aficiones con el goloso empeño de quien trata de probar cada uno de los platos y bebidas de un bufet inmenso, apilando platos medio llenos por todos los rincones. Así, pasaba del taller de improvisación teatral al de alfarería, y del equipo de críquet a ocupar los domingos avistando aves con un viejo coronel retirado que había montado un club de ornitología en un pueblo cercano y que nos enseñaba a identificar los pájaros más comunes de los bosques de Dorset (pasatiempo que entonces no me resultó atractivo).

Las escasas ocasiones en que se nos permitía vestir sin el uniforme escolar, todos entrábamos en una gran competición por cultivar un *look* diferencial. Cada uno de nosotros buscaba en una hebilla de cinturón o un zapato podrido la clave para convertirnos en nuestra propia marca. Los alumnos mayores, con mayor o menor fortuna, ya habían dado con su *look* propio, que incluía todo tipo de experimentos capilares que a los novatos nos habían estado vedados hasta ese momento, pues no solo carecíamos de barba, sino que nuestra cabellera había estado toda nuestra vida bajo la tutela estética de nuestras madres y sus peluqueras. Además de las múltiples posibilidades del peinado, estudiábamos bien el armario de los mayores a fin de entender cómo se construía un *look*. La norma general con respecto a la ropa era que todo debía tener un aspecto usado, vivido y añejo: aquellas chaquetas heredadas de padres o tíos puntuaban doblemente a la hora de establecer la irrepetibilidad de una prenda. Por el contrario, los logos y las marcas penalizaban, sobre todo si el logo era grande, conspicuo, y la marca demasiado popular. De este modo, en las primeras vacaciones en las que volví a España arrasé con los armarios abandonados de mis tíos en casa de mi

abuela: botas de la mili, trencas de ante forradas de borrego... Ahí encontré un primer filón para asimilarme al código estético de aquel internado, que era exactamente opuesto a aquel código opresivo del colegio privado de Pozuelo del que venía, en el que lo aterrador era desviarse de las marcas deseables: ir con ropa heredada era humillante, llevar marcas desconocidas te hacía invisible, y la peor desgracia era dejarse ver con logos de supermercado: acudir al colegio con una prenda de PryCa (Precio y Calidad, hoy en día Carrefour) legitimaba plenamente a cualquiera para tratar con crueldad al individuo que osara lucirla. En el tiempo que pasé en Inglaterra desarrollé una auténtica aversión a ese Madrid pijo y uniformador de todos a jugar al fútbol en el recreo, 40 Principales, Barbour, Levi's 501, polo Ralph Lauren, calcetines Burlington, zapatos Camper, jersey Privata y copa de Malibú con piña en Oh! Madrid. No entendía yo entonces que aquel código de internado inglés que yo asumía con la devoción con que se memoriza un credo no dejaba de ser el extremo del esnobismo. En Madrid bastaba con aceptar la breve lista de marcas homologadas sin pensar en lo que uno se ponía; en el internado había que buscar cada prenda como quien busca el santo grial, y después domesticarla con el uso hasta darle esa pátina de lo vivido que la convertía en una segunda piel.

Al terminar mi tiempo en el internado, cuando llegó la hora de regresar a un colegio privado de Madrid, decidí pertrecharme de todas las prendas y estandartes posibles para ejercer una resistencia estética y cultural. Pocos días antes de terminar el curso compré toda la ropa, discos y pósters que pude a los alumnos mayores que dejaban el colegio para ir a la universidad: rollos de carteles de Jefferson Airplane, Led Zeppelin y Black Sabbath, *Chelsea boots* desgastadas, unos *blucher* de ante en avanzado

estado de descomposición, con doble pespunte y todo tipo de perforaciones ornamentales, una camiseta de *Easy Rider* y otra de los Doors con agujeros en los sobacos y una especie de híbrido entre huipil guatemalteco y jersey muy lisérgico que Robert Plant no hubiera despreciado para subir al escenario. Recuerdo meter todas las prendas, discos y pósters en mi maleta con un ánimo similar al que le supongo a un mercenario mientras empaca su mochila antes de partir al combate.

La vuelta a Madrid fue una trágica profecía autocumplida. Había decidido de antemano que todos los alumnos del nuevo colegio que mis padres habían escogido para que terminara BUP y COU eran irremediablemente imbéciles. Iba sin esperanza alguna, con el ánimo resignado de un sentenciado que ya conoce la extensión de su pena, que sabe que los próximos años de su vida son años perdidos y que en los días previos a su ingreso en el penal trata de endurecer el ánimo y fabricarse una coraza para que todo le resbale. Del nuevo colegio sabía muy poco, pero consideraba que los datos que tenía bastaban para corroborar mis expectativas: era un colegio español, el primer colegio español al que iba, tenía un nombre de Virgen, Santa María de los Rosales, estaba en Aravaca y, según me decían, el alumnado era aquello a lo que algunos se referían como *gente bien de toda la vida*; de hecho, el príncipe de Asturias había estudiado allí. En definitiva, un auténtico gulag para un hijo del *rock and roll* como yo me consideraba entonces. En los días previos al inicio del nuevo curso, mi única preocupación era forrar mi carpeta con recortes de revistas de *rock* y postales de grupos que me había costado muchísimo juntar: ahí estaban Led Zeppelin, The Doors, Jimi Hendrix, Frank Zappa, Grateful Dead, como el ornamento heráldico del escudo del guerrero. Sentía esa carpeta como toda una declaración de principios, la mejor

presentación de lo que yo era y defendía frente a ese rebaño al que no pensaba pertenecer.

La llegada al colegio fue desoladora. Como no jugaba al fútbol ni al baloncesto, no tenía posibilidad alguna de construir vínculos con otros alumnos a través del deporte, y como tampoco fumaba no podía formar parte de aquella comunidad *underground* de los que buscaban el rincón más apartado para echarse un pitillo junto a las chicas malas de la clase. No me quedaba otra que deambular solo por el patio, sin nada que hacer ni nadie con quien hablar, tratando de mantener la distancia con los únicos que se me aproximaban, aquellos niños marginados y torpes como yo que tampoco jugaban a ningún deporte y que en todos esos años no habían conseguido encajar en ninguna cuadrilla, leprosos sociales que miraban a los nuevos con ojos mendicantes y la esperanza de encontrar al fin un amigo con quien escapar del cruel aislamiento en el que viven los niños raros. Era peligroso pasar demasiado tiempo con ellos; cuanto más te vieran en su compañía, más riesgo había de contraer la incurable lepra de la impopularidad, enfermedad que me haría invisible e intocable para las chicas del colegio y que alejaría definitivamente la posibilidad del sexo. Debía quedar claro que era yo quien estaba marginando al colegio entero, por absoluta falta de interés en todos ellos, y no al revés. Era importante pues no pasar inadvertido: había que manifestarse. No perdía una sola oportunidad de exhibir símbolos en toda superficie que pudiera soportarlos: carpetas, cuadernos, libros de texto, camisetas interiores… Incluso dibujaba los bordes de las suelas de los zapatos y los decoraba con símbolos de anarquía, de paz, emblemas de bandas musicales, runas, lo que fuera, y cuanto más críptico mejor. El *rock* psicodélico, con su estética y sus vagos mensajes, era lo que más deseaba irradiar entre ese grupo de muertos vivientes que

me rodeaba, no tanto para hacer conversos sino para que supieran quién era yo, cuál era mi credo y qué sonaba en mi cabeza. No me bastaban las fotos, las camisetas y los dibujos: ansiaba la oportunidad de poder poner mi música a todo volumen para que todos la oyeran como si fuera la llamada a la oración de un almuédano, no había en mí entonces más contenido que las absurdas letras de The Doors o de Led Zeppelin. Los niños hablaban del devenir de la Liga, de los crecientes pechos de alguna niña, del último cómico de la televisión, los profesores hablaban de oraciones compuestas, de los neandertales o de las placas tectónicas y yo era incapaz de prestar atención a nadie en ese colegio, porque nada de lo que dijeran podía tener ningún interés para mí mientras no fuera capaz de resolver lo que el asesino madrugador de la canción de *The End* quería decirle a su madre después de haberle dicho a su padre que quería matarlo.

En medio de esa condición de absoluta alienación y aislamiento a la que me había resignado tuvo lugar aquella clase memorable de Pura Sotillo que he mencionado antes, y que de algún modo fue el inicio de un cambio de actitud. Habría que seguir por un breve retrato de Pura. Era una mujer más bien fea, con la nariz ligeramente curvada y algo de papada. Era imposible determinar su edad: parecía haberse parado en el tiempo, de esas personas que parece que nunca han sido jóvenes y que sin embargo tampoco parecen envejecer. No era ni alta ni baja, llevaba el pelo corto y siempre con el mismo peinado y el mismo color. Su ropa era indiferentemente diferente, podía cambiarse de ropa diez veces y siempre parecía vestir igual, pantalón, blusa y jersey de colores discretos, lejos de cualquier adorno o extravagancia. Su tono de voz era algo impertinente, no hacía esfuerzos por resultar simpática ni por ganarse a los alumnos conectando con sus gustos o inquietudes; es más,

huía claramente de la figura del profesor enrollado y no tenía ningún reparo en ridiculizar cualquier manifestación de la estupidez humana que se produjera en el aula: imitaba el gesto bobalicón de aquella alumna coqueta de larga melena que no dejaba de atusarse el pelo en clase, el balbuceo inseguro del alumno que no era capaz de responder en público a una pregunta sencilla (eh… el complemento directo es… eh… a ver… es… eh…). Su asignatura era árida y temida: Lengua y Literatura, en un año escolar en el que tenía más peso el análisis sintáctico de las oraciones que la propia lectura. Desperdigados entre montañas de ejercicios de lengua y tediosas explicaciones sobre las figuras del lenguaje, los sintagmas, los morfemas, los artículos y demás cosas que pronto olvidamos en la vida y cuyo estudio a esa edad genera más desinterés que curiosidad hacia la lengua, había en el libro de texto una magnífica selección de poemas en lengua castellana. En un primer momento esos poemas me pasaron desapercibidos, perdidos como estaban en ese lodazal de ejercicios y explicaciones, acompañados a menudo de unos sobrios retratos de plumilla de los poetas que los representaban casi como a los columnistas del *ABC* de entonces, tipos de traje, empollones, a menudo con gafas y bigote, sin ningún glamur.

Pura nos hizo abrir el libro por una página en la que había una ilustración de un tipo calvo, viejo y con gafas de montura gruesa. Un tal León Felipe. Junto a la ilustración, un poema titulado *Romero solo*. No le hizo falta mandarnos callar, bastó con que leyera el título para que se hiciera un silencio expectante. Empezó a recitar. Yo estaba como siempre, dibujando algo en la esquina de un libro. Pronto dejé caer el lápiz, conmovido, y me puse a escuchar. Copio aquí el poema:

Ser en la vida romero,

romero solo que cruza siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.
Ser en la vida romero, romero..., solo romero.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo,
pasar por todo una vez, una vez solo y ligero,
ligero, siempre ligero.
Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos
para que nunca recemos
como el sacristán los rezos,
ni como el cómico viejo
digamos los versos.
La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto en los dedos,
decía el príncipe Hamlet, viendo
cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo
un sepulturero.
No sabiendo los oficios los haremos con respeto.
Para enterrar a los muertos
como debemos
cualquiera sirve, cualquiera... menos un sepulturero.
Un día todos sabemos
hacer justicia. Tan bien como el rey hebreo
la hizo Sancho el escudero
y el villano Pedro Crespo.
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.
Pasar por todo una vez, una vez solo y ligero,
ligero, siempre ligero.
Sensibles a todo viento
y bajo todos los cielos,
poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.

Cuando una persona sabe bailar, no importa lo vieja, gorda o fea que sea, hay una cierta belleza que se manifiesta en ella, en la gracia de sus movimientos: su cuerpo de repente encaja en la estructura rítmica de la música y forma parte de ella, encarna la invitación de toda música de baile a participar de su alegría, captura nuestra atención y nos llama a unirnos, a abrazar sin miedo a un desconocido.

Ocurre algo similar con aquellos que saben recitar poesía: las palabras cobran vida, se llenan de sensaciones, sentimos la fuerza de las imágenes, las pausas y los silencios adquieren sentido y tensión, y la persona que recita recibe la autoridad de un profeta y se convierte por un momento en un instrumento de las musas, como un hierro que al contacto con un imán adquiere el poder del magnetismo. Mientras leía en voz alta, Pura dejó de ser una mujer fea, antipática y anodina para convertirse en una voz maravillosa con el poder de hacer desaparecer por un momento todo lo que me rodeaba y todos mis pensamientos, y construir un instante en el que solo existía un poema que me revelaba verdades que sentía como auténticas y trascendentes. Recuerdo bien la sensación de ebriedad que me provocó aquel poema recitado; sentí entonces el inmenso deseo de poder leer así un poema, de poder expresar lo que pensaba y lo que sentía con un verso, de poder depositar en la mente de alguien imágenes tan contundentes, tan precisas, tan cargadas de verdades. Llegué a mi casa esa noche con la mente hirviendo, me encerré en mi cuarto a escribir en mi diario, mi primera reacción fue de total rechazo hacia Pura. Me resistía a aceptar que algo tan conmovedor como aquella poesía pudiera ser recitado de manera tan certera por aquella profesora tan gris, y en aquel colegio que yo despreciaba. Hice una caricatura de ella en la que la pinté tan fea como pude, gritando con la boca muy abierta, de ella salía la palabra *poesía*, escrita con un dólar, y al lado escribí un alegato infantil contra el secuestro de la poesía por personas como Pura, agentes de un sistema gris que despreciaba todo lo trascendente y todo lo auténtico. Y sin embargo, gracias a Pura yo me asomaba por primera vez a todo lo que hay bajo la superficie de un poema y empezaba

a entender qué era la poesía, pues hasta entonces para mí no era más que la técnica de escribir con rimas.

A partir de aquel día esperaba la clase de Pura como el momento más importante de la jornada escolar, siempre con la esperanza de que recitara otra vez. Tardé poco en leer todos los poemas de aquel libro de texto, algunos de ellos los aprendí de memoria y los sigo recitando como recitaría sus oraciones alguien que acabara de convertirse. Me asombraba descubrir que en aquel libro de texto —y en la voz de esa profesora— estaban, en su máxima expresión, todos los mensajes que en vano buscaba en las letras de los grupos de *rock* que por entonces veneraba. La contradicción era para mí enorme: había encontrado en la clase de Lengua de aquel colegio privado de Madrid un elixir más potente que el *rock* para resistir al impulso homogeneizador de una sociedad llena de mecanismos para domesticarnos. Ni los Sex Pistols, ni los Damned, ni los Clash, ni los Stooges eran capaces de conectar con toda la rabia que yo sentía hacia el mundo como lo era aquella señora aparentemente inofensiva que con su rebeca, su blusa y sus mocasines negros recitaba este poema de César Vallejo que también estaba en mi libro de texto:

> Estáis muertos.
>
> Qué extraña manera de estarse muertos. Quienquiera diría no lo estáis. Pero, en verdad, estáis muertos.
>
> Flotáis nadamente detrás de aquesa membrana que, péndula del zenit al nadir, viene y va de crepúsculo a crepúsculo, vibrando ante la sonora caja de una herida que a vosotros no os duele. Os digo, pues, que la vida está en el espejo, y que vosotros sois el original, la muerte.
>
> Mientras la onda va, mientras la onda viene, cuán impunemente se está uno muerto. Solo cuando las aguas se quebrantan en los bordes enfrentados y se doblan y doblan, entonces os transfiguráis y creyendo morir, percibís la sexta cuerda que ya no es vuestra.
>
> Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás. Quienquiera diría que, no siendo ahora, en otro tiempo fuisteis. Pero, en

> verdad, vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fue. Triste destino. El no haber sido sino muertos siempre. El ser hoja seca sin haber sido verde jamás. Orfandad de orfandades.
>
> Y sin embargo, los muertos no son, no pueden ser cadáveres de una vida que todavía no han vivido. Ellos murieron siempre de vida.
>
> Estáis muertos.

Fue ese año cuando, con el mayor de los secretismos, y con mucho pudor, empecé a escribir mis propios poemas, algo que, si bien de manera inconstante y sin disciplina, no he dejado de hacer desde entonces. Como recitador he sido mucho más constante, o quizá mucho más pesado. Me gusta empacharme de versos, con el mismo desenfreno que me desata un buen vino o un buen banquete, las veladas en mi casa terminan a menudo con varios libros de poesía tirados por la mesa y los sofás, recito hasta que me piden que calle —petición que nunca atiendo— e incluso hasta expulsar a la gente de mi casa: oh, no, ya está sacando los libros de poesía, es hora de irse.

Tengo claro que a partir de cierta hora es preferible escuchar a los poetas que escuchar a los borrachos, aunque haya que escuchar a los poetas en las bocas de los borrachos, el vino y la poesía van de la mano. Ya lo decía Baudelaire: *Enivrez-vous sans cesse! De vin, de poésie ou de vertu, à votre guise*. Mis *all time greatest hits* para esas noches no dejan de ser los que nos leyó alguna vez Pura, y mi rango de acción, desde que existen los móviles, se ha extendido a cualquier lugar con cobertura que me permita bajar un poema de internet y leérselo en la oreja al pobre comensal a quien le haya tocado sentarse conmigo en una sobremesa. Me pasa que esos primeros versos que lograron asentarse en la memoria se han ido convirtiendo con el tiempo en un estuche de filtros que no dejo nunca de aplicar a paisajes, rostros, sensaciones o experiencias, de una manera parecida a como funcionan los filtros de la

fotografía digital. El poema de León Felipe, en particular, me ha acompañado en momentos críticos y me llega siempre con la voz de Pura. En mi boda, yo que no soy creyente, escribí y leí los ruegos de la ceremonia religiosa, «para que nunca recemos como el sacristán los rezos». En el entierro de mi hermano Roque, en Lequeitio, yo mismo vacié la urna con sus cenizas en el hoyo, y me venía a la mente eso de que «para enterrar a los muertos como debemos cualquiera sirve, cualquiera… menos un sepulturero».

Pura, además de impartir la clase de Lengua, dirigía durante los recreos la revista del colegio, *El Mercurio*. Un día me presenté en su despacho, receloso, y le entregué un artículo provocador titulado «El *rock* ha muerto», que identificaba como la principal causa de la defunción del género el postureo de las inofensivas legiones de fans de grupos inauténticos como Guns N' Roses, la banda favorita de la mitad del curso. Yo esperaba su censura, para obtener así la confirmación de que no había un lugar para mi visión del mundo en aquel colegio, y ella sin embargo me ayudó a corregir el artículo y a trabajarlo para poder incluirlo en la siguiente edición de la revista. Creo que ahí empezó mi implicación y mi participación en la vida de aquel colegio que tanto me dio y tan paciente fue conmigo sin que yo lo comprendiera.

Viajé a La Coruña, donde Pura pasaba sus últimos días en casa de su hermano. Iba con mi buen amigo Emilio, antiguo compañero de clase, y con mi primo pequeño, también exalumno suyo. Los tres íbamos a despedirnos, antes de nosotros ya habían ido a visitarla otros sesenta y tres antiguos alumnos, algunos de los cuales ya habían cumplido cincuenta años, otros más jóvenes, como mi primo, que tenía veintiuno. Yo quería contarle a Pura todo lo que he rumiado aquí, necesitaba decirle hasta qué punto todo lo que me había dado ha resultado importante en mi vida, hay

deudas que solo podemos aspirar a saldar expresando gratitud y gente a la que no podemos dejar ir sin decir adiós y gracias. Antes de subir a su casa nos bebimos unos vinos en la comida, me fumé un puro y lloré desconsoladamente un buen rato mientras le explicaba a mi primo pequeño algunas de estas cosas que aquí cuento. Mi amigo me decía que así no podía subir a ver a Pura, lo iba a hacer todo muy difícil. Cuando consideré que había llorado todo lo que me tocaba llorar, subimos a la casa del hermano de Pura y nos sentamos con ella a charlar. Yo no fui capaz de decirle nada de lo que habría querido decirle, las casi dos horas que estuve con ella las pasé prácticamente en silencio y bastante bloqueado. Pura habló de la actualidad, de política, de viejas anécdotas del colegio, trastadas, amores de clase, nos preguntó por nuestras familias. Cuando llegó la hora de marcharnos yo sentía una inmensa angustia por no haber sido capaz de decirle absolutamente nada de lo que tenía en mente, y según nos acompañaba a la puerta de la casa me derrumbé y me puse a llorar como un bebé. La abracé con fuerza y no pude decir ni adiós, sabía que no la volvería a ver nunca. Luego, al día siguiente, Pura me escribió un mensaje: *Guardo tus lágrimas en mi corazón*. Comprendí así que fue esa incapacidad para hablar y mi estallido final la manera en que logré decirle lo que de verdad habría querido decir.

(Madrid, mayo de 2017).

9. Cuadros que robaría

Desde que volvimos de Austin, a menudo viene a visitarnos gente de paso por España, a veces buenos amigos y a veces gente que apenas nos dio tiempo a conocer. A mí nada me puede divertir más que tener la atención de un desconocido desubicado, descubriendo un país que no es el suyo, en ese estado emocional del viaje en el que uno está entregado a disfrutar el momento y abierto a lo que lo rodea. De todos esos encuentros aleatorios, el que sin duda más he disfrutado recientemente fue el que tuve con un adolescente de diecisiete años, hijo de una pareja de arquitectos que nos abrieron las puertas de su casa en Austin, y dos amigos suyos. La madre es una portorriqueña locuaz y simpática que se presentó un día de julio en mi casa con plátanos verdes, arroz y pollo y nos cocinó todo un banquete caribeño. Se trajo con ella a su hijo Diego, que venía con sus dos mejores amigos del *high school* en Austin. Esa cena se había fraguado una semana antes, cuando invité a la madre de Diego a acompañarnos a la fiesta de un joven diseñador en la que ella, en su candidez y desconocimiento de la noche madrileña, jamás habría imaginado que todas y cada una de esas personas tan simpáticas que no paraban de darle conversación e

interesarse por ella estaban en un estado de conciencia bastante alterado. A las tres de la mañana estábamos en un antro de música electrónica en la calle de la Ballesta en el que dos o tres miembros de la comitiva iban repartiendo indisimuladamente cuartos de pastillas de colores diferentes en la boca de los asistentes —como curas que dieran la comunión— mientras otros bailaban con los ojos en blanco. Mi amiga boricua, totalmente sobria, seguía sin sospechar que estaba rodeada de bacantes y comentaba lo feliz que se sentía de estar con gente tan simpática e interesante. Y en esas me dijo, en un rincón de aquel antro, que le gustaría presentarme a su hijo adolescente ahora que el chico debía empezar a decidir sobre su futuro y su carrera. Creía que sería interesante para él que adultos creativos y de provecho —cualidades que ella me suponía— le ayudaran a pensar las muchas posibilidades que tenía ahora que le tocaba considerar su futuro inmediato. Yo me sentía halagado, y a la vez me parecía un planteamiento disparatado: ¿en qué momento pudo pensar alguien que yo, que a mis cuarenta y un años sigo sin saber qué quiero ser de mayor ni qué estaré haciendo el mes que viene, podría hablar con un adolescente de su futuro? Me ofreció cocinar un arroz con pollo a la manera de Puerto Rico, y yo acepté encantado.

Una semana después aquella madre ejemplar estaba trajinando en mi cocina, y yo estaba sentado a una mesa del jardín con Diego y sus dos amigos. Habla con él de tu carrera y de lo que haces, me conminaba ella mientras freía unos tostones irresistibles. Los chicos, sin embargo, preferían aprender algún juego de cartas que se pudiera hacer con una baraja española. Me pareció entonces que enseñarles a jugar al mus sería probablemente lo mejor que podía ofrecerles, y la mejor manera de conocernos todos. Nada puede espantarme más que el papel de un cuarentón

que se pone a pontificar frente a un adolescente desde la distancia de los años y la experiencia particular. Mientras la madre de Diego cocinaba, yo les hice a los chavales unos apuntes para que pudieran recordar todas las arbitrariedades del mus, a saber, que los treses y reyes tienen el mismo rango, que en el juego las figuras y los treses valen diez, que la seña de treinta y uno es un guiño, que en la treinta y una real el tres no es lo mismo que una figura. Todo ello en inglés, pues los amigos de Diego no hablaban español. Los obligué a jugarse diez euros cada uno: el incentivo de ganar dinero y el riesgo de perderlo son la mejor manera de aprender un juego de cartas con rapidez.

Durante la partida fuimos conociéndonos. Los tres chicos eran inquietos y tenían pulsión creativa, se notaba en sus gestos, en su ropa y en la manera de hablar, de mirar, de fijarse en todo. Me contaron la rutina de su viaje, que por las mañanas iban a museos y se pateaban la ciudad, por las noches perseguían a chicas y trataban de colarse en bares. Diego no sabía si estudiar Bellas Artes, Arquitectura como sus padres, Diseño o Física, o bien todo a la vez. Uno de sus amigos, de gesto solemne, cara ancha y unos rizos rubios muy largos, quería estudiar cine. El otro, que a pesar de ser blanco tenía unos tenues rasgos japoneses heredados de una abuela nipona, no sabía qué quería hacer con su vida y de momento solo tenía claro que quería viajar por el mundo, perderse en él. Pensé que quizá para ellos este era su primer gran viaje de iniciación y que nuestra partida de mus podría ser una vivencia trascendente de ese viaje, y que yo era un agente casual que estaba contribuyendo a formar una memoria profunda en la relación de aquellos tres amigos adolescentes que habían salido juntos para asomarse al gran mundo donde buscamos experiencias que nos marquen. Me preguntaba si la suya sería una amistad

de por vida, si alguna vez alguno de ellos, dentro de muchos años, volvería a ver una baraja española en alguna tienda de curiosidades —como las he visto yo en Austin— y, al verla, le diría entonces a su mujer que una vez aprendieron un juego enrevesado con aquella baraja, en Madrid, allá por 2017, y se jugaron el poco dinero que tenían con un español barbudo que fumaba puros y les servía *gin-tonics* mientras la madre boricua de su amigo cocinaba un arroz con pollo. Nos pasamos horas jugando, parando apenas para comer, hasta bien entrada la noche. La madre, desesperada al ver que entre nosotros no había más conversación que la propia de una partida de cartas, interrumpió el juego para decirme: Jacobo, háblale a Diego de tu carrera, de cómo fue estudiar Bellas Artes, de lo que has hecho. Yo le contesté que le había enseñado a jugar al mus, que es de lo poco que puedo enseñar en esta vida, y que viendo cómo jugaba tenía muy poco que enseñarle. Advertí una mueca de frustración en la madre, que trataba de dirigir la conversación hacia los temas que yo prefería evitar. Realmente no tenía nada que decirle a aquel adolescente, me parecía una falta de honestidad dar consejos a alguien que no conoces, que no sabes qué busca en la vida y que no te los ha pedido. Y sin embargo, cuántas veces habré puesto yo a mi hija mayor en la misma situación, pidiéndoles a mis primas, a mis amigas que la aconsejaran sobre la vida, tratando de que iniciara conversaciones con ellas sobre la vocación artística, sobre la universidad, sobre las primeras relaciones con los niños. Cuántas veces he mostrado con orgullo los cuadernos y dibujos de mi hija mayor, tratando de provocar una conversación sobre sus dotes, asomando a aquellos amigos con los que quiero que tenga un vínculo intelectual al mundo imaginario de mi hija. Algo parecido hizo entonces mi amiga arquitecta: le pidió a su hijo que me enseñara su cuaderno de viaje, para ver qué opinaba yo.

El chico, con cierto reparo y tras mi insistencia, sacó entonces un pequeño cuaderno de dibujo en el que apuntaba de manera gráfica, día a día, sus experiencias. Se abrió entonces ante mí un verdadero tesoro: ese cuaderno era el repositorio de todo aquello que había excitado la imaginación de Diego, que, por lo que se veía, era un muchacho que vivía en un estado de asombro constante ante el mundo que lo rodeaba. Edificios, cuadros, parques, ciudades, ensoñaciones, frases…, todo estaba minuciosamente dibujado y apuntado. Pasé un buen rato inspeccionando con admiración cada página, vi que había visitado Toledo y reconocí de inmediato un apunte de *El entierro del conde de Orgaz*, del Greco. Le pregunté qué le había parecido aquel cuadro, y me contestó con un torrente de adjetivos superlativos bajo el cual sentí el entusiasmo que genera la conexión con otra inteligencia sensible cuando uno descubre que comparte el gusto por algo muy particular. Esa fue precisamente la pintura con la que marqué la primera referencia del mapa en blanco de la historia del arte en mi imaginación. Tenía once años. Estaba en un campamento de verano en un pueblo de Toledo, y un día hicimos una excursión para ver los monumentos de la ciudad. El conde con la piel azulada, muerto, con su brillante armadura, en brazos de dos santos de ropajes dorados que sujetan su pesado cuerpo sin esfuerzo, todo ese bullicio de caballeros confusos que no entienden lo que ocurre, ese niño triste que apunta hacia la muerte con una antorcha que no alumbra, y encima de toda la muchedumbre, ese bebé etéreo a quien un ángel ayuda a atravesar las nubes para pasar por un nebuloso conducto vaginal de este mundo al otro mundo que se abre tras las puertas de la muerte, para presentarse en la corte de un Cristo regio y severo a quien la Virgen y el bautista suplican humanamente. Pocos son los cuadros que, como este,

pueden provocar un incendio absolutamente incontrolable en la imaginación de un espectador virgen. Doménikos Theotokópoulos: tenía un nombre tan sonoro y complejo que me vi obligado a aprendérmelo, al igual que me aprendí el título del cuadro y el año en que había sido pintado. De pequeño me sentía orgulloso de saber el nombre que se escondía tras aquel apodo derivado de un gentilicio. Después de esa primera excursión para ver *El entierro del conde de Orgaz* me refería al Greco siempre por su nombre en griego, y si mis interlocutores me miraban con gesto de no entender añadía, condescendiente, la aclaración de que se trataba del pintor también conocido como el Greco. Algunas personas, conceptos o palabras que uno descubre de manera totalmente fortuita provocan un estímulo suficiente sobre nuestra curiosidad como para agarrarse sin anclajes a nuestra conciencia el tiempo necesario hasta que aparecen de nuevo en nuestro entorno por casualidad, y es en ese segundo impacto cuando terminan de enraizarse por completo en la memoria. Eso mismo me ocurrió a mí: poco después de esa primera visita a Toledo reparé en que en casa de mi abuela lequeitiana, pintora aficionada, había una estantería en el cuarto de estar con varias monografías de pintores clásicos, entre ellas una del Greco. Fue el primer libro de arte que hojeé con atención, cuadro a cuadro, dejando que cada imagen me interpelara, absorbiéndolas en la imaginación, pensándolas más tarde en la cama.

Cuéntale a Jacobo lo mucho que te gusta el arte. Han visitado casi todos los museos de Madrid: el Prado, el Reina Sofía, el CaixaForum… A Diego le gusta mucho el arte, ha pensado en estudiar arte, comentaba su madre mientras yo seguía analizando el cuaderno. Diego se ruborizaba escuchando cómo trataba de extraer su madre una opinión sobre la mejor manera de encauzar aquellas dotes e intereses que revelaban sus dibujos, yo me sentía en un

terreno intermedio. Por un lado, entendía la preocupación de esa madre por aprovechar las enormes capacidades de aquel adolescente luminoso en quien yo no había detectado en toda la partida de mus ninguna inclinación al vicio o a la maldad, y sí una alegría y un entusiasmo propios de un niño, combinados con la astucia de un adulto y la frialdad de un matemático. En las pausas del juego Diego conversaba en español y en inglés con la entonación de un ánimo expansivo y alegre, y en el poco tiempo que hablé con él me dejó ver, de manera modesta y sin darse ninguna importancia, su enorme interés por la física y la ingeniería, su afición al atletismo y sus progresos con la guitarra; reconocía algunas de las canciones que yo ponía y me preguntaba sobre aquellas que no conocía. Tras la partida completé mi impresión de aquel adolescente por lo que de él decía su cuaderno, en el cual dibujaba meticulosamente, como un observador de una curiosidad infinita, todo lo que le sorprendía, y lo que le sorprendía delataba una sensibilidad especial por los detalles del arte y de la arquitectura que descubría en sus viajes, y también por los paisajes interiores de lo onírico. Entendía a la perfección los riesgos que corre un adolescente prometedor ante esa gran encrucijada de la vida en que se nos pide que elijamos ser algo, le quedaba un año de *high school* y se aproximaba ya al borde de ese profundo abismo al que durante unos años han de asomarse quienes tienen la libertad, el talento y los recursos para aspirar a ser cualquier cosa.

Por otro lado, me incomodaba esa ansiedad de la madre ante ese momento decisivo de su hijo, pues de repente —en mi vanidad— me miraba en él, y en mi imaginación había viajado a ese momento de potencialidad inagotable, ese momento en que aún sentía la necesidad de fijar en papel lo imaginado, lo visto y lo soñado, ese tiempo de búsqueda de las experiencias, ese momento único de nuestras vidas en

que aún podemos serlo todo y donde los miedos de nuestros padres son nuestra mayor limitación. Sentía que hablar entonces para ofrecer cualquier consejo me convertía en cómplice de un progenitor preocupado de la misma manera en que lo estuvieron mis padres, que ansiaban darme un rumbo y necesitaban saber que aprovecharía al máximo todo lo que aún podía ser. Un hijo creativo aterra a los padres en la misma medida en que los hace babear. Los que tras cumplir doce años hemos seguido dibujando y escribiendo diarios somos motivo de orgullo para nuestros padres, que presumen de hijos creativos, sensibles y curiosos, pero cuando se aproxima el momento de entrar en la universidad, ese lugar en que se pretende preparar a los adolescentes para ser absorbidos por el mundo laboral, esos mismos padres que babeaban con nuestros talentos empiezan a asustarse ante nuestra absoluta carencia de pragmatismo, nuestra capacidad de distracción y nuestras dotes inmensas para todo aquello que quizá solo nos sirva para llenar de contenido el tiempo libre de nuestra vida.

El verano antes de entrar en Bellas Artes, mi padre llevó a cabo una última maniobra para abrirme los ojos a la posibilidad de encauzar mi creatividad hacia la publicidad, que entonces le parecía la salida más segura y pragmática al mundo laboral para mí. Fue una maniobra torpe y chapucera que produjo el efecto contrario al deseado. El adolescente que, como yo, aspira a ser artista suele sentir su creatividad de manera similar a como podríamos suponer que una novicia siente sus genitales: la sola idea de estimular esa creatividad a cambio de dinero —al servicio de Coca-Cola, pongamos— le parece un acto de prostitución. Su creatividad solo se puede usar para crear por amor al arte. Con esos prejuicios firmemente implantados en mi cabeza, mi padre me envió de becario

durante un verano a una agencia de publicidad en Londres con la que un tío mío tenía alguna relación comercial que jamás llegué a entender bien. Llegué el primer día y me sentaron en el *lobby* durante horas, esperando a que alguien me diera algo que hacer. La agencia, por lo que pude comprobar en esas primeras horas de espera, acababa de fusionarse. Unos trabajadores con mono arrancaban logotipos de las paredes y los sustituían por otros, y los paquetes de folios con los membretes antiguos esperaban a ser retirados junto a los nuevos. Y, a juzgar por el silencio y la tensión que se vivían en aquella oficina donde nadie tenía tiempo ni para preguntarme cómo me llamaba, era de suponer que en ese momento se estaba produciendo un ajuste de plantilla.

Pasé tres días yendo a la oficina sin nada que hacer y sin que nadie supiera darme encargo alguno. Me dedicaba a escribir cartas de amor a una novia que cada vez sentía más lejos y más fría y a leer *Viaje al fin de la noche*. Al cuarto día llamé a casa para protestar por mi absurda situación, y mi padre llamó a mi tío, y mi tío, que no habla inglés, es de suponer que llamaría a alguien que sí lo hablaba, y que a su vez llamó a una persona en aquella agencia para que alguien me diera algo que hacer. Finalmente llegó Kevin, un tipo gordo y corpulento de unos cincuenta años, pelo gris y mono de trabajo azul. Me dijo, hablando agónicamente despacio y pronunciando con énfasis cada sílaba, con muchos gestos manuales, que tenía trabajo para mí. Yo le hice ver que no tenía problema alguno con el inglés, que era bilingüe y que podía hablarme normal, y entonces se relajó y comenzó a hablar con un acento *cockney* tan cerrado que apenas pude entender nada. Me hizo acompañarlo al piso superior, donde había una enorme oficina diáfana con sus cubículos, archivadores, baldas, bandejas, papeles para nutrir teletipos, carritos, cruces

entre máquinas de escribir y ordenadores que ya se habían quedado obsoletos, rincones para el café sin cafeteras, sillas amontonadas, mesas cubiertas de polvo, lámparas sin bombillas y… nadie. Absolutamente nadie. Kevin me entregó un martillo, una llave inglesa y un destornillador. Había que sacar todas esas cosas de ahí y meterlas en contenedores de manera muy apretada; mi reto era no desperdiciar el menor espacio del contenedor. Para ello había que desmontarlo todo, amputarles las patas a las mesas, arrancar los paneles de los cubículos y, en general, tratar todo lo que tenía ante mí como los restos del cadáver de un enorme cerdo que ya hubieran despiezado los carniceros y de donde ya solo quedara sacar los huesos para hacer caldo y los despojos para dar de comer a los perros. Kevin desapareció y me dejó solo con esa tarea, que obviamente me tendría varios días entretenido. Yo no podía creer que aquel intento de mi padre de ofrecerme la posibilidad de participar en la fascinante vida de una gran agencia londinense, para abrir mis ojos a la posibilidad de ejercer mi creatividad de una manera pragmática y remunerada, hubiera acabado con esa derrota. Al principio traté de desmontar el mobiliario con cuidado, minuciosamente, pero al cabo de unas horas, tras comprobar que nadie venía a supervisarme, y cuando comprendí que si muriese allí bajo una avalancha de archivadores vacíos mi cadáver no aparecería hasta que no lo olieran en el piso de abajo, empezé a destruir con saña los restos de aquella agencia abandonada, a martillazos y patadas contra esos cubículos en los que esperaba no verme atrapado jamás, saltando sobre el mobiliario, derribando estanterías y archivadores, hasta sentarme al cabo de un par de horas agotado, jadeando y sudando, para comprobar que apenas había avanzado en la tarea. Miré con horror aquella planta vacía. ¿Adónde habrían mandado a

todos aquellos que alguna vez trabajaron en ella? Se podía deducir claramente que la planta de los creativos era la de abajo, por los colores de las paredes, el mobiliario moderno de las salas de reunión, los premios de agencia de la entrada, las grandes fotos con campañas vistosas… Esta planta que yo debía reducir a chatarra, a juzgar por el color de las paredes y el mobiliario, debía de ser una en la que no entraban clientes ni se vendían campañas. Supuse que habría pertenecido a una especie menos vistosa de empleados, aquellos que llenaban todas esas hileras de baldas con archivadores, grapaban papeles —vista la cantidad de grapadoras que quedaban por ahí— y operaban esa última generación de máquinas de escribir eléctricas que yacían apiladas y cubiertas de polvo en una esquina. Así terminan las cosas, pensé, trabajas durante años en un lugar, cuando ya por fin dominas las nuevas máquinas de escribir eléctricas llegan los ordenadores y ya no sirven las máquinas de escribir eléctricas, y antes de que tu empresa te compre un ordenador otra empresa compra la empresa en la que trabajas, y cierran la planta fea, y el cubículo en el que trabajaste es finalmente destruido a martillazos por un becario extranjero que ni siquiera sabe por qué está allí. Busqué papel, un sobre y un bolígrafo, objetos que abundaban en ese cementerio de material de papelería, y empleé varias horas en escribir, en aquel desierto, una larga y absurda carta de dimisión que denunciaba en un tono indignado el trato recibido. Bajé a la planta bonita y deposité la carta en recepción, a nombre del cargo más alto al que me habían presentado el primer día al llegar, salí de aquella oficina a la que no volvería jamás y caminé durante horas por Londres, de vuelta a la casa donde tenía una habitación alquilada, preparándome mentalmente para la previsible bronca que iba a provocar aquella carta una vez que recorriera el largo camino de vuelta, desde el directivo

de aquella empresa hasta la persona que conocía a mi tío, y que de mi tío pasaría a mi padre, probablemente ya muy tergiversada, resumida, mal traducida y muy simplificada, de tal manera que la conversación con mi padre solo podría empezar así: «Eres un imbécil, la que has liado, se me cae la cara de vergüenza, otra vez la has vuelto a cagar», o con alguna otra fórmula similar que en aquel momento de mi vida ya estaba muy acostumbrado a escuchar.

El disgusto de mis padres fue previsible, pero consideré que no me faltaban razones para abandonar mi puesto de demoledor de cubículos de auxiliares administrativos. A la mañana siguiente me desperté sin saber qué hacer. Tenía ante mí casi un mes en Londres, solo, sin ningún plan, con el dinero justo para comer. No conocía a nadie. Llamé al único amigo del internado inglés con el que había mantenido contacto y en su casa me dijeron que estaba en Canadá y que no volvería hasta finales de mes. Llamé a la que aún consideraba mi novia, que estaba entonces en un curso de inglés en Oxford y que por esas fechas daba ya por acabada nuestra relación, aunque aún me tenía el cariño suficiente como para respetar la regla de oro de no cortar por teléfono. La frialdad de su tono me lo dijo todo: no quería que fuera a visitarla de ninguna manera. No supliqué, sabía lo que me esperaba si iba a visitarla. Hice un repaso mental de lo que hacían mis amigos, muchos de ellos aprendían inglés en algún lugar del mundo, otros recuperaban asignaturas de COU para poder entrar ese año en la universidad, mis hermanos estaban en campamentos con mis primos. Todos tenían algo que hacer ese verano. Salí a deambular sin más objetivos que matar el tiempo y aplacar con ejercicio físico la angustia que me causaba el hecho de que el resto de aquel mes lo pasaría de esa misma manera, andando sin rumbo y sin objeto por las calles de una ciudad inmensa donde no tenía compañía ni dinero más

que para un par de trozos de *pizza* al día, porque sabía que mis padres no me darían un duro más después de la que había liado. Llegué caminando aleatoriamente hasta Piccadilly Circus, y ahí me detuve para pensar qué calle tomaba, y al tratar de decidir por cuál de ellas tirar empecé a sentir en ese momento una calma liberadora al comprender que era absolutamente libre de perderme por cualquiera de ellas, volver a la hora que quisiera, pararme en cualquier esquina a observar, dibujar o escribir en mi libreta, me recordé a mí mismo que yo había escogido ser artista y que eso no era tanto una profesión como un modo de vida, una forma de estar en el mundo en que debía bastarme con papel, lápiz, tiempo, libertad y soledad para alcanzar lo que andaba buscando, y que eso mismo era lo que se me concedía por primera vez en la vida: tenía todo el tiempo del mundo, un tiempo sin estructuras, sin horarios de comidas ni de dormir, sin nadie que me esperase en casa, sin ningún deber que entregar, sin ningún colegio al que volver en septiembre, sin ninguna supervisión de un adulto, sin una relación amorosa que atender. Era consciente de que si no era capaz de pasar por aquella prueba, con una libreta y un lápiz, todo mi planteamiento de vida era un fraude. En esas semanas devoré *Viaje al fin de la noche* y un par de libros de Nietzsche que encontré en la casa donde alquilaba una habitación, visité varias veces la National Gallery, llené cuadernos enteros de ideas para novelas que nunca escribí, borradores de poemas que no fui capaz de rematar y apuntes para cuadros que nunca pinté, y, sobre todo, lo que más hice en todas esas horas de soledad fue llenar folios enteros de lamentos y reproches para la novia que estaba a punto de dejarme y cuya memoria no me dejaba pensar en nada ni alumbrar mi primera gran obra. Finalmente cometí la imprudencia de ir a Oxford a verla por sorpresa, ella se quedó pálida al verme,

fui como la aparición de un fantasma, ella se había liado con un tipo que había conocido en su curso de inglés y vivía ya en otra película. Allí recibí la confirmación de mis sospechas: me dejaba. Volví a Londres y seguí deambulando por las calles, incapaz de concretar ningún proyecto, seguí llenando folios enteros con cartas de desesperación que por fortuna nunca mandé a la que ya era mi exnovia.

Pese a toda la improductividad de aquel verano, volví a España con la convicción de que había pasado la prueba: había vivido por primera vez como un artista, y eso para mí quería decir que probablemente lo era, aunque no despejaba del todo mis dudas al respecto. Ser artista no era tanto una cuestión de habilidad para producir arte como una cuestión de índole metafísica. Tenía claro que uno podía hacer muchísimo arte y no ser artista, como generalmente ocurría en mi opinión, y que por otro lado se podía ser artista habiendo producido una sola obra en toda una vida. Quizá incluso ni siquiera era imprescindible hacer arte para ser artista. Sin embargo, uno no podía ser del todo artista si los demás no lo reconocían como tal, de modo que era preciso producir arte que otros sancionaran como arte, y para ello había que identificar y seducir a los sancionadores de lo que era y no era arte, que normalmente no eran artistas, y hacer cosas pensando en ellos. Pasé los tres años siguientes de mi vida en la Facultad de Bellas Artes esforzándome por dar respuesta a la cuestión de si yo era un artista o no mientras otros a mi alrededor se esforzaban por aprender a pintar, esculpir o dibujar mejor, cuestiones técnicas que a mí me interesaban más bien poco. Terminé por cambiar de carrera. Algunos años después busqué y encontré mi primer trabajo en una pequeña agencia de publicidad. Dio igual lo que me dijeran mis padres y dio igual lo que yo me dijera a mí mismo; cuando terminé de estudiar yo tenía un dominio mediocre y suficiente del

dibujo, la fotografía y la escritura, y tenía además ganas de ganar dinero, lo cual me convertía en un publicista potencial. Da bastante igual lo que un padre pueda enseñarle a un niño más allá de los trece años, a partir de cierta edad Lou Reed sabe más de la vida que el pringado de nuestro viejo, y lo que de verdad importa es algo que nuestros padres no saben o nos ocultan, algo que uno debe descubrir por su cuenta. Se entiende pues mi absoluta inseguridad a la hora de aconsejar nada a un adolescente creativo que pasa su verano apuntando y dibujando cosas en un cuaderno.

Estoy en esa edad en la que ya no somos ni jóvenes ni viejos, y en la que los jóvenes y los viejos se nos convierten fácilmente en espejos, en un así fui y en un así seré. Veo a viejos por la calle y no puedo evitar ver mi futuro en ellos, aterrarme cuando me reconozco en aquel a quien ya no le importa cómo va vestido, y solo hace por ir cómodo y abrigado, y sale a tomar el sol a un parque, pasmado; o sentir un cierto alivio al verme en aquel que aún viaja con la curiosidad de comer en un restaurante algo nuevo, y lleva camisas planchadas de colores atrevidos, y sigue escribiendo algún poema porque cree que aún tiene algo que decir. Y de la misma manera en que nos inventamos las múltiples posibilidades de nuestra vejez observando a los viejos, también terminamos de inventarnos el relato fabulado de nuestra juventud en la observación de los jóvenes. Yo me había mirado en el espejo de aquel chico y me había reconocido en ese momento de plenipotencialidad de los diecisiete años, en esa excitación del primer gran viaje de iniciación junto con las amistades de la adolescencia que han sobrevivido a la purga del final de la infancia y se han fortalecido en la afinidad de inquietudes, veía a mis amigos de entonces en los suyos, escuchaba nuestras conversaciones en las suyas, en su cuaderno de

apuntes, veía tantas hojas de cuadernos míos que pensé que serían el origen de un cuadro, de un cuento o de un poema, y en su asombro por ese cuadro del Greco volvía a encontrar el día en que vi aquel cuadro por primera vez. Me entraron de repente unas ganas enormes de formar parte del viaje de descubrimiento e iniciación de ese grupo de amigos de diecisiete años a quienes acababa de enseñar a jugar al mus, y les propuse hacerles una visita guiada al Museo del Prado, que por supuesto ya habían visitado. Esta vez sería para hacer una visita breve y planificada, con paradas exactas en diez cuadros, los diez que robaría para colgar en mi casa. A los chicos les hizo ilusión la propuesta y quedamos para dentro de dos días.

Estuve pensando largo tiempo qué cuadros escoger para aquel robo imaginario. Es un pensamiento recurrente que he tenido desde hace años. El robo de obras maestras es uno de los crímenes con el que más puedo simpatizar. Puedo entender la necesidad de gozar de ellas en privado, en silencio, sin una horda de turistas chinos haciéndoles la foto, sin un vigilante pidiéndote que no te acerques tanto, sin hora de cierre, pudiendo gritar o pudiendo estar desnudo frente a ellas, pudiendo estar solo, pudiendo comer, beber, fumar. Pudiendo despertarse o quedarse dormido mirándola. Hay veces que he llegado a desear que determinadas obras estuvieran en manos privadas, en remotas residencias campestres a las que uno solo pudiera acceder tras haberse ganado con mucho trabajo la amistad y la confianza de aquel que puede abrir las puertas del salón que las custodia. Muchas de las obras que adquiriría a través de un robo por encargo para mi propio disfrute egoísta están en el Museo del Prado, otras afortunadamente no, y son más fáciles de robar. Una de ellas, de hecho, está en casa de mi vecino, y da la casualidad de que tengo llaves y sé la clave de la alarma antirrobo. Es una pintura sobre una chapa de

madera cuadrada, de unos ciento veinte centímetros de lado, con la que el pintor bilbaíno Alfonso Gortázar debió de pagar una estancia quizá excesivamente larga en casa de mis padres, y que siempre estuvo destinada al cuarto de estar de los niños en todas las casas en que vivimos. De hecho, ahora sigue estando en un cuarto de estar donde juegan, lloran, se pegan, leen y dibujan mis sobrinos. El cuadro siempre me causó perplejidad, ningún otro me ha hecho preguntarme tanto sobre qué era aquello que había en el cuadro como aquella chapuza que con tanta gracia pintó Gortázar probablemente en un par de horas. Es una pintura que representa un cuarto de estar que podría ser cualquiera de los cuartos de estar en los que he crecido. No hay perspectiva, todo es plano, verde y azul, hay un sillón orejero del que salen dos piernas con pantalón de raya diplomática y unos buenos zapatos negros, pero en el que faltan el torso, la cabeza y los brazos de lo que podría ser un pequeño burgués trajeado que ha llegado a casa y se sienta a ver una tele en cuya pantalla hay pegado un recorte de un anuncio de revista en el que se ve a una mujer sorbiendo una taza de café. ¿Qué ocurría en aquella escena? ¿Por qué estaba aplanada la perspectiva? ¿Por qué el hombre del sofá solo tenía dos piernas? ¿O es que eran dos piernas solo y el hombre me lo imaginaba yo? ¿Por qué tenían ese cuadro tan raro mis padres, y por qué lo colgaban en la sala de estar donde jugábamos? Por lo general, los cuadros que veía en otras casas no me hacían otra pregunta que la de si me parecía bonito o feo, si me parecía bien hecho o mal hecho, lo que por entonces equivalía a la pregunta de si se parecía a lo que pretendía parecerse o no. El cuadro de Gortázar hacía otras preguntas, ni siquiera sabía si era feo o bonito, si estaba bien hecho o no, ni parecía que fuera eso lo que preguntaba.

Mis padres, que a partir de mis catorce años no habrían podido influir sobre mí para que estudiara Publicidad, habían sin embargo determinado para siempre mi manera de entender el arte al colgar en el rincón donde jugábamos de niños el extraño cuadro con que el hermano pintor de una amiga de mi madre había compensado una estancia abusivamente prolongada en nuestra casa de Madrid. Era un hombre con melena y barba muy larga, vestía diferente a mis padres y a todos los demás adultos que yo conocía. Los adultos lo trataban de manera distinta. Era un artista, me decían mis padres, y era esa calificación la que le habilitaba para comportarse de esa manera que le estaba prohibida a cualquier otro adulto. Se dedicaba a pintar, a dibujar, a hacer acuarelas y *collages*, es decir, se dedicaba a hacer todas las cosas que a mí me gustaba hacer de niño, pues por aquel entonces yo me pasaba el día dibujando o leyendo y carecía de cualquier curiosidad por deporte o juego alguno. Con los años, nuestra casa se fue llenando con todo tipo de obras de Alfonso Gortázar; en el cuarto de baño había un dibujo de alguien en una bañera, en la cocina, un cuadro de una cocina cutre, y finalmente, ya como una gran adquisición de mi padre, en el salón había un inmenso cuadro muy bien pintado de un señor bocabajo en un paisaje que recordaba a las campas de los alrededores de Lequeitio, con un mar oscuro al fondo y un cielo rojizo de atardecer con una inmensa nube negra encima, a punto de descargar, y no se sabía si el hombre estaba herido, o muerto, o retozando, o si se había caído, o si es que estaba loco, como algún adulto sugería que lo estaba el propio Alfonso Gortázar. Algunos opinaban que el cuadro era divertido, a mis padres se lo parecía; a mí me causaba angustia, no había paz ni descanso en la tensión de aquel cuerpo con un rostro inexpresivo, algo ido, entre la hierba de esa campa. Mis hermanos y yo preguntábamos

quién era aquel desconocido, algún adulto dijo alguna vez que parecía un etarra, y entonces ya no podía ver otra cosa en aquel tipo. Y sin embargo no me provocaba odio ni rechazo, sino una cierta compasión por ese momento tan angustioso que estaba viviendo siempre en ese cuadro, con esa nube encima, con el viento soplando fuerte en esa campa tan solitaria.

La casa de Alfonso Gortázar estaba en un ático de una callejuela peatonal del casco viejo, realmente no recuerdo si se subía por un ascensor o por unas estrechas escaleras con peldaños de madera horadados por el centro, ni tampoco recuerdo si tenía baldosas, moqueta o suelo de madera, como quiero creer. Sí recuerdo que olía a estudio de pintor, a óleo y aguarrás, y las inmensas estanterías repletas de miles de vinilos, los libros por todas partes, lienzos, claridad, mucha luz, un librillo de papel de fumar en una esquina que me hizo albergar la esperanza de que fuera un adulto fumeta; pero, sobre todo, lo que más me llamó la atención fue la posibilidad de una casa que, al contrario que la nuestra o la de ninguna de las personas que conocía hasta entonces, estaba plenamente pensada para escuchar música, leer, pintar y amarse. Era una casa pequeña y sencilla en la que nada parecía pensado para otra cosa que no fuera el disfrute de sus habitantes. En esos años yo solo conocía casas de padres de clase media con niños y casas inmensas de abuelos ricos con grandes familias a las que atender los domingos. Adosados a las afueras de Madrid, pisos grandes en los barrios más caros de la capital, el chalet de mi abuela. Todas aquellas casas, con sus más y sus menos, respondían siempre a una misma lógica: el salón era una zona noble donde se exhibían con solemnidad museística los mejores muebles y cuadros de la casa y en donde en un rincón había un comedor para las comidas importantes, un salón al que los niños tenían vetada la

entrada y que apenas se usaba entre semana. Separada de esta parte noble por alguna puerta corredera había una zona más oscura y ruidosa de la casa, la pequeña sala de estar, con sus muebles maltratados, una moqueta sucia y una televisión siempre encendida, donde la familia hacía el grueso de su convivencia, una cocina donde todos se hacinaban para hacer casi todas las comidas a pesar de tener ese gran comedor en desuso, y las demás habitaciones y cuartos de baño. La casa de Alfonso Gortázar no tenía una zona noble deshabitada y otra descuidada donde se vivía, no existía en ella la evidencia de una doble vida, dividida entre una parte pensada para entretener a las visitas y otra, oculta a estas, donde la familia escondía su propia sordidez. Su casa era un continuo: toda ella servía al mismo propósito de crear arte, escuchar música, leer y vivir en pareja; no había una sola concesión a terceros. Era una prueba de que otro tipo de hogar era posible, y con él otro tipo de vida, y yo deseaba plenamente vivir en un ático como el de Alfonso, en una callejuela de un casco viejo, rodeado de discos, de libros, de lienzos, con una mujer artista siempre a mi lado, pintando junto a mí y escuchando música.

Miro mi casa ahora, sentado frente a una antigua mesa victoriana de caoba que seguramente fue algún día la mesa sobre la que cenaba una familia inglesa de clase media, y que hoy está cubierta de libros de poesía, discos desperdigados, cuadernos de notas, los últimos dibujos de mi mujer, una mesa que está en el centro de una habitación que para los anteriores dueños de esta casa fue el comedor y que para mi mujer y para mí es un espacio donde nos escapamos de nuestras hijas, dibujamos, escribimos o ponemos música, y según contemplo la estancia juzgo con la mirada de aquel adolescente a quien trato de reconstruir todos los muchos cuadros y dibujos, pequeños y medianos,

que cuelgan cubriendo casi por completo las paredes de esta estancia; la mayoría son piezas agresivas y ocurrentes que hicimos mi mujer, nuestros compañeros de clase y yo al poco de entrar en la Facultad de Bellas Artes, otro es un colorido *collage* hecho con pegotes de óleo arrancados de una paleta y pegados sobre un lienzo en blanco, juntos conforman el mapamundi de un planeta ficticio, y bajo el mapa una inscripción en lápiz dice: OTRO ORDEN MUNDIAL. Míos son una serie de dibujos con sanguina y lápiz que describen en viñetas mis visiones y alucinaciones durante un viaje que hice en 1997 con tres compañeros de clase por el Sahara marroquí, y en los que destaca la imagen de un coche balanceándose con las ruedas en el aire, en perfecto equilibrio, sobre una esquemática duna saintexuperiana y bajo un cielo limpio y estrellado. Hay después un cuadro chapucero y mal pintado del torso de un hombre con un jersey con la cara de un lince, lo pintó un amigo de la facultad muy dado a los excesos y se lo compró mi difunto hermano por algo más de mil euros que mi amigo se gastó en una juerga sin freno junto a mi hermano para agradecerle que le había comprado un cuadro, y que terminó con el ingreso de mi amigo en un centro de rehabilitación poco después. Luego están los inquietantes bodegones de mi mujer, que siempre esconden un detalle de ironía para no matar de indiferencia al observador, y junto a todas estas piezas con intención y con historia, de las que aún puedo decir quién las hizo, cuándo y por qué, conviven algunas piezas meramente decorativas que yo hubiera despreciado con quince años y que la vida ha ido depositando en mi hogar por todo tipo de razones: hay un cuadro abstracto de un amigo con el que fumaba porros de adolescente y al que le brotó una esquizofrenia que trata de apaciguar pintando, hay otro cuadro abstracto agradable que mis padres me regalaron para apoyar al amigo pintor

de un amigo, hay un pequeño dibujo de un desnudo hecho por mi abuela con rotuladores de colores en el que lo que más destaca son los rizos negros del pubis de una mujer sin rasgos faciales... No tiene mucho de especial, pero si tuviera que quedarme con una sola cosa de cuantas cuelgan en las paredes de mi casa, sería con esta, pues ninguna obra conocida puede producirme una sensación más cálida que el recuerdo de mi abuela.

El grueso de las imágenes que se acumulan en las paredes de este cuarto que fue un comedor y que ahora es un estudio, o un despacho o simplemente el espacio donde nos encerramos para tratar de ser lo que creemos que somos, son en su mayor parte una herencia de los amigos del adolescente que fui, de la novia del adolescente que fui, que es hoy día mi mujer, y del adolescente que fui. Tengo sus vinilos, que sigo desenfundando con el mismo fetichismo, tengo sus libros, que sigo releyendo con la misma devoción, tengo sus postales de grupos de música colgando de la lámpara que ilumina el teclado con el que escribo estas líneas. Tengo, en definitiva, sus mismas aspiraciones, ser artista, poeta, fotógrafo, viajero, filósofo, todas ellas aspiraciones mayormente incumplidas pero no del todo traicionadas en todo este tiempo que se ha consumido sin saber muy bien cómo. Publiqué un libro de poesía que no me hizo poeta, hice una exposición de fotografía que no me hizo fotógrafo, escribí cientos de guiones de series prescindibles que no me hicieron dramaturgo, publiqué los suficientes artículos como para comprobar que no era un filósofo, y tampoco fui capaz de pintar lo suficiente como para ponerme a prueba como artista. Pienso que el adolescente que fui me miraría con cierta indulgencia y con el respeto que se le debe a un resistente, pero no sentiría por mí admiración alguna.

Con cuarenta y un años, cuando me preguntan en alguna cena a qué me dedico o qué es lo que soy, tengo que pensar un poco para inventarme la respuesta. He ganado (y perdido) dinero con muchas actividades a las que me he dedicado de manera inconstante, he cobrado sueldos o trabajos como publicista, como diseñador, como guionista de series de televisión, como productor ejecutivo y como empresario de una productora de *apps* en los albores de la telefonía inteligente, pero nada de ello me ha definido suficientemente como para contestar de manera satisfactoria a la pregunta de qué soy o a qué me dedico, de la manera en que un médico es un médico, un arquitecto es un arquitecto o un fontanero es un fontanero. Tampoco sabría decir si soy creyente o ateo, de derechas o de izquierdas, vasco o madrileño, pijo o bohemio, o todo a la vez. Cuando uno no sabe definirse ni se preocupa demasiado por hacerlo, ya lo hacen los demás por él; no hay escapatoria a esa pregunta simplista que todos los que no nos quieren se hacen. Pero lo cierto es que no soy nada y no he conseguido ser nada, a estas alturas lo digo sin amargura y con cierto sentimiento de alivio. Ser algo, definirse, tener una idea de lo que uno es en el mundo es una demanda tiránica que se nos hace desde niños, cuando nuestros mayores nos repiten una y otra vez esa pregunta envenenada de qué quieres ser de mayor, una pregunta con la que nos inyectan una y otra vez la ansiedad de tener que definirnos con una palabra que explique nuestra manera de estar en el mundo, que si somos buenos será nuestra actividad laboral, y si fallamos será el adjetivo con el que otros nos definan: un yonqui, un vago, un inútil. En las ocasiones en que me veo forzado a entablar una conversación con un desconocido tengo por regla no preguntar jamás a qué se dedica, es la pregunta con la que uno se pierde todo lo que verdaderamente importa para

entender con quién está hablando, me esfuerzo por averiguar otras cosas, si estamos en una fiesta o en una comida me fijo en la ansiedad con que termina su copa o en la manera en que come lo que le sirven, en su ropa, en sus gestos, en cómo mira a las personas del sexo opuesto, si estoy en su casa me fijo en los libros y los cuadros, en la música que escucha, en cómo habla con su pareja, en cómo habla de otras personas, hago comentarios agresivos y trato de ver hasta dónde llega la tolerancia de su humor, dónde están las barreras que prefiere no franquear. Pregunto muchas otras cosas antes de que me lleven al terreno cómodo en que un desconocido se define y empieza a contar el relato de lo que es, o de lo que quiere hacerme pensar que es, o de lo que cree que es. Hace poco, en una entrega de premios a la que acompañé a mi padre, conocí al heredero de una gran fortuna. Tenía mi edad. Él suponía que yo era rico, como lo eran todos en esa entrega de premios, y como buen rico no me hizo la pregunta ordinaria de a qué me dedicaba, sino que me preguntó qué hacía yo para divertirme. Esa es quizá la pregunta más certera para conocer a alguien cuando no se tiene demasiado tiempo para conversar. Tampoco supe qué contestar; tras un momento de desconcierto le dije con cierta inseguridad que me gustaba leer y comer, y luego añadí con mucha más credibilidad que lo que más me divertía era mamarme con mis amigos los fines de semana y el tipo perdió rápidamente el interés en mí. Los muy ricos se definen por sus aficiones, más que por su trabajo, que es algo ya difuso, pues su actividad no está ligada a un puesto concreto y remunerado con un sueldo, sino que consiste en administrar un gran patrimonio y/o una serie de rentas que han de conservar, reinvertir y proteger del fisco o de los malos administradores. Entretanto son cazadores, golfistas, coleccionistas de arte, corren maratones, navegan a vela

por los siete mares. Yo que no he podido definirme con un trabajo, tampoco he conseguido definirme por ninguna afición conocida más allá de lo que le contesté a aquel tipo: soy una persona a la que le gusta salir con sus amigos los fines de semana.

Todo adolescente que busca maestros termina por encontrar a personas ansiosas de propagar su verdad y convertir al mundo entero. Yo tengo la suerte de haber sido adolescente antes de internet, en un tiempo en que la información no lo encontraba a uno, sino que uno tenía que salir a por ella, casi como un detective. Buscaba el camino para hacerme artista, sabía que Alfonso Gortázar era profesor de una facultad de Bellas Artes en Bilbao, donde enseñaba a pintar, y por tanto suponía que habría otra universidad similar en Madrid, quizá con profesores como Alfonso, allí era donde debía ir a buscar a los maestros. En mi colegio había una clase de Arte de una hora, una vez a la semana. Era una asignatura relajada e irrelevante, como lo era la de Religión. No contaba para nadie, se hablaba en clase, era como un recreo más. Era la edad en la que la gente se avergonzaba de dibujar mal y resolvía las cosas sin pasión, para cumplir. Yo era de los pocos que veíamos nuestro futuro en los dibujos que hacíamos, y me resultaba particularmente frustrante la falta de interés general por aquella materia. La profesora trataba de entretenernos, entendía perfectamente su papel en aquel colegio, no arruinar la nota media de la gente, no aburrir a los alumnos y hacerles pasar un buen rato en aquella hora. No recuerdo ningún trabajo de clase ni ninguna lección memorable. Pero sí recuerdo bien a la profesora por algo que ocurrió el día que le dije que estaba interesado en estudiar Bellas Artes, que me contara cómo era la facultad. Era una mujer joven, rubia, con el pelo algo rizado y la cara redonda y aniñada, estaba de paso y supongo ahora que no querría líos en el

colegio, se dedicaba a cumplir con el expediente mientras esperaba un trabajo más estimulante. Me dijo que si quería ver cómo era Bellas Artes, me llevaría un viernes al final de clase para comer ahí y ver la facultad. Fuimos en su coche, un cuatro latas de un color claro, no recuerdo si amarillo o verde pastel. Tenía en una ventanilla una pegatina con la bandera de un país del norte de África, la pegatina era roja y blanca y tenía una media luna y una estrella. Le pregunté por esa pegatina, y me dijo que la adquirió en un viaje al desierto. Que fue con su cuatro latas hasta donde se terminaban las carreteras, y todo era un llano de polvo hacia el infinito donde no había nada en ninguna dirección. Vio un árbol en medio de la inmensidad y quiso estrellar el coche contra ese único árbol, le dio un golpe suficientemente fuerte como para dejar una pequeña abolladura y suficientemente leve como para no romper el coche. Después volvió. No sé si la historia era cierta o no, si me la he inventado yo con el tiempo o si me la contó ella para impresionarme. Llegamos a Bellas Artes, fue la primera vez que pisé una universidad. Entramos en las aulas, vimos a gente con pelos largos y ropas de todo tipo pintando, dibujando, esculpiendo, secando fotos. Después fuimos a comer a la cafetería de la facultad, donde vi a gente fumando porros sin que nadie les dijera nada, salimos con nuestra comida al jardín, y allí me propuso hacer un simpa. No sabía a qué se refería, me lo explicó: simpa viene de «sin pagar». Nos vamos a ir corriendo y no vamos a pagar la comida. Me sedujo la idea de que mi propia profesora me animara a delinquir, terminamos de comer y salimos corriendo sin pagar, hacia el aparcamiento donde estaba su cuatro latas. Antes de irnos, le dije que tenía que dejar una pintada. En aquella época llevaba siempre un rotulador permanente muy grueso para hacer pintadas en los cuartos de baño de los sitios a los que iba. Me dirigí a la entrada del

aparcamiento, donde había una señal de prohibido, y en el reverso de la señal escribí: YO ESTARÉ AQUÍ DENTRO DE CUATRO AÑOS. Lo firmé. Esta pintada supuso una especie de contrato conmigo mismo, al que fui absolutamente fiel en los años siguientes. Al final del curso, aquella profesora dejó el colegio y no la volví a ver; sin embargo, cuatro años después volví a la Facultad de Bellas Artes para hacer el examen de ingreso, y al pasar por la entrada del aparcamiento volví a encontrarme con mi pintada. Hasta ahora creo que es la única promesa que me he hecho a mí mismo que haya cumplido.

La noche anterior a la visita al Prado pasé horas insomne en mi cama, revisitando mis cuadros preferidos con el teléfono móvil. Había pensado dejar el recorrido en diez cuadros, por darles un número perfecto, pero no fui capaz de reducir a esa cifra mi lista ideal. Elevé la selección a doce, que también es un número interesante y redondo, aunque en realidad eran más cuadros, pues la serie sobre los sentidos de Rubens y Brueghel que quería enseñarles comprende varias obras:

1. *El Descendimiento*, de Roger van der Weyden.
2. *La bacanal de los andrios*, de Tiziano.
3. *Cristo muerto sostenido por un ángel*, de Antonello da Messina.
4. *La marquesa de Santa Cruz*, de Goya.
5. *Los borrachos*, de Velázquez.
6. *Las meninas*, de Velázquez.
7. *Pablo de Valladolid*, de Velázquez.
8. *La Trinidad*, de José de Ribera.
9. *El caballero de la mano en el pecho*, del Greco.
10. La serie sobre los cinco sentidos, de Rubens y Brueghel.
11. *Bodegón de caza, hortalizas y fruta*, de Sánchez Cotán.
12. *Santa Isabel de Portugal*, de Zurbarán.

Quedé con Diego y sus amigos un jueves a las cinco, cada uno compró su entrada, yo con el descuento de padre de familia numerosa y ellos con el de estudiante. Me metí en mi rol de guía del Prado, como me figuro que un actor se mete a hacer un monólogo que siempre soñó con representar en un gran escenario. Tenía ya preparada mi introducción a la visita, me había pasado la noche pensando en cómo me hubiera gustado a mí que me introdujeran al Prado con esa edad, con esa avidez, con esa virginidad de la mirada. Solo vamos a ver los doce cuadros que yo robaría para ponerlos en mi casa y liberarlos de esta cárcel masificada, llena de celdas comunes, en la que están encerrados, les dije. Según entrábamos empecé a encontrarme cómodo en mi discurso fabulado de cicerone, en ese momento lo hubiera cambiado todo por trabajar de eso mismo, era feliz. El arte que se hace ahora, expliqué a mi audiencia cautiva, prendido de mi propio discurso, está pensado para museos, se concibe para integrarlo dentro de un recorrido de masas que atraviesan un espacio expositivo en un tiempo mínimo, a pie, sin comida ni bebida, en el que el espectador observa cada obra con una mirada en la que aún persiste la impresión de la obra anterior, y con la ansiedad de ver otra obra de la que tanto ha oído hablar y que no se puede perder, y al poco de atravesar el museo se va a un bar, y al día siguiente toma un avión y regresa a un lugar donde vive de espaldas al arte, porque por lo general el tiempo que un espectador moderno dedica al arte no es más que una fracción del único viaje que hace al año. Os invité a ser otro tipo de espectadores, a mirar las obras que he seleccionado como si fuerais a robarlas y a esconderlas en casa. Cada una de ellas fue un día un tesoro que perteneció a una sola persona, alguien que la encargó, que la disfrutó en privado, que la sintió como una ventana en la gruesa pared de sillares de un palacio que se abría a otra

realidad y a otro tiempo, los cines y las televisiones de antaño.

A la edad de mis acompañantes, con diecisiete años, los cuadros de mi lista actual me pasaban inadvertidos, no capturaban mi imaginación. Normalmente, a esa edad lo que le llama la atención a alguien que visita el Prado por primera vez son las pinturas negras de Goya y las truculencias del Bosco o de Brueghel, allí están representados con grotesca minuciosidad todos los horrores que un grupo de heavy metal escogería para la portada de un disco, el cerdo vestido de monja, el tipo que caga monedas, el cuchillo entre las orejas, esqueletos a caballo, arquitecturas infernales, nadie daba más, todo lo demás son santos, hidalgos sombríos, ángeles infantiles, jarrones con flores y mujeres obesas sin vello púbico. Eso era para mí el Prado hasta que cayó en mis manos *Las puertas de la percepción*, de Aldous Huxley, lo leí en primero de carrera por el mero hecho de que la banda The Doors tomaba su nombre de ese libro y quería saber más de lo que inspiraba a Jim Morrison. En un pasaje del libro Huxley describía sus experiencias viendo láminas de arte clásico bajo los efectos alucinógenos de la mescalina, y tras leerlo me pareció que era preciso organizar un *tour* lisérgico por el Prado junto a otros compañeros de Bellas Artes, para ver aquello que los cuadros ocultaban a aquellos que no habían osado hacer el *break on through to the other side*.

Nos juntamos unos cuantos alumnos para aquella visita lisérgica al Prado, empezamos nuestro viaje en el rincón de los tilos del Jardín Botánico, un lugar recogido, frondoso y solitario que me dio a conocer Pura Sotillo. Ahí ingerimos cada uno una dosis de LSD y esperamos ansiosos a que nos hiciera efecto, era un escenario tranquilo y con pocos estímulos, nos quedamos hasta comprobar que los árboles respiraban y nos saludaban con sus ramas, los muchos

gatos del jardín cambiaban de color como camaleones y las nubes empezaban a ser medusas inmensas que flotaban en el cielo. Cuando logramos dominar nuestros miedos y sentimos por fin que teníamos un cierto control de la situación, salimos del jardín y entramos en el Prado como quien va al circo, ávidos de ver esos cuadros estáticos cobrar vida por fin. Fuimos directamente a por las emociones fuertes, y pronto descubrimos que en ese estado no podíamos fijar la mirada en cualquier escena, una pintura negra de Goya o una obra del Bosco nos conducían a un encuentro terrorífico con el demonio y con la fauna del infierno. Comprendimos que debíamos evitar a toda costa a Brueghel, a Patinir, al Bosco y a todos esos pintores nórdicos y moralistas que sabíamos que nos arrojarían al terreno de la pesadilla. En ese estado de conciencia alterada en que cualquier cosa en que uno se fije cobra vida propia y nos sale al encuentro de manera incontrolada, huíamos de cualquier pintura que pudiera animar a las criaturas monstruosas que habitaban en los terrores de los antiguos maestros, nos aterraba la posibilidad de que los esqueletos de *El triunfo de la Muerte* de Brueghel nos salieran al encuentro, o que nos ladrara el can cerbero apostado en la boca del infierno que pinta Patinir en *El paso de la laguna Estigia*. Empezamos a recorrer el Prado en busca de pinturas que aspirasen a representar la belleza, los sentimientos nobles y elevados, aquellas obras que cuando cobraban vida propia merced a los efectos del LSD no tuvieran como propósito aterrorizarnos, sino más bien revelarnos una realidad inmensamente bella, profunda y misteriosa. En esas visitas nos enfrentamos a cada uno de los cuadros de esa lista en un estado de suma fragilidad, todos los personajes retratados cobraban vida propia y cualquier detalle era una puerta por la que podíamos entrar en un infierno del que no se podía salir ya ni cerrando los ojos,

porque se instalaba dentro de nosotros. Más de una vez tuvimos que rescatar a algún amigo que tuvo un ataque de terror ante un retrato del Greco o de Ribera. Viajamos por todos esos cuadros, estuvimos dentro de ellos, compartimos su tiempo y su espacio, sus protagonistas me han hablado y yo les he contestado, literalmente. Cuando uno está embarcado en un viaje psicodélico, importa muy poco estar ante una obra maestra de la pintura universal o ante el urinario del cuarto de baño de una gasolinera, todo es infinito y todo es a la vez una prolongación de uno mismo y del universo en el que vive, un Velázquez resulta igual de importante que los pliegues del papel de aluminio con el que nuestra madre envolvió el bocadillo que nos preparó para una tarde después de las clases. Solo el navegante experto es capaz de abstraerse de cuanto le rodea y focalizar su atención en aquellos objetos en los que quiere adentrarse como quien se adentra en un bosque. Ese día empecé a prestar atención a esos cuadros de mi lista, nada en ellos me asomaba a ningún horror, más bien al contrario, me hacían contemplar honduras donde no había oscuridad alguna.

Repetimos la experiencia varias veces, y ahora, cuando vuelvo a todos esos cuadros como un marinero retirado, me doy cuenta al verlos quietos y silenciosos de que tuve suerte en aquellos viajes de mi juventud, doblé los cabos sin encallar, sobreviví a las tormentas del yo y del no yo, atravesé esos mares que estaban más allá del lenguaje, con la conciencia desintegrada, espacios donde no había cielo ni suelo ni tiempo, ni lejos ni cerca, ni antes ni después, donde ni las personas ni las cosas tenían nombre. He pasado siglos enteros recorriendo los paisajes del fondo de los cuadros italianos, perdido en los detalles diminutos de la flora, extasiado ante la delicadeza de una flor de Fra Angélico que se mecía ante mí con una brisa de primavera, he buceado

en el abismo de los ojos de una vieja pintada por Goya, he recogido todos los añicos de mi cara reflejados en los cientos de espejos diminutos de un cuadro de Rubens y Brueghel, he visto temblar las lágrimas de todos los que lloran en *El Descendimiento* de Van der Weyden, he escuchado el eco de mis pensamientos en la cabeza de ese Velázquez que mira pensando en las meninas, he visto mecerse el barco que parte hacia un horizonte de nubes en la bacanal de Tiziano, he visto a la marquesa de Santa Cruz tañir su lira en su diván, he tratado de encontrar el fondo y las dimensiones de aquel espacio infinito en que posa Pablo de Valladolid en el cuadro de Velázquez. El Museo del Prado es el lugar donde más he viajado, donde más lejos he llegado. Hará veinte años ya de aquellos viajes, pero me dura el recuerdo de todo lo que vi. Es como dice Alan Watts:

> *Psychedelic experience is only a glimpse of genuine mystical insight, but a glimpse which can be matured and deepened by the various ways of meditation in which drugs are no longer necessary or useful. When you get the message, hang up the phone. For psychedelic drugs are simply instruments, like microscopes, telescopes, and telephones. The biologist does not sit with his eye permanently glued to the microscope, he goes away and works on what he has seen*[1]*...*

Mientras paseaba con aquellos tres jóvenes, me daba cuenta de que aquella visita guiada era el resultado de todos esos viajes, era el mensaje que quedó grabado tras colgar el teléfono y guardar el microscopio. Se la ofrecí a esos tres adolescentes como una revelación, pero lo cierto es que fueron ellos los que me devolvieron la visión, apagada ya después de tantos años. Eran los cuadros que robaría para tener en mi casa, pero ante todo eran los cuadros en los que había hallado un bello misterio que me provocaba un asombro inagotable, aquellos en los que no había miedo ni terror, el de Van der Weyden, el de Ribera y el de Messina me hacían aflorar los sentimientos más nobles

de compasión y amor, el de Goya y el de Tiziano despertaban mi deseo, el de Sánchez Cotán borraba cualquier noción del tiempo y me llevaba a un instante eterno, los de Velázquez y el del Greco me enfrentaban a la mirada de la inteligencia absoluta, la santa de Zurbarán silenciaba mis pensamientos y me llenaba de paz.

Caminamos por el Prado, de cuadro a cuadro, sé perfectamente dónde está colgado cada uno de ellos, ignoré todo lo demás, era una visita limitada, atacábamos el museo con una precisión quirúrgica. Les expliqué lo que me hacía sentir cada uno de esos cuadros y la razón por la que cada uno de ellos me apasionaba. No hay como tener a tu disposición unos ojos que aún no se han cansado de mirar para poder disfrutar de nuevo, casi como una primera vez, de los cuadros que uno ama. Los enfrenté a cada uno de ellos y les hice las preguntas que esos cuadros me hacen a mí. Pasé más tiempo mirando las caras que aquellos chicos ponían mientras observaban los cuadros que mirando ninguna pintura. Era en su asombro, en sus preguntas, en sus miradas donde volvía a recuperar la emoción de la primera vez.

(Madrid, julio de 2017).

10. Donde Mila

No volverás a perderte la película de sobremesa para aprovechar las olas de una marea baja. Nadie espiará a los verbeneros trashumantes que vuelven un año después, con la precisión de una golondrina, para montar con sus torsos tatuados el tiovivo en la plaza del ayuntamiento. Ya no harás más fotos de un grupo de niños con bermudas que grita patata en un frontón. Se acabaron las ancianas de paso lento y estatura menguante, con extraños nombres sacados del santoral, que te paran en la calle para volver a decir una vez más lo que te pareces a tus padres, tus abuelos, todos los muertos.

Padre ya ha comprendido que no podrá jugar a ser el capitán de la vieja motora verde, llena de parches, que le compró a un pescador retirado. Sus marineros no volveremos a sentir la gran aventura de pescar un chicharro desorientado y triste en ese mar oscuro que un día estuvo lleno de todos aquellos monstruos que ya no se nos aparecen en nuestras pesadillas.

Bajo los acantilados desiertos del octavo kilómetro entre Lequeitio y Ondárroa, en aquellos prados de púrpuras anémonas donde retozan los pulpos, allí donde mi padre era

un salvaje y conocía los nombres secretos de criaturas semitransparentes que las mareas abandonaban en el hueco de una roca, en aquella bahía que nos transformaba en robinsones de un mundo virgen, han amarrado la foto de ese asesino que no termina de aparecérsenos, su mirada cuelga tendida entre los nidos de oscuros carrabasos.

No volveremos a Lequeitio.

Con pretensión de poema en prosa debí de escribir esto en 2002, después de una visita relámpago a Lequeitio. Fui a bañarme bajo un acantilado que hay camino a Ondárroa. Es un sitio virgen, donde solo hay rocas, mar y bosque, un rincón de muy difícil acceso que vivíamos como nuestro secreto, el lugar con el que me pasaba todo el año escolar soñando en volver, y allí encontré ese verano, colgada de la roca más alta, una banderola con la cara de un etarra presidiendo aquel lugar desierto, sin más público que nosotros. Lo viví como la profanación de un santuario al que jamás pensé que entrarían a marcar con sus excrementos, me resultaba un acto tan inexplicable como tatuarle la cara a la mujer que uno ama para hacer saber al resto de los hombres que es suya. En todo caso, cuando escribí esto hacía ya un par de años que habíamos asumido nuestra expulsión tanto de Lequeitio como de todos nuestros escondrijos alrededor del pueblo.

Hace cinco años conocí en el estudio de Jorge Drexler a un cura que vivía en Turkana, un inhóspito lugar de Kenia, y que me narró con gracia el primer encuentro de su madre y su padre en un barrio obrero de Barcelona. Su padre era un inmigrante interior de una provincia pobre de España, su madre era catalana. Ambos se toparon casualmente haciendo cola en un cine de barrio. Se gustaron. Después de ese día se buscaron, se volvieron a ver, empezaron a salir,

al cabo de unos meses se casaron. Aquel cura me dijo que, para él, Dios no era otra cosa que ese instante fortuito en que esas dos personas se encuentran, son capaces de reconocer algo que los llama en un gesto del otro y de ahí surge un impulso que los lleva a un segundo encuentro que corrobora esa primera impresión, ambos se dan la mano, se cuentan su historia, se imaginan juntos toda la vida, terminan compartiendo un lecho, construyendo un hogar, y finalmente fecundando una vida nueva, la suya. Yo no soy religioso, ni siquiera sé si soy creyente, pero en este relato reconocí inmediatamente lo que Lequeitio significa para mí: aquel lugar que acumula muchas de las concatenaciones de casualidades por las que puedo explicar mi existencia. Por el lado de mi madre, allí se conocieron mis bisabuelos, mis abuelos y finalmente mis padres. En nuestra familia no podemos escapar a este lugar, que es inevitablemente nuestro lugar en el mundo, nos guste o no. Es posible que esa sea la razón por la que finalmente decidimos enterrar allí a mi hermano Roque, tras unos meses de gran confusión durante los cuales no sabíamos dónde llevar sus cenizas.

A principios de agosto del año 2000, ETA asesinó al empresario José María Korta en Zumaya. En ese momento nosotros estábamos pasando una semana en Turquía, hacinados en una goleta turca y bebiendo una botella tras otra de vinos locales de nombres impronunciables en una bahía de nombre igualmente impronunciable. Era nuestra semana de inconfesable glamur antes de volver a nuestro pequeño apartamento en Lequeitio, a las tardes en el frontón y a las noches de comer pipas en el rompeolas.

Ese asesinato nos asustó de verdad; por primera vez habían matado a un empresario netamente nacionalista, era evidente que después de eso ya daba igual todo, bastaba simplemente con ser empresario y estar en un lugar accesible para ETA para que te reventaran. Mi tío, que

estaba vinculado a un periódico sospechoso de españolismo, ya había dejado de ir a Lequeitio. Mis hermanos y yo le sugerimos a mi padre pasar de Lequeitio ese año, y debo decir que en nuestro ánimo no estaba solo el miedo que nos daban ETA y su entorno, sino también lo aburridos que nos resultaban esos planes de *kalimotxos* en bares claustrofóbicos de gilda, poteo y canción del verano donde uno no dejaba de encontrarse con tíos abuelos, primos segundos de nombres inciertos y, siempre de fondo, las miradas torvas de los *abertzales* y la extrema dificultad para ligar siendo los últimos madrileños que quedábamos por allí. Terminó por convencer a mi padre alguien del Ministerio del Interior, que le llamó para decirle que no podían garantizar su seguridad en un rincón tan remoto y mal conectado. Ahí se acabó definitivamente nuestro veraneo en Lequeitio.

Ese año 2000, mis padres cayeron de manera improvisada en los alrededores de Pedreña, Cantabria, siguiendo a unos buenos amigos que tenían por ahí. La lógica para escoger el lugar de nuestro destierro estival era que aquella zona era verde y bastante salvaje, tenía olas como las de Lequeitio y los tomates eran igual de grandes. Ni a mis hermanos ni a mí nos convencieron mucho los argumentos de venta. Durante años procurábamos evitar al máximo la nueva sede oficial del veraneo familiar, más que nada porque ansiábamos vivir los veranos lejos del escrutinio y las rutinas de la familia.

Yo no pisé Cantabria hasta que en junio de 2005 nació mi primera hija y se acabaron las aventuras. Desde entonces pasamos las vacaciones en casa de mis padres. Mi hermano alquila una casa al lado. Son ya doce años los que llevamos viniendo aquí, pero nuestra medida de todas las cosas nos la sigue dando Lequeitio: al hablar de la distancia de un sitio a otro, seguimos diciendo que es como ir de la plaza al faro

de Santa Catalina, la alabanza suprema a un plato de chipirones es conceder que son casi como los de alguno de nuestros lugares favoritos de Lequeitio. Mis abuelos, mis padres y nosotros tenemos las mismas fotos, con las mismas poses y en los mismos sitios, generación tras generación: en blanco y negro y bien tapados mis bisabuelos; paseando entre las extintas casetas de la playa de Karraspio, con la isla de San Nicolás al fondo, en el mismo sitio y enseñando codos y rodillas mis abuelas; luego están las fotos de nuestros padres, ya por fin con trajes de baño y los torsos desnudos, y después vienen las nuestras, en un color que amarillea, poco antes de que retiraran las casetas y los chiringuitos; por último están nuestras hijas, ya en fotografía digital, con todo tipo de filtros que exprimen los colores. Veo por capas todos los rincones emblemáticos del pueblo, tras su imagen actual puedo superponer los noventa años de fotografías familiares que he ido acumulando y digitalizando, sé a qué sabían los harinados de la pastelería que hubo donde ahora hay un bar y cómo sonaban las bocinas de los boniteros que ya no atracan en el puerto, cómo era el palacio de la emperatriz Zita, que jamás conocí y que estuvo donde ahora está el pomposo hotel que ofrece talasoterapia, cómo era la verruga que tenía en la mejilla la churrera de la plaza y cómo movía las manos el director de la banda del pueblo cuando tocaban pasodobles los domingos. Con todo eso traté de hacer un soneto hace unos años, como ejercicio de estilo. Es un intento fallido, el poema carece de ritmo interno, no fluye, le faltan los acentos, pero funcionan las imágenes.

> Apenas quedan dos viejas menguantes
> que en mi cara ven a todos mis muertos,
> las muchedumbres se me hacen desiertos,
> solo me sonríen los comerciantes.
> Yo, que en cada sitio sé lo que hubo antes,

que donde veo casas vi los huertos
que traté a locos, discutí con tuertos
que sé cada verso de sus cantes
y para cada bar tengo un relato.
Paso por cada rincón, cada estancia
con ojos cerrados, basta el olfato
para deshacerme de la distancia
y olvidarme de que soy, por un rato,
forastero en los sitios de mi infancia.

El último verso no es mío, es una frase que tomé tal cual de un pasaje de las memorias de Chateaubriand, que ya mencioné antes y que se mantiene siempre fresco en mi memoria, en donde narra su regreso a Saint-Malo, su ciudad natal:

No quedaba nada de mi pasado en Saint-Malo: en el puerto busqué en vano los navíos con cuyas cuerdas yo jugaba; habían partido o habían sido desguazados; en la ciudad, el palacete en el que naciera había sido transformado en una posada. Apenas acababa de abandonar la cuna, cuando ya todo un mundo se había ido. Forastero en los lugares de mi infancia, la gente me preguntaba al verme quién era yo, por la única razón de que mi cabeza se alzaba algo más del suelo hacia el que se inclinará de nuevo en unos pocos años. ¡Cuán rápido y cuántas veces cambiamos de existencia y de quimera! Unos amigos nos dejan, otros los suceden; nuestras relaciones varían: siempre hay un tiempo en el que no poseíamos nada de lo que poseemos, un tiempo en el que no tenemos nada de lo que tuvimos. El hombre no tiene una sola y única vida; tiene varias puestas una tras otra, y esta es su miseria.

Pero el espacio del verano familiar no consiste exclusivamente en una sede geográfica, sino que está compuesto por la repetición anual de una serie de hitos: excursiones, recetas, juegos, cánticos, santos patrones, ritos de iniciación, leyendas, banquetes, circos ambulantes,

gente que —como aves migratorias— llega de un desconocido refugio de invierno para poblar de primos, tíos y amigos de la familia los balcones de unas casas que echan el cierre en septiembre.

Esta región de Cantabria donde ahora pasamos los veranos apenas tiene memorias para nosotros, lleva mucho tiempo reconstruir todos esos hitos que conforman el veraneo familiar. No puedo ver nuestra niñez en las playas por las que paseamos, ni puedo encontrar ya nuestra tarta preferida en ninguno de los restaurantes donde ahora comemos. Por eso, todos los años mis padres, mi hermano y yo seguimos escapándonos un par de días a Lequeitio, conscientes de que pronto nos ocurrirá como a Chateaubriand en Saint-Malo, que llegaremos un día al pueblo del que nos marchamos y nadie nos reconocerá, y tampoco nosotros reconoceremos aquellos comercios que han ido sustituyendo lo que hubo en los rincones donde bebimos, comimos y bailamos con tanta gente que ya no sabes dónde andan, qué hacen y quizá ni siquiera cómo se llaman.

Mi padre vive con dolor este proceso de alienación y desvanecimiento, yo trato de vivirlo sin melancolía ni nostalgia, me digo a mí mismo que cada vez que erijo para mis hijas un castillo en esta playa cántabra donde no hay trazo alguno de nuestras memorias de infancia, queda en la arena la huella invisible del solar que ocupó, solar al que volverán mis hijas algún día en busca de los fantasmas de sus abuelos y de sus padres. Me repito a menudo que lo único que importaba de Lequeitio nos lo hemos llevado con nosotros, y no es más que aquella fórmula con la que esperábamos que el verano colmase nuestros anhelos de felicidad. Conocemos de sobra las cosas con que ocupábamos nuestros días en Lequeitio, y a nosotros nos toca escoger los bailes, los juegos, las canciones, las recetas

y las excursiones con las que se rehace en cualquier otro lugar aquello que Lequeitio dejó de darnos mucho antes de que dejáramos de pasar el verano allí.

Todo este razonamiento tan consolador contra la nostalgia se me va al traste cuando acudo al mundo de los sabores y los aromas. En verdad no se puede reproducir ni trasplantar el sabor o el olor de un lugar de infancia. Es prácticamente imposible recrear las condiciones químicas y ambientales con la precisión requerida para reproducir aquel olor que abre repentinamente la puerta por la que uno no solo accede a una visión del bote de nuestro padre donde pescábamos chicharros con aparejo de mano, sino que vuelve a sentir exactamente esa emoción profunda del niño que nota un repentino tirón en el sedal.

En muchas películas de detectives hay mansiones con librerías en las que al extraer por accidente un libro de una estantería se abre un pasadizo inesperado que revela el escondrijo donde se oculta aquel objeto que todos buscan. Yo busco dentro de los olores de la infancia como el detective que palpa todos los rincones de la mansión en busca del interruptor que abre el pasadizo. Y si hubiera que elegir una mansión llena de pasadizos secretos que solo se abren para los antiguos veraneantes de Lequeitio, mi padre se iría al restaurante Zapirain, que durante décadas estuvo en Lequeitio y recientemente se trasladó a Bilbao, y yo me debatiría entre ese y uno que está en Aulesti —un pueblo cercano a Lequeitio—, al que todo el mundo se refiere como «donde Mila» y cuyo nombre nadie ha necesitado conocer nunca.

Raro es el verano en que no voy a alguno de los dos. A Zapirain fui hace pocos días para acompañar a mi padre a una comida improvisada con sus hermanos y con sus primos, fue una de esas comidas entre hombres que empiezan a ser ancianos, en las que todos son muy

conscientes de que quizá sea esa la última vez que comerán los mismos en una misma mesa. Fue una comida terrible, improvisada. Eran las fiestas de Bilbao, íbamos desde Santander mi padre y yo a los toros, él había reservado la mesa grande del Zapirain sin saber quién vendría a comer, tenía el mejor rodaballo a la plancha asegurado, las mejores almejas, pero aún no sabía quiénes seríamos. Quería, sobre todas las cosas, comer con Juan Luis, su hermano mayor, y con sus amigos, que son los que mejor saben cantar, los que conservan la memoria de las viejas canciones. Quería terminar la comida cantando, haciendo coros con las canciones que ya nunca aprenderemos, y mientras yo conducía de Santander a Bilbao él iba llamando de manera improvisada a su hermano mayor, a sus primos, a los amigos que sabían cantar, e iba completando esa mesa que tenía en el Zapirain, esa mesa que, pasara lo que pasara y fuera el día que fuera, siempre tendría en el Zapirain, porque mi padre ha sido capaz de cualquier cosa por tener siempre una mesa en el Zapirain, ha llevado a un premio Nobel a esa mesa, y si pudiera llevaría a cualquier rey o emperador, ha puesto a disposición de aquella casa cualquier cosa que hiciera falta, porque en el Zapirain, en su rodaballo a la plancha, en su sopa de pescado y, sobre todo, en las canciones que ha cantado a los postres con sus primos y sus hermanos, siempre termina por encontrar su inquebrantable promesa de felicidad. El Zapirain sería probablemente el lugar que mi padre escogería para su última cena. Yo, sin embargo, iría a donde Mila, y aunque quizá no coma tan bien, es allí donde yo encuentro mi promesa de felicidad año tras año renovada. Es allí también donde vuelvo cada año al encuentro de mi hermano, que veneraba sus chipirones y su marmitaco. En esos platos sencillos me reencuentro con él y con tantas tardes felices

que compartimos en aquel lugar al que peregrinábamos todos los veranos, incluso después de abandonar Lequeitio.

Desde el día en que yo mismo vacié las cenizas de Roque en un mínimo agujero del cementerio no he vuelto a visitar su tumba. Tengo la convicción de que esa tumba es el último lugar en el que encontraré nada de lo que busco cuando vuelvo a Lequeitio para encontrar algo de él. Solo hallamos la muerte de nuestros muertos allá donde los enterramos, y a veces ni eso. Por eso, cuando digo que voy a visitar la tumba de mi hermano lo que en realidad hago es iniciar un peregrinaje frenético en un radio de quince kilómetros alrededor de la lápida, por los lugares de nuestra infancia. Si llego por la mañana, paso Lequeitio de largo y voy directamente a darme un baño solitario bajo los acantilados de la carretera litoral que lleva a Ondárroa, y si llego por la tarde empiezo por un paseo entre las campas de Bedarona, desde las que se ve el monte Otoio saliendo abruptamente del mar, un monte que, al contrario que muchos otros que lo rodean, tiene las faldas peladas de árboles y el cerro cubierto por la oscura mancha de un bosque que se derrama como lava petrificada por sus laderas verdes. Vaya a donde vaya el día de mi llegada, a las ocho y media de la tarde procuro estar en el puerto para tomarme un vermú con mi abuela, y remato la visita cogiendo el coche y yendo a cenar a Aulesti, donde Mila.

La comarca de Lea-Artibai, donde están Lequeitio y Aulesti, no tiene un solo kilómetro de ferrocarril o de autopista. Las estrechas carreteras que conectan los pueblos de la zona están tan llenas de curvas y cuestas que superan al infame *kalimotxo* de las fiestas patronales como primera causa de vómitos entre autóctonos y veraneantes. El camino entre Lequeitio y Aulesti es una excepción: tiene suficientes tramos rectos y llanos como para volver por él con un litro de vino y algún digestivo en el estómago. Es

difícil salir de donde Mila sin haber cometido un exceso: como en cualquier restaurante rural del norte de España, comer mal se confunde con quedarse con hambre o llegar al postre con el vaso vacío. Cualquier intento de moderación es prácticamente imposible para aquellos que alguna vez hemos entrado en el insospechado santuario del vino al que se accede por un oscuro establo lleno de trastos viejos junto al restaurante: allí hay una bodega perfectamente aclimatada, minuciosamente ordenada y repleta de botellas que le hacen preguntarse a uno cuántos hígados habrá en aquel recóndito valle que ordenen tales caldos con la suficiente asiduidad como para justificar semejantes provisiones en esa instalación. Obviamente pocos, de tal modo que los grandes vinos están a unos precios que complican mucho una vuelta segura a Lequeitio. Además de vinos, hay donde Mila varias cajas de habanos, llenas de todo tipo de vitolas y calibres, apiladas desordenadamente en una alacena, cubiertas de polvo, con los puros criminalmente reventados por la humedad, cajas en las que he rebuscado ansiosamente en más de una sobremesa con la esperanza de encontrar una reliquia incorrupta que fumar. El marido de Mila ha acumulado tantos vinos y habanos guiado más por el orgullo del coleccionista de artículos de lujo que por las expectativas de un tabernero en un minúsculo pueblo que no pilla de paso a ninguna parte.

Pasamos los primeros años de nuestras vidas encerrados en un reducido universo culinario hecho de pasta, kétchup y filetes con patatas y diseñado para facilitar las labores de nuestros padres, aprendemos a odiar pronto todo aquello que nos sirven antes de los bollos y las natillas industriales, miramos las alcachofas, los riñones y las sardinas que comen nuestros padres como una de las pesadas obligaciones a las que un día nos someterán cuando seamos adultos, obligación tan penosa como la de llevar uniforme al

trabajo o tener que trabajar hasta la caída del sol. Han de pasar muchos años hasta que a algunos nos llega al fin un día en que nos nace una curiosidad por comidas que no hayamos probado antes. Para muchos, ese día no llega nunca; yo puedo decir sin ningún género de duda que a mí me llegó donde Mila. No sé cuántos años tendría, ni si era cena o almuerzo, solo tengo dos memorias de esa experiencia: la primera es que probé el rape y que me gustó mucho, la segunda es que me quedó un inmenso deseo de volver sin mis padres y sin mi familia, de llenar una de esas mesas largas solo con amigos, para darnos un banquete en aquel lugar, y esto lo sé porque un tiempo después, en mi primer viaje solo a Lequeitio, mi objetivo principal fue llevar a mis amigos donde Mila para cumplir ese deseo. Trato ahora de entender qué fue lo que me indujo a ello, y supongo que la respuesta está en el propio banquete que nos dimos cuando eso finalmente ocurrió. Recuerdo bien las fechas y el viaje. Fue la primera vez que mis padres me dejaron ir solo con amigos a la casa de Lequeitio, durante el puente del 1 de noviembre de 1994, mi primer año en la universidad. Tenía dieciocho años y quería construir mi propia experiencia de Lequeitio, lejos de la tutela familiar, quería organizar mi propio banquete, hablarle a Mila, que fuera ella la que me dijera a mí lo que había ese día, decidir yo si tomábamos el rape para tres, el besugo para dos o si pedíamos cualquier otra cosa.

Mi padre me había dado dos mil pesetas para aquella comida. Dile a Mila que te haga precio de estudiante, me dijo. Le informé de mi exiguo presupuesto a Mila nada más llegar a su sitio, antes de sentarme y antes de pedir, no sin cierto sonrojo. Ella debió de entenderlo al instante, porque en lugar de sentarnos en el concurrido comedor como al resto de sus clientes, improvisó una pequeña mesa en su cocina. Apenas hubo conversación entre los cuatro amigos

que ahí nos sentamos, era imposible salir del estado de asombro que nos provocaba aquella cocina en Aulesti. Por aquel entonces Mila no había reformado ni decorado su restaurante, que estaba en el bajo de una de las casas de piedra que forman parte de la calle principal de Aulesti, justo delante de la iglesia del pueblo. Las paredes del local estaban combadas, los techos dejaban ver vigas de madera curvadas, dobladas bajo la carga de un edificio pesado. El comedor carecía de decoración o de ventanas, solo había viejas alacenas de madera repletas de licores, vinos y esos puros que hoy en día han quedado como elemento decorativo. Una cortina de macramé separaba el comedor de una pequeña cocina de hierro en la que el horno y los fogones eran de leña, cocina que aún hoy sigue igual. En ella había un trajín frenético, varias mujeres de todas las edades estaban al cargo de los fogones. No se hablaba más que vasco. Mila, una señora bajita y rubia, la mayor de aquellas mujeres, había ido a la escuela con mi abuela y sus hermanas y tendría entonces cincuenta y siete años (hoy, a sus ochenta, sigue teniendo la misma cara, la misma voz y la misma energía, y hace exactamente lo mismo que hacía entonces). Tomaba las comandas, supervisaba las cocciones, daba órdenes, recogía platos, servía las mesas, hablaba con todos los comensales y se hacía cargo de todo menos del jamón, los vinos, los puros y los quesos, que pertenecían a la jurisdicción perfectamente delimitada de su marido Jacinto, que era quien estaba al cargo de la pequeña barra que había junto a la puerta. Siempre tuve la impresión de que ambos operaban en dos universos paralelos que no se cruzaban en ningún momento. Los dos sabían qué parte de una comida pertenecía a cada cual, y cada uno aparecía junto a la mesa cuando tocaba. Si uno le pedía a Mila jamón, vino o queso, ella delegaba en algún mensajero adscrito al negociado de Jacinto.

En la cocina había una despensa abierta que era la boca del cuerno de la abundancia, por ella asomaban todo tipo de enormes monstruos marinos recién extraídos del mar que parecían fingir su muerte para emboscar a cualquiera que osara acercarse a ellos. Había también cajas de tomates enormes, cebollas y lechugas aún cubiertas de la tierra de un huerto próximo, lomos enteros de vacas viejas con toda su grasa amarilla goteando y garrafas de aceite de oliva. Un viejo vasco con la cara redonda y colorada, los brazos anchos como atunes y una camisa azul a punto de reventar sacaba de un bolsillo un paquete de cigarrillos y, en un castellano muy básico, nos lo ofrecía entre plato y plato: me los manda mi primo de América, Chester sin filtro, lo mejor que hay para fumar. Ninguno de nosotros se atrevió a rechazar un Chester sin filtro.

Mila nos hacía comer lo que a ella le daba la gana, chipirones, rape, bonito, cocochas. Yo le recordaba que solo tenía dos mil pesetas, que dejara de sacar cosas, y ella me ignoraba con absoluto desprecio del dinero. La proclamación, tan del gusto del vasco, de «como allí en Madrid no tenéis, esto tenéis que probar» le servía de justificación para cebarnos como a ocas destinadas a hacer *foie gras*. A mitad de comida ya nos habíamos desabrochado los pantalones para poder seguir respirando y comiendo. Jacinto, por su parte, no nos dejó escapar de Aulesti sin probar un queso que él mismo había encontrado tras una peregrinación por Asturias en busca del más potente y descompuesto de los cabrales. Después llegó una inevitable copa de pacharán, a la que invitaba la casa. Salimos los cuatro con paso pesado, sujetándonos los pantalones desabrochados, el único de nosotros que conducía se declaró absolutamente incapaz ni tan siquiera de meter la llave en la cerradura del coche. Nos arrastramos hasta una campa junto a la ría de Lea, era un día de un

calor inusual para la época del año en que estábamos, nos tiramos al suelo tan pronto vimos césped, dimos dos o tres caladas a un porro con el que terminamos desvaneciéndonos en una siesta profunda que pudo durar tres horas o un siglo, y cuando por fin resucitamos emprendimos ese camino de vuelta a Lequeitio, por las únicas carreteras razonablemente rectas de la región, y atravesamos una sucesión de oscuras colinas tan perfectamente cónicas como los pechos irreales con que los hombres sueñan, a través de minúsculas aldeas formadas por los tres elementos imprescindibles para hacer habitable un lugar en ese rincón del planeta: un frontón, un bar y una iglesia. Cerca de aquellos núcleos quedaban un puñado de caseríos distantes entre sí, con sus manzanos, sus huertas, las cabras, las ovejas… Así se suceden Oleta, Ocamica, Gizaburuaga y, finalmente, Aulesti.

A medida que uno se adentra por los valles que hay en la ribera del Lea, se empieza a salir poco a poco del tiempo. En ese mundo rural de caseríos desperdigados desaparecen ya las pintadas, los carteles y las banderas que inundan de propaganda política *abertzale* los balcones, plazas y tapias de pueblos más grandes como Lequeitio. Los propios caseros que caminan atareados por su pedazo de monte van con mono azul, camisa y el pelo corto y bien peinado; por esta zona se deja de ver a esa gente que viste con camisetas llenas de eslóganes de protesta y que mantiene su pelo dentro de la colección de *looks* homologados por los simpatizantes de ETA. Los viejos caseros están a lo suyo, atendiendo una huerta o reparando la valla de un corral. Saludan al caminante con una lacónica interjección que sale de lo más profundo de sus entrañas y que puede ser un *epa*, un *eup* o un *aúpa*. No enfrentan la mirada con la silenciosa hostilidad de los jóvenes que pelan pipas aburridos en una esquina de la plaza de Lequeitio y a quienes les basta con

un vistazo a tus zapatos o a tu camisa para saber si eres un enemigo de su patria. En el camino hacia Aulesti se puede contemplar la naturaleza sin que ningún elemento le proclame a uno qué pueblo se asigna esa pequeña porción del universo y cuáles son sus enemigos, el trayecto se ha librado de los efectos de ese trastorno estético del nacionalismo que impulsa a quien lo padece a desfigurar cualquier sitio que ama. Hay una capa entera de ruido simbólico que comienza a deshacerse según se aleja uno de Lequeitio, junto a la ribera del Lea, entonces la mirada empieza a discurrir con libertad sobre las construcciones de los hombres, las campas, los montes, la imaginación es capaz de representarse un lugar en el que el tiempo se ha detenido, de encontrarse con el mismo paisaje que un caminante hubiera recorrido hace un siglo, dos siglos, todo parece estático y permanente, la sensación es la de viajar al interior de una pintura, se podría decir que es un paisaje pintoresco. Es un camino que me permite fantasear y reconciliarme con lo vasco, entregarme a la admiración del paisaje sin que mi sensibilidad sea herida. Cuando lo recorro siento que tengo ante mis ojos exactamente aquello que veían mis antepasados cada día al despertar y al acostarse, miro los caseríos y juego a imaginar cómo habría transcurrido en ellos la vida de los abuelos de mi abuela lequeitiana, mi imaginación es capaz de penetrar en ese paisaje de una manera en que no lo puede hacer en ningún otro lugar del País Vasco.

Aulesti, en todo caso, no se ha librado de la servidumbre filoetarra. Al llegar al pueblo esa ensoñación de lo pintoresco termina súbitamente en cuanto uno se topa con el primer mural apologético o con alguna pintada exaltada a favor de los presos etarras, pero lo cierto es que allí el simbolismo *abertzale* no ha terminado de carcomer el espacio visual con la misma profusión que en otros lugares

próximos. ¿Sería quizá un pueblo menos politizado que los de su entorno? Cada vez que hay elecciones no puedo evitar consultar inmediatamente la composición del voto en todos los pueblos de la comarca, y en todos estos años he comprobado con cierto morbo el recuento de votos en Aulesti: curiosamente, siempre persiste un único voto al PP en este pueblo donde el resto del recuento es netamente *abertzale*. Me pregunto siempre si los locales sabrán ya quién es el emisor de ese voto rebelde y temerario, o si es el misterio que más desquicia a los talibanes de la comarca. El pepero de Aulesti nos ha dado para muchas conversaciones y conjeturas; según un tío mío, y esta es la teoría más aceptada, es un voto de protesta de algún empresario hostelero a quien el alcalde, de Batasuna, le impidió expandir su negocio. Como divertimento, escribí hace varios años en mi Facebook, y para deleite de aquellos amigos que conocen Aulesti y con quienes hemos especulado sobre este voto tan particular, unos versos satíricos sobre el tema:

EL PEPERO DE AULESTI

Aulesti crio a un pepero
Apenas habla castellano
Duerme con *makila* en mano
Y es excelso cocinero.
Firme *abertzale* fue antaño,
Admirado por su gremio
Que acabó por darle el premio
Al restaurante del año.
Quiso ampliar su restaurante
Y le informó a Batasuna
Porque allí cosa ninguna
Puede salir adelante
Sin firme consentimiento
Del severo concejal
Que sanciona todo mal
Y coordina el movimiento.
«Seis mesas son suficientes,
No necesitas reformar,

y ponnos una hucha en el bar:
Para que donen tus clientes».
Henchido de orgullo vasco,
Resuelve golpear con saña
Y darle su voto a España
Para así matarlos de asco.
Puso a todo el mundo en pie,
Cuando hicieron los recuentos
Para Bildu cuatrocientos:
Y un voto para el PP.
En el pueblo hay inquietud
Por un voto popular,
Y solo se habla en el bar
De que entre la multitud
Se esconde un vil pepero
Quinta columna de Aznar,
Que en la noche sale a buscar
La sangre de un buen casero.

Al llegar donde Mila, la puerta siempre está abierta. Entre dos bancos de piedra pegados a la fachada se sientan algunos chiquiteros locales, bebiendo y fumando. Uno pasa entre ellos y se encuentra con la barra, donde Jacinto profana el mejor jamón que jamás he probado cortándolo a máquina. Delante de él, un televisor donde siempre hay un partido de pelota mano disputado en algún frontón vasco o navarro. No es este un restaurante de citas románticas; los vascos son poco amigos de las cenas de pareja mano a mano, aquí la mayoría de las mesas están ocupadas por grupos grandes y ruidosos hablando en vasco, en algunas hay cuadrillas de amigos sin sus mujeres, en otras los hombres se sientan en un extremo de la mesa y las mujeres en el otro. Al fondo del restaurante se come sobre un mantel de cuadros, pero en la entrada las mesas no tienen mantel, en ellas se bebe más que se come, se pica el jamón profanado por la máquina, se ve el juego de pelota y a veces incluso se juega al mus. No hay música, pero con suerte puede ocurrir que alguna de las cuadrillas termine su sobremesa cantando, ya se sabe que la ingestión

prolongada de vino tiene varias fases, y que una vez superada la de la exaltación de la amistad viene la del cántico regional, y los vascos de cierta edad tienen un extenso repertorio de canciones de una época anterior al pop, compuestas para cantar al unísono entre hombres alegres, sin parejas de baile ni acompañamiento instrumental, nada más que con el espíritu del vino haciendo de apuntador allí donde falle la memoria. Cuando son mi padre, sus hermanos y sus primos los que están en la mesa se inicia un popurrí infinito que va engarzando fragmentos de canciones en castellano y en vasco, una tras otra, sin pausa, que dura mientras duren el vino y la paciencia del tabernero y en el que siempre cae la del inglés que fue a Bilbao:

> Un inglés vino a Bilbao
> por ver la ría y el mar
> y al ver a las bilbainitas
> ya no se quiso marchar.

Y cuando el vino trae alguna sombra de melancolía, se vierte igualmente en ese chorro de voces que no cesa, y entonces llega la canción que me llena siempre los ojos de lágrimas y con la que siempre tengo que hacer el esfuerzo de ocultar unas ganas irreprimibles de echarme a llorar sin consuelo:

> *Boga, boga*
> *mariñela*
> *mariñela*
> *joan behar degu*
> *urrutira*
> *urrutira*
> *bai Indietara,*
> *bai Indietara.*
> *Ez det,*
> *ez det,*
> *ez det,*
> *nik ikusiko*
> *zure kai ederra*

kai ederra.
Agur,
agur,
agur,
Ondarroako
itsas
itsaso bazterra,
itsas
itsaso bazterra.
Mariñela,
mariñela,
boga!
mariñela.

Mi padre se la sabe de memoria, pero no entiende del todo lo que dice la letra. En todo caso, queda claro por la melodía y por el uso repetido de la palabra *agur* que es una canción de despedida, y hay una tristeza profunda en ella que hasta un inuit podría reconocer. Es la canción de un marinero de Ondárroa, el pueblo de al lado de Lequeitio, que zarpa hacia las Indias y se despide triste de su pueblo. Debo decir que abandonar Ondárroa para ir al mar Caribe me parece un motivo más para la celebración que para esta canción desgarrada. Ondárroa, el último puerto pesquero vizcaíno antes de llegar a Guipúzcoa, siempre me pareció el corazón de las tinieblas nacionalistas. Un pueblo hacinado sobre una playa pequeña y oscura, un desarrollo urbano tardío particularmente feo y una población que, a pesar de los sorprendentes ochocientos votos que obtuvo el PP en los años de plomo, está homogéneamente enajenada por lo más radical del abertzalismo. Al entrar en las callejuelas del pueblo, uno no deja de ver pintadas de exaltación del terrorismo hasta en los muros de la iglesia, fotos de etarras, murales políticos de Herri Batasuna apropiándose de cada pared desnuda del pueblo. Durante el tiempo en que Batasuna estuvo ilegalizada, Ondárroa fue la población más grande del País Vasco sin alcalde, una gestora municipal se encargaba del gobierno del pueblo, los concejales de los

partidos constitucionalistas vivían en otras poblaciones por miedo a ser asesinados. Bastaba con pasearse por sus calles con una camisa y unos náuticos para percibir las miradas hostiles de los lugareños, que seguían vistiendo como metaleros de los ochenta cuando ya nadie vibraba con Anthrax o Dio en ninguna otra parte. Hubo una época en la que llevar camisa en lugar de camiseta en Lequeitio y Ondárroa era convertirse en un sospechoso. Me lo advirtió una vez un primo lejano de Lequeitio: las camisas son de pijos. No existía matiz alguno, no importaba que uno llevara una tela estampada con un patrón multicolor recién salida de un mercadillo callejero de Nueva Delhi o una camisa de seda de la tienda de Armani del barrio de Salamanca: cualquier cosa que se abrochara con botones era antirrevolucionaria en toda la comarca y en particular en Ondárroa, donde prácticamente equivalía a ser enemigo de la patria. Cuando ese espacio publicitario de la prenda que cubría el torso se desperdiciaba con una tela sin ningún eslogan político, ningún nombre de un grupo de *rock* radical, uno se posicionaba en el bando de aquellos que preferían ocultar su pensamiento político, y, en general, los que ocultaban lo que pensaban eran los enemigos de la patria vasca.

Cada vez que pasaba por Ondárroa camino a cualquier parte sentía la agresividad de tantas miradas clavándose en la matrícula de Madrid de mi coche, y cuando por fin dejaba el pueblo atrás suspiraba con tranquilidad y volvía a pensar en aquel marinero de la canción que expresaba con un lamento tan bello su pena por dejar atrás ese pueblo opresivo para ir hacia las aguas turquesas del Caribe, hacia las mulatas que sabían bailar y guiñar el ojo con dulzura. Cuando se cantaba aquella canción en familia, a menudo se cambiaba lo de *Ondarroako* por *Lekeitioko*, es decir, la canción pasaba a ser una despedida de Lequeitio, un lugar

del que a buen seguro es mucho más difícil despedirse, pues con sus palacetes, sus largas playas y su puerto lleno de blasones siempre ha sido un sitio hermoso.

Yo ya no me aprenderé esa canción, y si lo hiciera sería de la misma manera en que un académico aprende un himno litúrgico en sánscrito, es decir, aisladamente, en un vacío, no la podré cantar ya con mi hermano muerto, ni tendré una cuadrilla de amigos de la infancia que prolonga una sobremesa para poder cantar al unísono ese repertorio de canciones que se hicieron exactamente para eso, para ser cantadas una y otra vez en cada sobremesa por viejos amigos, y siento que cada vez que muera alguno de los ancianos comensales de aquella comida reciente en el Zapirain se habrá perdido un miembro de ese coro que ya no se repondrá, de ese coro que sabe conmoverme cantando como un marinero que emigra a las Indias se despide de un pueblo que ha dejado de existir tal como fue cuando aún se componían esas canciones. Lo vasco para mí, que nací en Londres y me crie en Madrid, ha sido siempre eso, una mesa donde Mila, con jamón, pimientos, marmitaco, chipirones, rape, mucho vino, y en la sobremesa nuestros mayores, que se emborrachan civilizadamente, entonando al unísono canciones que apenas sabrían traducir ya, que sus madres y abuelos habrían entendido mejor que ellos y nosotros ya solo sabemos tararear, unirnos en algún coro, y según ellos cantan y nosotros tarareamos, las mujeres se enfadan, les piden que paguen ya y vuelvan a casa, y se van, y luego cae quizá una partida de mus, y después un baño en el malecón de Lequeitio para recuperar las facultades mentales, y una promesa de ir al día siguiente en bicicleta hasta Ondárroa con los primos, los sobrinos y los hermanos, para compensar el exceso, y luego otra comida, y las canciones otra vez. El *Boga boga*.

Hace unos días volví a donde Mila. Allí seguía, igual de robusta, bajita, con sus gafas y su delantal, el pelo corto como un hombre, entre el rubio teñido y la cana, la piel lisa y blanca, que sigue sin una sola arruga ahora que tiene ochenta años mientras escribo estas líneas, en algún momento su rostro se detuvo en algún tiempo, su familia envejece año tras año, pero ella jamás ha tenido edad alguna, y solo sé calcularle los años porque fue a la misma clase que mi tía abuela Machalen. Siempre ha tenido la misma voz, el mismo gesto, y siempre se ha movido por su pequeño universo con el mismo remango y el mismo garbo. Le gusta acercarse a la mesa y preguntar por el resto del clan familiar, jamás está triste ni excesivamente alegre, tiene esa consistencia anímica de las personas que no andan buscando la felicidad ni huyendo de la desgracia, a quienes les basta con la fatigosa paz del deber cumplido.

En todo el tiempo que ha pasado desde que la conozco, solo la he visto sentada una vez. Fue hace unos años, cuando organicé una despedida de soltero en la zona. Nos quedamos en una casa rural en Larruskain. Los tres hermanos juntos, con los amigos del colegio de Madrid. Era junio y nos hizo un día perfecto; después de una larga noche de mus y borrachera en la casa, fuimos a la mañana siguiente a bañarnos en el Octavo, y después del baño fuimos a Mila y comimos las cosas de siempre, que sabían como siempre, el rape, las cocochas, la ensalada, el jamón, los pimientos. Mila recogió todo el comedor, y solo quedábamos los madrileños bebiendo pacharán y jugando al mus.

—¿Estáis bien, no necesitáis nada?

—Nada.

—Os dejo la botella.

Mila se retiró, sacó un biombo de no se sabía dónde y lo desplegó detrás de las dos mesas donde jugábamos al mus.

Se sentó tras el biombo, se descalzó y puso sus piernas desnudas y llenas de varices encima de la mesa donde habíamos comido. Al poco tiempo llegó un señor con dos maletines, sacó una serie de utensilios y empezó a hacerle una cura. Yo le pregunté:

—Mila, ¿y esto qué es?

—El callista, que me viene aquí… —respondió—. Algún lujo ya me puedo dar, ¿no?

(Suesa, agosto de 2017).

11. Torpedero Tucumán

Pura murió en La Coruña a finales de agosto. Al enterarme, publiqué en mi blog un fragmento de este texto en que trato de describir lo que ella supuso para mí. Tengo comprobado que no suelen ser más de veinte las personas que pierden el tiempo con las excrecencias mentales que muy de vez en cuando comparto en mi blog, pero el escrito sobre Pura, que es el más denso y más largo de todas las entradas que he publicado hasta ahora, tuvo más de mil visitas. No deja de sorprenderme la manera en que uno construye un texto para tratar de entender la realidad, para actuar sobre los hechos y darles forma, para limarlos, pulirlos y recortarlos de modo que todo encaje perfectamente en un relato que dé sentido a lo vivido, y después, cuando uno lo hace público y el texto penetra la imaginación de otros lectores, uno deja de ser el que da forma al relato y es el relato el que empieza a ordenar la vida de uno, el que pone en marcha los hechos que siguen, uno deja de escribir el relato y es el relato el que le empieza a escribir a uno. Fue así como, al poco de publicar aquello sobre Pura, los antiguos alumnos del colegio que organizaron su funeral me ofrecieron decir unas palabras, y esas palabras que dije me abrieron las puertas de la casa de

Pura, y me llevaron a su cuarto, y de su cuarto a la balda de libros de poesía que había sobre su almohada, libros que su familia me obsequió. Aunque sea solo por eso, esto que ya comienza a ser un libro ha encontrado un propósito.

El funeral se celebró hace un par de días. Allí llegaron alumnos de varias generaciones, gente de sesenta años y universitarios de veinte. En primera fila vi a compañeros que no había visto desde los dieciocho años, a mujeres de las que estuve locamente enamorado alguna vez, caras, voces y cuerpos que te dan la medida de tu propia edad; en el centro estaban las sobrinas gallegas de Pura, su único hermano, junto a ellos estaba el rey Felipe VI, compungido, sin séquito, totalmente solo, callado y atento como un exalumno más.

No quería que el discurso sonara a texto escrito y memorizado, de modo que no lo escribí. Durante días lo fui bosquejando en la mente. Pensé primero en las ideas que quería transmitir; no debían ser muchas, bastaban dos o tres ideas contundentes, ideas que debían vivir en una imagen que las ilustrara y que penetraran certeramente en el ánimo de los presentes. Traté de imaginar quiénes estarían allí, y al hacerlo me vino la primera idea esencial: la mayoría de las veces acudimos a un funeral para acompañar a aquel a quien se le ha muerto alguien, a un compañero del trabajo que pierde a un padre, a un cuñado que pierde a su abuela, a un amigo que pierde a su hermano. Son muy pocas las ocasiones en que vamos a un funeral en el que hemos perdido a alguien, en el que son los demás quienes nos acompañan. En el caso de Pura, que no tenía hijos ni marido, nadie acudía a acompañar a su familia ni a sus amigos, pues casi nadie conocía a sus sobrinas gallegas. Todos los presentes íbamos porque sentíamos que Pura se nos había muerto a cada uno de los que estábamos allí. Eso era un hecho verdaderamente singular que quise

resaltar, pues probablemente nadie había ido jamás a un funeral tan concurrido en el que cada uno de los presentes tenía un vínculo personal con la difunta.

La siguiente idea que me vino fue otra observación que se hizo bastante evidente durante los últimos días de Pura. Había decenas de alumnos que se consideraban el favorito de Pura, porque Pura, que no tenía ninguna voluntad de ocultar sus filias y sus fobias, nos había hecho creer a cada uno por separado que éramos su favorito, y que lo éramos por nuestra singular manera de ser. Cuando se empezó a correr la noticia de su enfermedad terminal, muchos de los que nos sentíamos favoritos de Pura empezamos a hacer grupos de WhatsApp y cadenas de *emails* para organizar peregrinajes a La Coruña, donde su hermano la cuidaba. En esas comunicaciones discutimos quién era el favorito de los favoritos, y en muchos de los encuentros que tuvimos en aquella época de peregrinajes, compartiendo nuestra experiencia de aquella despedida de Pura, cada uno relataba la anécdota que demostraba que era el favorito. Solían ser ocasiones en las que Pura había perdonado alguna transgresión grave que había descubierto, levantado algún castigo merecido o atendido con sabiduría a alguna angustia particular de adolescente que trascendía el ámbito del colegio. Cuando fui a despedirla con mi primo pequeño y mi amigo Emilio, nos miró con su gesto irónico y nos dijo: «A veces pienso que os he engañado a todos». Esa frase, me dije, tiene que estar en el discurso.

El día anterior al funeral aún me faltaba una idea para cerrar mi discurso: lo que tenía se me quedaba cojo. Tuve entonces un pico de ansiedad propio de quien debe hablar en público, ensayé varias veces el discurso en la azotea de mi oficina, junto a mi socio, que terminó por invitarme a unos cuantos sorbos de mezcal con el propósito de calmarme. Entre ensayo y ensayo, mientras le contaba a mi

socio quién fue Pura para mí, me puse a buscar en internet el libro de poemas que un editor temerario me había publicado hacía ya quince años y que le dediqué a ella y a otro gran profesor que tuve, Constantino Bértolo. Hace ya muchos años que regalé el último ejemplar que tenía del libro en una de esas noches de exaltación de la amistad y de berreo de poemas. El libro lleva años descatalogado, y hasta ese momento nunca me había aparecido en ninguna web de libros de segunda mano. Emergió entonces en una página de objetos usados. Lo vendía una asturiana que también quería deshacerse de un jarrón, una silla y algo de quincalla. Se lo compré inmediatamente, muy barato, sin confianza alguna de que me llegara, y para cuando bajé de la azotea, tras repetir de nuevo en voz alta el discurso tres o cuatro veces, ya había olvidado que había hecho el pedido. De allí me fui con mi socio al mercado de Maravillas para tratar de distraerme viendo puestos de frutas, quesos y pescados, que es algo que, curiosamente, me aporta una inmensa paz interior. Pedimos unos vinos en el puesto del francés, probamos un queso de Luzenac y nos quedamos mirando el trasiego de gente entre los puestos. Pasó entonces ante nosotros una señora que por su edad, su pelo corto teñido, la rebeca granate y su complexión me pareció que podría haber salido del mismo molde que Pura. Se la señalé a mi socio:

—¿Ves a esa señora? Así era Pura, el mismo estilo.

Mi socio miró y no fue capaz de localizar a la señora a la que me refería, por más que la apuntara.

—La del pelo corto —insistí.

—Es que hay mil con el pelo corto.

—Esa, como de sesenta años…

—¿Esa?

—No, esa no. A la derecha. Esa.

La señora terminó por confundirse entre la muchedumbre antes de que mi socio pudiera identificarla. Había tantas otras señoras indistintas, con sus carros de la compra, su pelo corto, su mediana edad indeterminada, sus colores discretos… Me di cuenta entonces de que si hubiera sido Pura, habría pasado igual, desapercibida, como una cara más entre la multitud. Y ahí estaba de repente la idea final para aquel discurso. De no haberla conocido, Pura me hubiera pasado siempre desapercibida, no hubiera visto ningún brillo en ella, a pesar de que ella tuviera dentro de esa carcasa tan gris una fuente de luz deslumbrante que ni siquiera tras su muerte se apaga. Nos pasamos la vida tratando de que en nosotros brille siempre la juventud, de que brillen nuestra sonrisa y nuestra supuesta felicidad en el relato fotográfico que hacemos de nuestra vida, de que brillen nuestras posesiones más preciadas, ya sean coches, casas, títulos o libros en nuestra biblioteca, pero en realidad casi todo es una luz prestada, como la luz con la que brilla la luna, que de otro modo no es más que una oscura masa de polvo. Y lo más triste es que no sabemos reconocer el brillo de una luz auténtica hasta que no nos la revelan. Así, con esa idea surgida entre la frutería y el puesto de quesos y vinos del francés, me quedé con la seguridad de que ya tenía todo lo que quería decir.

El día del funeral me relajé y el discurso me abandonó como un espíritu que libera a su poseído. Al terminar, bajé del atril y me abracé fuertemente al hermano de Pura y a sus sobrinas, que conocía allí por primera vez. El rey nos miraba en silencio con una tímida sonrisa y trataba de encogerse para no estorbar entre la efusión de abrazos lacrimosos que se sucedían a su izquierda y a su derecha, evitando siempre al monarca como si se tratara de una estatua intocable. Dos días después, me llegó un mensaje de una antigua alumna que estaba ayudando a la familia

gallega de Pura a desmantelar su casa: *Jacobo, ha aparecido un libro tuyo en la biblioteca de Pura, no sé si lo quieres. Te lo guardo. Hay muchos libros aquí, me dice la familia de Pura que puedes llevarte los que quieras pero tiene que ser antes de mañana*.

Era aquel libro de poemas que un editor temerario me había publicado hacía ya quince años y que yo le había dedicado a Pura. Cogí inmediatamente la moto y me planté allí sin pensarlo. Nunca había estado en su casa, pero conocía el nombre de la calle, Torpedero Tucumán, nombre excéntrico que por su sonoridad Pura no dejaba de celebrar. Al bajarme de la moto junto al edificio me dio un vuelco el corazón, me di cuenta entonces de que iba a conocer su casa por primera vez en su ausencia, una casa a la que ella jamás volvería y que estaba siendo desmantelada. Es una sensación extraña la de entrar en la casa de un muerto, allí donde está su círculo de confianza destruyendo las intimidades de los cajones de la mesilla de noche y repartiéndose pequeños recuerdos sin otro valor que el sentimental. Me vi en la casa de mi hermano, un par de días después de su muerte, hacía ya casi cinco años. Vivíamos entonces en el mismo edificio él y yo. Estábamos esa noche sus mejores amigos, su prometida, mi mujer y yo, encargamos una cena al restaurante que había debajo de casa y un camarero nos la subió en bandeja. Comíamos, bebíamos y nos íbamos repartiendo pequeños detalles, un vinilo, una medalla de un maratón, un libro, algo en lo que él estuviera, un vehículo con el que viajar a un día feliz que alguna vez compartimos, y que evocamos en esa misma cena que se prolongó hasta que se acabaron todas las botellas que mi hermano había dejado sin terminar en su casa. Al acordarme de esa escena, me arrepentí mucho de la decisión de haber ido a casa de Pura. Habría dado la vuelta y mandado un mensaje con alguna excusa, pidiendo

que me reservaran aquel libro; me aterraba volver a la casa de un muerto reciente, experimentar otra vez un encuentro con todos esos objetos que evocan recuerdos a punto de ser separados, como añicos de la vida del ausente, piezas que el muerto ordenó y acumuló en el tiempo para componer su hogar, piezas ahora en desbandada que acaban en cajas, lotes, basuras, otros hogares. Pero era demasiado tarde para dar media vuelta: las sobrinas de Pura me habían visto desde el balcón donde habían salido a fumar y me saludaban.

Respiré hondo varias veces, entré a la casa y saludé. La escena era tal cual la había imaginado, la casa de Pura también. Mi amiga, la antigua alumna, me condujo hasta el cuarto de Pura, que era el más pequeño de la casa. Encima de la cama había una balda repleta de libros de poesía, entre uno de Pessoa y otro de Cunqueiro estaba el mío. Lo abrí y una flor seca cayó de entre las páginas. Me estremeció. Volví a meter la flor en el libro, hubiera querido quedarme aquel ejemplar que yo mismo le entregué, pues llevaba años sin tener una copia de mi propio libro, pero pensé que aquel volumen debía continuar su viaje en la biblioteca de una de sus sobrinas. Los libros no se tiran, viajan de mano en mano, de balda en balda, de rastrillo en rastrillo. Lo que sí me llevé fueron varios libros de poemas, entre ellos una antigua edición mexicana de *Versos y oraciones de caminante*, de León Felipe, donde estaba aquel poema de *Romero solo* con el que Pura me hizo vibrar por primera vez con la poesía, con el que me reveló la luz que ella escondía dentro. Llené mi mochila con todos los libros que podía llevarme en la moto y hablé un rato con la familia, les devolví el libro que querían regalarme y les conté sobre la vez que a mí me tocó estar también desmantelando la casa de un hermano muerto. Como dice Luis Rosales:

El dolor es un largo viaje,
es un largo viaje que nos acerca siempre,
que nos conduce hacia el país donde todos los hombres son iguales.

Volví a casa sorprendido de no haber llorado, de haber sentido incluso una gran felicidad, de llevarme conmigo aquel libro de León Felipe y de haber vuelto a perder el mío. Al llegar a casa, me encontré un sobre con mi libro. Había olvidado por completo, entre mezcales y vinos, que lo había comprado hacía poco en aquella página de objetos de segunda mano. Después de quince años, el mismo libro había reaparecido dos veces en un mismo día. Porque los libros no se tiran: se van abriendo camino.

(Madrid, septiembre de 2017).

12. Catulo 65

Se me viene encima el 12 de octubre otra vez, y me encuentra subido a este texto de la misma manera que cabalga un jinete inexperto por campo abierto, sin controlar del todo su caballo, negociando con él el camino, yo trato de ir en una dirección, pero él corrige el rumbo. Si me bajo, no sabré montarme de nuevo, y tengo miedo de que se vaya corriendo a la cuadra de donde salió. Desde que volví de Austin, llevo casi un año y medio escribiendo a trompicones. Pensé cuando escribí el primer capítulo que este libro me devolvería algo de mi hermano, pero en realidad solo me ha devuelto algo de mí. Salí a buscar a un muerto y terminé abriendo todas las tumbas en las que están enterradas las personas que he sido, y las que no he conseguido ser. Creí que después de este desahogo ya no haría falta escribir más poemas en el día de la muerte de mi hermano, pero vuelve a ser 12 de octubre y no hay en este texto nada que ofrecerle a él, nada que le hable a él. Todo ha sido para mí.

Ayer me quedé mucho tiempo despierto en la madrugada, la casa en silencio, mi mujer durmiendo a mi lado, mientras yo escribía a oscuras en el móvil. Hace poco encontré en las *Memorias de ultratumba* un pasaje en que

Chateaubriand se acuerda de su hermano asesinado y cita un verso del poema 65 de Catulo, en el que el poeta romano le canta a su hermano muerto. Cualquier muerte nos ofrece siempre un espejo en el que reflejar nuestra propia tragedia. De repente soy un escritor que se acuerda de la muerte de su hermano leyendo cómo hace doscientos años otro escritor se acuerda de la muerte de su hermano leyendo cómo hace dos mil años otro escritor se acuerda de la muerte de su hermano y le dice: «Hermano, más querido que mi vida, ¿nunca te volveré a ver? Pero seguro que siempre te amaré y cantaré canciones solemnes por tu muerte».

> nunquam ego te vita frater amabilior
> adspiciam posthac: at certe semper amabo,
> semper maesta tua carmina morte canam

Después de esta promesa de Catulo repasé su obra completa, para ver cómo honró esa promesa —que de alguna manera yo también me he hecho— de seguir cantándole siempre al hermano muerto. Solo hay otro poema elegíaco, el 101, que es descorazonador y además no puedo evitar ver en él otro reflejo de mi propia tragedia, hablándome a través de los milenios. El poeta regresa de un largo viaje por muchas naciones y llega por fin hasta las cenizas de su hermano, muerto en el extranjero. Se da cuenta entonces de que les habla en vano a las cenizas (*et mutam nequiquam adloquerer cinerem*) y que solo queda decir adiós. No se conocen más poemas de Catulo a su hermano.

Le doy vueltas a lo que quiero escribir, tengo varias imágenes, pero me doy cuenta al final de que tan solo quiero hablar con Roque. Verlo otra vez, pero no evocar ningún recuerdo, no rescatar una imagen de lo ya vivido, sino vivir algo nuevo con él. He aprendido ya que la única manera de que eso ocurra es soñar con él, es en el sueño

donde aún se producen nuevas vivencias que se sienten tan poderosamente como la memoria de algo real. Cuántas veces me habré ido a la cama deseando intensamente soñar con Roque, y poder llevarme ese recuerdo a la vigilia sin que se desintegre al cruzar la frontera entre ambos mundos. Al principio del duelo me aterraba el tipo de sueño con el que pudiera encontrarme. Mi madre y la prometida de mi hermano habían tenido varias pesadillas, con la sangre, con el cadáver, con el disparo, en fin, se habían encontrado con su muerte más que con él. Yo tardé casi un año en soñarle, fue en el primer verano sin él. Estaba tan solo como jamás lo he estado, en una pequeña casa de madera en Austin sin muebles ni decoración, solo una cama y un par de sillas plegables de plástico. Acababa de cerrar con nuestro primer cliente en Estados Unidos, y por tanto me tocaba quedarme en Texas todo el verano, bien lejos de mi mujer y de mis hijas. Aún no tenía ningún amigo en aquella ciudad, y no sabía qué hacer con mi tiempo, fuera hacía cuarenta grados, y el único lugar habitable eran los tres o cuatro metros cuadrados bajo el ventilador del techo, donde me tomaba tres o cuatro cervezas hasta quedarme dormido. En una de esas noches lamentables, por fin me encontré con Roque en un sueño. Estaba sentado junto a mi padre y mi hermano Nicolás en la parte de atrás de una carreta tirada por un viejo caballo, con los pies colgando, mirando hacia el camino que iban dejando atrás, un camino de tierra roja que atravesaba una dehesa de quejigos enormes y gruesos alcornoques. Yo corría tras ellos, corría feliz y Roque se reía, nos mirábamos. Abrí los ojos, vi la luz de la mañana, las paredes vacías de aquella habitación, y empecé a llorar convulsamente. Me ahogaba, me temblaba el cuerpo entero. Tiempo después, cuando al fin recuperé la calma, sentí una paz enorme. Lo había vuelto a ver. Me quedé en la cama hasta bien entrada la tarde, cerrando los

ojos, tratando de fijar bien aquella imagen en mi mente para que no se me fuera.

Poco después volví a soñar de nuevo con él. Estábamos en el salón de la casa de Lequeitio. Era raro, porque el suelo era de arena de la playa. Roque estaba allí y los dos hablábamos de naderías con total naturalidad, ambos en traje de baño, manchados de arena, y charlábamos como si no hubiera pasado nada. De repente yo me percataba de que estaba con él a pesar de que hubiera muerto, y entonces me lanzaba a abrazarlo con fuerza, y él me abrazaba también, fuertemente, pero poco a poco se desvanecía según nos apretábamos, como si fuera de arena, y al final desaparecía, y entonces me despertaba. Esta vez me desperté con una felicidad enorme, sintiéndome afortunado, nos habíamos abrazado. En Lequeitio, además.

No he vuelto a soñar más con él, pero en ese momento de la noche en que uno está en la cama esperando dormirse, y en mi caso esperando un encuentro en un sueño, me vino por fin la imagen de la que tirar para arrancar el poema.

A Roque, en el quinto aniversario de su muerte

Tu muerte es un cuento
sobre mi mesilla de noche
que solía leerme de madrugada
antes de salir a tu encuentro
por las playas de un verano
que no acaba nunca,
tapándome los ojos
para no ver sangre
en la arena.
Tu muerte es un cuento
que no querría leerte,
cambia cada vez que lo abro
y hoy podría empezarlo diciendo
que se cumplen cinco años sin ti
como podría leer que hoy

empieza otra vez la vida sin ti
y daría igual porque siempre empieza cuando te vas
siempre sigue con la parte
en que todos lloramos
y no sabemos dónde buscarte.
Ya esa parte me la salto.
Luego cambia,
van entrando nuevos personajes,
perdonamos a mucha gente,
nuestros hijos se hacen mayores,
un amigo se enamora,
aprendemos una nueva receta
el vecino nuevo nos invita a jugar
y de repente entiendo
que estoy leyendo en alto
para contarte lo que sigue.

(Madrid, octubre de 2017).

13. De cómo se pide un vino

Me despierto con un inmenso gato gris en mi cama. El sol está empezando a salir por encima de la hilera de edificios delante de la casa en la que estoy, inunda toda la estancia, brilla en la madera del suelo y hace destacar todas las huellas pegajosas, las gotas de vino y vodka, los trazos de ceniza de cigarrillo hechos con la suela de un zapato. Las ventanas tienen una rendija abierta por la que se cuela una brisa fresca y los inmensos ventiladores del techo no han dejado de funcionar toda la noche, pero aun así la casa sigue oliendo a una mezcla de tabaco, vómito y *pizza*: las ocho pizzas familiares que hay abandonadas sobre una gran mesa de mármol frente a los ventanales. Varias de ellas estaban intactas porque llegaron ya tarde, cuando casi todo el mundo se había ido de la fiesta que mi anfitrión iraní organizó para celebrar mi llegada. Quisiera dormir más, me duelen el cuerpo y la cabeza, pero sé que ya no voy a volver a concebir el sueño, tengo *jet lag*.

Me levanto de la cama para beber agua, recorro la casa en calzoncillos en busca de vasos limpios, bebo a morro del grifo, profusamente, con el agua chorreándome por la barbilla, cayéndome por el pecho. Después me dirijo a la mesa, donde se amontonan las inmensas cajas de *pizza* fría,

y las abro todas hasta encontrar una de salchicha y champiñón que no me resulta del todo repugnante. La engullo de pie, y después me envuelvo en una manta de piel y me tiro en un sofá de cuero en la parte más luminosa de este *loft* en Hell's Kitchen, el mismo sofá del que tuvimos que levantar hace algunas horas a una mujer albanesa de treinta y muchos años que se desplomó después de vomitar en el suelo, totalmente borracha. Fue de las últimas personas en irse, le dimos un vaso de agua, le limpiamos las comisuras de los labios, la espabilamos. No quiero volver a casa, dijo, me quedo en este sofá. Se volvió a echar y se quedó dormida.

La novia de mi anfitrión iraní montó en cólera y empezó a tirar nachos y patatas fritas sobre la melena desordenada de la albanesa, que no se enteraba de nada. Mi amigo tuvo que contenerla para que no terminara de enterrar a la albanesa con aperitivos de bolsa. Ella le gritaba, en tono de exigencia, que expulsara a esa mujer de su apartamento inmediatamente: viene aquí con un plan, yo sé a lo que ha venido, tiene un plan, le hubiera comido la polla a cualquiera en el cuarto de baño, si es que no lo ha hecho, tú has visto cómo os miraba a todos, pero es lo que os gusta, ¿verdad?, gritaba apretando los puños y sacudiendo la cabeza con rabia. La poca gente que quedaba en la fiesta empezó a irse en ese momento de tensión. Solo quedaron la albanesa desmayada en el sofá, la novia enfurecida, el amigo iraní, que zarandeaba con delicadeza a la albanesa para tratar de averiguar dónde vivía a fin de enviarla en un taxi a casa, ajeno a todo el barullo había un tipo con la cara totalmente desencajada, la mirada perdida y una inmensa sonrisa que bailaba tropezándose con los muebles y era incapaz de construir una sola frase coherente, y en un rincón, observando la escena con espanto, estaba mi amigo Micky, un dominicano blanco de ojos azules, a quien

siempre presento como el dominicano más blanco del mundo (a lo que él siempre contesta molesto que eso es un comentario racista) y que siempre acaba las noches más sobrio que los demás y pidiendo una *pizza* para satisfacer su apetito insaciable. En esa ocasión había pedido ocho pizzas inmensas cuando la fiesta aún estaba animada, pizzas que para su desesperación no llegaban, pero él estaba dispuesto a soportar las escenas de sordidez que se suelen dar al final de una noche de excesos con tal de irse comido a la cama.

Al cabo de un rato mi amigo iraní consiguió arrastrar a la albanesa hasta un coche, y poco después llegaron las ocho pizzas inmensas. El tipo de la mirada perdida abrió una de las cajas y empezó a comer *pizza* hundiendo ambas manos en ella, arrancando el queso del centro con los dedos y llevándoselo a la boca con los ademanes de un zombi que devorara un cerebro humano. Micky y yo lo observábamos con una mezcla de terror y fascinación. La novia de mi amigo iraní seguía insultando a la albanesa que ya no estaba, ¿a qué ha venido?, preguntaba sin querer aceptar ninguna de las respuestas que le daba mi amigo, y luego seguía gritando: vino con un plan, tenía un plan. El tipo de la mirada perdida, con la cara y las manos llenas de tomate y con pegotes de queso en la barba, nos señaló a Micky y a mí y con mucha dificultad le ofreció a mi anfitrión echarnos de la casa para que pudiera estar a solas con su novia: yo me encargo de que se vayan de aquí. Mi amigo iraní le dijo que estaba todo bien, y que nos podíamos quedar. Después el tipo se fue tambaleándose, proclamó que se iba a seguirla a otra parte. Cuando salió de la casa, Micky dijo que él también se iría, pero quería esperar un rato para no encontrarse con aquel loco en los alrededores, y aseguraba que el tipo se había pasado toda la noche insinuándose sexualmente: después de ver lo que le ha hecho a esa

pizza, no me atrevo a salir ahora. Todo esto pasaba inadvertido para la novia, que no salía del bucle: esa mujer vino con un plan, tenía un plan, y seguía repitiéndolo mientras caminaba furiosa al cuarto de mi amigo iraní y cerraba la puerta tras de sí. Y sí, había un plan, pero no era de la albanesa, era de mi amigo iraní, que tenía una aventura esporádica con la albanesa desde hacía años y tenía el plan de mantener un encuentro sexual en su cuarto de baño durante la fiesta, y para eso la había llamado. Lo que no estaba planeado era que su novia supiera que había una fiesta en su casa, había tratado de vendérselo como algo aburrido y por compromiso, un encuentro al que vendrían principalmente familiares míos en Estados Unidos. Contaba con que su novia no tuviera tiempo para organizarse, comprometer a una *babysitter* para cuidar a su hija pequeña y hacer todo el viaje desde el lejano pueblo donde vivía, en Long Island, hasta Manhattan. Jamás imaginó que fuera a venir.

Micky sació pronto su apetito de *pizza*, mi amigo iraní se fue agotado y de mal humor a dormir con su novia y yo me quedé solo, sorbiendo un último vaso de vino y acariciando al gato, sentado en un sillón frente al sofá de cuero en el que había estado tirada la mujer albanesa y en el que yo había dormido tantas otras noches, algunas de ellas en un estado no muy diferente al de aquella mujer, como por ejemplo hace casi exactamente cinco años, cuando, dos semanas después de la muerte de mi hermano, decidí no cancelar un viaje de trabajo por Estados Unidos que me llevó a ese mismo sofá, sobre el que acabé también durmiendo borracho y con dos cajas de *pizza* a mis pies, sin que la mitad de la gente que me rodeaba en esa otra fiesta que mi amigo iraní improvisó para alegrarme la vida supiese qué dolor me afligía, quién era, de dónde venía y qué era lo que trataba de olvidar.

De repente me puse a pensar en mis tres hijas, imaginé que eran ellas las que estaban en ese sofá, borrachas, con una loca celosa tirando nachos y patatas sobre sus melenas desordenadas, y exigiendo sin la más mínima compasión que las expulsaran a la calle en ese estado, y que se buscaran la vida para llegar a casa. Me estremeció esa posibilidad, pensar que algún día mis hijas pudieran estar indefensas, lejos de mí, de nuestro hogar, en el sofá de una casa extranjera, rodeadas de personas que ignoran quiénes son, de dónde vienen, de qué huyen o qué buscan, bajo la mirada de hombres que esperan un polvo rápido en el cuarto de baño, de mujeres que las ven como una amenaza en su territorio, a merced de la bondad de un extraño para poder llegar a una cama. Con este pensamiento me fui angustiado a dormir, agarré al gato, que por lo general es un animal que me repugna, y lo estreché contra mí, lo acaricié hasta escucharlo ronronear. Me preguntaba qué hacía yo allí, entre toda esa gente tan perdida, tan lejos de todo lo que yo entiendo por un hogar, y deseaba estar durmiendo junto a mi mujer, despertarme abrazado a ella, quedarme largo tiempo retozando en ese abrazo hasta que nuestras hijas entraran a sacarnos de la cama para jugar a algo.

Ahora que estoy tirado en el sofá de cuero, lo miro y reaparece en mi imaginación aquella fantasía aterradora de alguna de mis hijas tiradas en él, suplantando a la albanesa en aquella escena de la noche anterior. He hecho una videollamada a mi mujer, he hablado con las niñas, que me han pedido que les enseñe de nuevo el *loft* de mi amigo iraní, lugar que les fascina y donde se han alojado ya un par de veces, y después de colgar me he quedado un largo rato pensando en las tres, en cómo recorrerá el mundo cada una de ellas, hasta dónde las llevarán sus viajes, cómo aprenderán a manejar la bebida, las drogas, el sexo, la

bondad y la mezquindad en un extraño, los lugares seguros y los lugares peligrosos. Conmigo ya han visto algo de mundo, han vivido en Texas, han visitado Colombia, Marruecos, México, Nueva York, han conocido a mucha gente de habla hispana y de habla inglesa, han escuchado sus formas de hablar en nuestra casa y en las suyas, tienen una noción de los dialectos y los acentos, tienen ya a su corta edad una idea del mundo como un lugar abierto, identifican varias nacionalidades y sueñan ya con muchas ciudades, con nuevos paisajes. Pero no será conmigo ni con mi mujer con quienes realmente descubran lo que es viajar. Las llevaremos a cuantos lugares podamos permitirnos, seguramente les descubriremos unas cuantas capitales europeas, con sus museos y sus restaurantes, y si el dinero nos alcanza iremos a visitar algún país exótico y razonablemente seguro, pero dará igual lo lejos que las llevemos: sus grandes viajes serán aquellos que las alejen de nosotros y las pongan a prueba, serán viajes que las enfrenten a sus miedos, sus límites y sus capacidades, viajes que les hagan decir adelante con descuido y temeridad, viajes que quizá les hagan volver asustadas o quemadas.

Cuando cumplí dieciocho años, en marzo de 1994, ya tenía una cierta experiencia del mundo, la previsible en un hijo de una familia privilegiada. Había visto pirámides, templos, museos, selvas, montañas y las playas de más de un mar. Y sin embargo puedo decir ahora que aún no había entendido lo que era un viaje, como hoy lo entiendo. Viajar hasta entonces solo consistía en ver de cerca las cosas que uno sabe que existen en otros lugares y solo conoce por los libros. Era una actividad dirigida por un adulto, que escogía el destino, los compañeros, el camino de ida y el momento de la vuelta. No importaba si era al pueblo de la abuela o al cráter de un volcán en Guatemala. Había asombro ante lo

extraño, había descubrimiento, había aprendizaje, pero el esquema era siempre el mismo: cumplir el plan predeterminado de llegar a un sitio, verlo, hacer lo que se suponía que había que hacer en aquel lugar, ya fuera descender una montaña esquiando, dar de comer a un animal exótico o arrojar una moneda a un pozo, y una vez cumplido el objetivo, marcharse después. Uno volvía del viaje siendo la misma persona que había salido de casa.

Mi primer viaje de verdad fue a París. Antes de emprenderlo tenía ya desde hacía años fotos mías en Notre-Dame, junto a la torre Eiffel y ante *La Gioconda*. Había comido también un *croque-monsieur*. Había visitado la ciudad un par de veces con unos curas catalanes que organizaban un campamento en Normandía al que iba de adolescente para aprender francés, era la excursión estrella del verano, íbamos muy de mañana, nos llevaban a todos los lugares que un turista con diez horas por delante debía ver, y finalmente nos daban una hora para gastarnos en las tiendas de recuerdos el poco dinero que nos daban nuestros padres, antes de volver al campamento de noche.

Esta vez el viaje era distinto, lo habíamos organizado un pequeño grupo de amigos para celebrar el fin de nuestro último curso en el colegio, solo quedaba ya el examen de selectividad, pero la sensación era de absoluta liberación, atrás quedaban quince años de escolarización en ese universo endogámico y reducido que es un colegio, veíamos ante nosotros la inmensa puerta del mundo, que si bien estaba aún cerrada, pronto se abriría y nos dejaría pasar sin problema alguno para que eligiéramos el camino que quisiéramos. Era mayo, hacía buen tiempo, teníamos poco equipaje y varias piedras de hachís repartidas por las mochilas y los bolsillos, éramos tres hombres y cuatro mujeres, entre ellos mis dos mejores amigos del colegio y la mujer a la que llevaba un par de años escribiendo notitas

ocurrentes en clase con la constancia de un opositor, y que desde hacía un mes había dejado de apartarse de mí cuando la intentaba besar. Era una chica alta, discutimos a menudo si lo era más que yo, ella decía que un centímetro más, yo decía que un centímetro menos, ambos estábamos en la frontera del metro ochenta, mi pelo rizado me daba un poco de margen hacia arriba, su melena rubia y lisa no se despegaba demasiado de su cráneo. En la punta de su nariz tenía un punto azul diminuto con que la había marcado para siempre uno de sus muchos hermanos mayores al clavarle un rotulador en una pelea. Sus ojos marrones eran algo achinados, su cara redonda, sin ningún rasgo que destacara: los labios no eran ni finos ni carnosos, la nariz ni grande ni pequeña, las cejas y las pestañas no dibujaban los contornos de ningún abismo al que diera vértigo asomarse, el conjunto reposado de todo lo que había en su cara era sencillamente agradable, irradiaba un gesto amable y alegre que en los peores momentos jamás llegaba a turbarse con tormentas peligrosas. Unos meses después ella se aburrió de mí y yo terminé por despreciar la calma de su rostro, busqué caras en las que hubiera tormentas, miradas en las que viera un fondo de misterio, de deseo, de dolor o de perversión. Por fortuna, tuve a tiempo las suficientes malas experiencias como para aprender que la bondad es la expresión de la que más nos conviene enamorarnos.

Fuimos a París en tren. Compramos un billete barato, nos apretamos todos en un compartimento sin camas. Nos resistíamos a dormir, esperábamos a que la noche se hiciera profunda y los interventores terminaran sus rondas para bajar la ventanilla y fumar un par de porros entre todos. Me arrimaba a aquella mujer a la que con gran inseguridad llamaba mi novia y de la que esperaba inquieto que se refiriera a mí de la misma manera. Era un título recién adquirido cuyos derechos, promesas y obligaciones eran

inciertos y debían ser esclarecidos día a día, había caricias con las que los límites parecían expandirse y silencios en los que retrocedían. Pasaba la mano entre sus hombros, tratando de acomodarla al hueco de su cuello para que no se me durmiera el brazo, hundía el costado de mi cuerpo en el suyo, buscaba el calor de su cuerpo, trataba de respirar a la vez. Después de fumar salimos al pasillo del vagón, donde no quedaba ya nadie, nos quedamos abrazados frente a una ventanilla negra en la que tras el reflejo vibrante de nuestras caras emergían de repente las luces de pueblos perdidos en la oscuridad, que regresaban a la nada tan rápido como salían de ella. El traqueteo del tren me parecía un ritmo imperfecto, horizontal, en el que aparecían acentos como aparecen toses y suspiros en la respiración de un hombre, un sonido que de repente estaba emparentado con el rumor interminable de las olas del mar y con el canto de los grillos en las noches de verano, un sonido que al cabo de un rato se transformaba en un silencio rugoso, en el único trazo que le basta a un maestro para definir los distantes confines de un paisaje en un lienzo tan vacío como aquella noche inmensa. Fijaba la atención sobre aquel traqueteo, tratando de desentrañar los patrones que lo componían, relacionando cada ruido distinto que acertaba a separar de los demás con un rasgo de aquel tren o del ferrocarril por el que viajaba: creía reconocer los chirridos de la suspensión, los golpes de las ruedas sobre los huecos que quedaban entre una vía y la siguiente. Los ruidos del tren terminaron por sustituir mis pensamientos, hasta que no quedó nada más que lo que el sonido dibujaba en mi imaginación y el calor del abrazo de esa mujer a la que veía reflejada, junto a mí, contra la noche. No tenía ya ninguna prisa por llegar, empezaba a entender que no hay mejor destino en un viaje que el sonido del propio movimiento y la visión de los paisajes en sucesión, había dejado de

excitarme a mí mismo con la anticipación de todo aquello que me había propuesto hacer en París con mi novia, que era mucho. Me bastaba con la excitación que me producía ese instante en que estaba atravesando la noche, atravesando un país, atravesando una frontera, de la mano de la mujer a la que amaba y que seguramente me amaba, podíamos ir a donde quisiéramos, besarnos en cualquier esquina, despertarnos o dormir a cualquier hora, beber, fumar, nadie nos esperaba en ninguna parte, nadie nos vigilaba.

Solo podríamos haber estado mejor, le comentaba, si además tuviéramos un compartimento privado en el tren para dormir juntos, o un cuarto en el hostal al que íbamos para nosotros dos solos, pero no teníamos dinero para eso. Había que compartir todos los espacios con el resto de compañeros de clase que venían con nosotros. Los adolescentes, en todo caso, están acostumbrados a no disponer de privacidad ni de un espacio íntimo para sus iniciaciones con el sexo, el alcohol, el tabaco o las drogas. Las madres vigilan y piden que la puerta esté abierta, los hermanos pequeños o mayores irrumpen a cada momento, las abuelas, los porteros o las trabajadoras domésticas espían. Había que buscar casas abandonadas a las que ir, rincones apartados del parque, trasteros, garajes. Era importante encontrar un rincón de intimidad donde poder explorar y explorarse sin miedo a ser amonestados o interrumpidos. Sobre esto había pensado largamente mientras preparábamos el viaje. Había que encontrar un lugar íntimo en París, lo suficientemente resguardado como para sentirnos solos y separados de todo el mundo, debía ser además un lugar legendario, a la altura de nuestro amor.

En aquella época estaba entregado a un consumo abusivo y totalmente acrítico de cine francés, habíamos visto hacía poco una película absurda que se llamaba *Les*

Amants du Pont-Neuf, que me había parecido otra incuestionable obra maestra del cine francés. En la película, cuyo tráiler he vuelto a ver con cierto sonrojo mientras escribo estas líneas, Juliette Binoche hace el papel de una pintora atormentada que se está quedando ciega y que comienza una relación con un vagabundo tragafuegos, cojo y alcohólico que se refugia en un Pont Neuf cerrado por obras de reforma. Ambos viven su amor desesperado por los recovecos del puente, por pasillos poco transitados del metro más cercano y demás rincones oscuros y apartados de las miradas de los transeúntes. En aquella película veía la posibilidad de vivir un romance intenso ajustado a mi presupuesto, en ella encontraba la inspiración para mis noches de amor en un París donde los vagabundos eran artistas y vivían grandes romances que les estaban vedados a los burgueses.

Mi novia, en cambio, sí tenía algo más de dinero para aquel viaje y quería que nos escapáramos alguna noche del resto del grupo para cenar los dos solos en un *bistrot* con aires parisinos. El destino de ese dinero era innegociable. Ella venía con la idea de aquel plan desde hacía meses, era una cena patrocinada por su cuñado, que consideraba que la experiencia de un viaje a París sería incompleta sin una cena romántica en su restaurante favorito, donde además debíamos pedir su plato preferido. Se me ocurrían muchas maneras mejores de gastarme ese dinero, incluso me parecía preferible directamente no gastarlo, pues desde que supe que aquella cena era parte del viaje, me había empezado a obsesionar, incluso a aterrorizar, con la responsabilidad de pedir el vino, porque me imaginaba que la elección iba a recaer exclusivamente en mí y era consciente de mi absoluta ignorancia en la materia: no sabía nada de vinos, y mucho menos de vinos franceses, y tampoco entendía los rituales que siguen a la elección de un

vino. Me enseñarán la etiqueta con la añada, pensaba, y no sabré reconocerla, esperarán a que huela el vino, a que lo pruebe, a que diga si está frío o caliente, o si está bueno o malo. Me atormentaba el ridículo que preveía en esa escena, mi desenmascaramiento, el fracaso absoluto de mi viaje de amor. Me sentía muy seguro como amante en un escenario de precariedad, me imaginaba perfectamente fumándonos un porro abrazados con los pies colgando sobre la cornisa del Pont Neuf, robando botellas en un supermercado, huyendo a toda prisa de un café para no pagar la cuenta, hablando con locos y vagabundos en los parques, pidiendo canciones a músicos callejeros para cantarlas con ellos, haciendo dibujos en los baños públicos y las paredes del metro, tenía la cabeza llena de grandiosas escenas de nuestro cinematográfico *amour fou* en París, pero todas esas pretensiones de ser un héroe del amor se desmoronaban ante el inevitable ridículo de pedir un vino a la luz de una vela en una típica cena romántica en la que terminaría por defraudar a mi novia.

En los meses anteriores al viaje estuve observando atentamente a los adultos a la hora de abrir un vino, tanto en la realidad como en las películas o en las series. El contraste era enorme. Por un lado, en las pantallas, el tipo que abre un vino lo huele, cierra los ojos, atrapa el olor en la nariz durante un rato, lo prueba, hace girar el vino en la copa, hace quizá algún comentario sobre la temperatura, adivina la uva, el año de la cosecha, a veces tiene unas palabras para describir aquello que le evoca el sabor, dice cosas como afrutado, o, más incomprensiblemente aún, seco (cómo puede decirse de un líquido que es seco, me preguntaba). James Bond era particularmente bueno en todo este asunto de las catas. Por otro lado, en la realidad —que era mucho menos interesante para alguien que aspiraba a ser un héroe del amor— las cosas claramente se

hacían de manera muy diferente y con menos pompa. Observando a mi padre, que como buen bilbaíno no perdona el vino en las comidas y no deja que otra persona en la mesa pueda sugerir qué vino beber, obtuve la clave de lo que debía hacer para salir vivo de aquella prueba de fuego que me quitaba el sueño. Cuando el camarero le servía el vino para que lo probara, mi padre bebía un poco sin muchas ceremonias, apretaba los labios con un gesto de concentración, y después se giraba hacia el camarero con una gravedad extrema y, sin decir una sola palabra, hacía un leve gesto de asentimiento con la cabeza, inmediatamente después dejaba de mirar al camarero, como si no existiera, y volvía a la conversación. A los camareros les bastaba ese gesto para entender que el vino se podía beber, y procedían a servir al resto de comensales. Era una estrategia perfecta, no había que decir nada, no le daba ninguna oportunidad al camarero para detectar mi ignorancia, a ese camarero que, sin conocerlo, ya lo percibía como un enemigo declarado, aquel que iba a exponer mi impostura, momento tras el cual todo progreso en el amor se detendría.

El día de nuestra cena, nos separamos del resto del grupo desde muy pronto, nos dimos tiempo para equivocarnos de camino las veces que hiciera falta en nuestro paseo hacia el restaurante, que estaba al lado de la plaza de la Ópera. No nos costó encontrar el sitio, atravesamos el Pont Neuf, caminamos por la rue de Rivoli y de ahí a la avenida de la Ópera. París nos deslumbraba con la anchura de sus avenidas, el orden de su arquitectura, la perfección de su arboleda, la ciudad entera era un escenario que obligaba a pasear erguidos y con gracia, casi a desfilar, a besarnos con elegancia, sin babas, a escoger bien la camisa y los accesorios, éramos conscientes de que en cualquier cruce y ante cualquier escaparate, cualquier

fotógrafo con un poco de ojo podría convertirnos en iconos populares del amor, como aquellas parejas de las fotos de Robert Doisneau que son capaces de besarse a la vez que pasean, sin perder el paso. Viajar era eso, tener un escenario para poder representarse a uno mismo de otra manera, para poder imaginarnos en aquella foto, para ser otras personas, alejados por unos días de los ojos de todas las otras personas con las que negociamos cada día lo que podemos ser, lo que queremos ser y lo que nos dejarán ser.

Llegamos a Le Grand Café Capucines, que era un abigarrado local de dos plantas, no había un solo palmo de techo, suelo o pared que no estuviera recubierto de algo barnizado, reflectante, iluminado, alfombrado o aterciopelado. Un camarero joven y rubio nos acompañó a nuestro sitio, nos dejó dos cartas, y a mí me dio la carta del vino, que yo miraba con horror. Había llegado el momento tan temido de escoger el vino y, peor aún, de catarlo después. Me fijé únicamente en la columna de los precios, temía que si pedía el más barato el camarero se daría cuenta inmediatamente de mi impostura. Escogí un vino de un precio que me resultaba ridículo, mi gran duda era si apuntar directamente con el dedo sobre la carta o si tratar de pronunciar de manera inteligible el nombre del vino, que parecía la opción más correcta, pero que tenía más riesgos. Opté por hacer las dos cosas a la vez. El camarero asintió, habiendo reconocido el vino, y se fue a por él sin decir nada más, sentí un cierto alivio al haber superado la primera parte de aquella prueba. Al poco volvió con una botella y una cubitera. Mi novia me miraba expectante, ella también sentía que estábamos en un momento importante del ritual que uno le supone a una cena romántica en París: la cata del vino. El camarero abrió la botella y me mostró el corcho, no me lo esperaba. Me quedé helado, no sabía si tenía que olerlo, tocarlo o inspeccionarlo de alguna manera, me había

olvidado de la parte en que a uno le muestran el corcho. Sentía que todo el mundo en aquel restaurante me miraba y que el camarero estaba dispuesto a desenmascararme ahí mismo. Antes de que pudiera reaccionar y hacer algo con respecto al corcho, el camarero sirvió un poco de vino para que lo probara. Me olvidé del corcho para representar en ese momento el papel que tanto había ensayado, alcé la copa, probé un pequeño sorbo, puse cara de concentración y levanté la cara hacia el camarero, evitando su mirada a toda costa, asentí con gravedad y volví a clavar mi mirada en mi novia, huyendo del camarero, pretendiendo que lo ignoraba, implorando que hubiera entendido aquel gesto que a mi padre le valía en España, sin osar volver la cara hacia él una vez más. De repente, sin mediar más palabra, vi cómo servía primero a mi novia, y luego a mí. Había funcionado. Ahora sí, ya podía relajarme, y me decía entonces a mí mismo que estaba sentado con mi novia, cenando en París, y escuchaba ese pensamiento como si fuera otro el que me hablaba para anunciarme algo tan excepcional y tan inverosímil, y miraba nuestro reflejo en los espejos, y me recordaba que después de la cena saldríamos del restaurante juntos, y que juntos y solos nos perderíamos por cualquiera de las avenidas que nos ofrecía aquella ciudad, y que los besos y las caricias serían de otro cariz, y que después de ese viaje ya no volveríamos nunca al cauce estrecho e invariable por el que discurre la vida colegial, sino que habríamos llegado al fin al estuario desde el cual ya se empieza a ver el mar.

Al acabar la cena fuimos caminando de manera errante hasta encontrar el Sena, y una vez en su orilla buscamos el Pont Neuf, el lugar donde me había propuesto terminar aquella noche en la que ya no teníamos dinero para entrar en ninguna otra parte. Caminamos hasta uno de los balcones centrales del puente, y allí le propuse saltar el

murete para sentarnos en la cornisa, con las piernas colgando en el aire, sobre el río. No recuerdo ya si al principio ella se resistió o si le pareció una buena idea pasear por aquella cornisa, el caso es que acabamos sentados en el punto desde donde sale uno de los balcones del puente, apoyándonos el uno en el otro, viendo las barcazas pasar bajo nuestros pies. Yo por aquel entonces presumía de tener la habilidad de liar un porro hasta en medio de un huracán, y así me hice uno que fumamos tranquilamente sentados en aquella cornisa, asustados y a la vez excitados por la posibilidad de que vinieran unos gendarmes a multarnos o de que un movimiento en falso de cualquiera de los dos nos precipitara al río.

Habíamos dejado atrás el restaurante abigarrado y ahora estábamos contra las frías piedras del puente. En apenas unos minutos habíamos pasado del escenario del vino, bajo las lámparas, a un escenario de vagabundeo donde fumábamos hachís a la luz de las farolas. Había algo verdaderamente placentero en descender del lujo a lo más cutre en un mismo día. Una parte importante de la experiencia de viajar se obtiene cuando uno quema gran parte del presupuesto de un viaje en asomarse por unas horas al lujo de una ciudad extranjera y ve cómo visten los pudientes cuando quieren ser vistos, qué cosas comen y beben para celebrar algo, y al día siguiente, después de esa pequeña incursión en que se nos fue todo el dinero, solo queda ya para comer y dormir en agujeros, donde también se termina por vivir otro tipo de innecesarias aventuras. En esos dos extremos están las cosas y las personas que nos sorprenden en el acto, todo lo que uno no podrá olvidar, el camarero pulcro e impertinente con su interminable lista de vinos y el conserje desdentado con los ojos rojos que mata una cucaracha delante de nosotros sin inmutarse. En el punto medio, extraer aquello de lo que se puede aprender

requiere meses, incluso años de estudio y observación, y en el viaje apenas hay tiempo para hallar lo sorprendente en pulcros hoteles de dos y tres estrellas, en menús donde se elige entre pasta boloñesa o pollo con patatas, en retretes decentes, en definitiva, todo aquello a lo que ya estamos acostumbrados, con los letreros en otro idioma. En esos años, si para acceder a ese instante de lujo había que dormir sentado en el coche, pasar una noche al raso, un día sin comer o hasta pedir dinero en la calle a otros turistas, lo hacía feliz: sabía que no era más que un sufrimiento pasajero que pronto se transformaría en una anécdota de la que me reiría o con la que me emocionaría toda la vida.

Viajar era sobre todo eso, la oportunidad para construir una anécdota singular, un cuento protagonizado por nosotros mismos, capaz de erguirse entre la bruma de horas muertas y de resistir a la carcoma que devora las memorias más frágiles. Cada año se pasa antes de que nos acostumbremos a escribir su último dígito en la fecha de cualquier documento, y lo único que podemos rescatar son los viajes en que hemos logrado que algo nos ocurriera, que nos perdiéramos durante horas, que nos despertáramos en el sofá de un desconocido, que acabáramos bañándonos desnudos sin pudor alguno, que estrelláramos un coche, que temiéramos por nuestras vidas, que acabáramos en la fiesta privada de algún degenerado de nombre impronunciable, que nos cagáramos encima por una diarrea incontrolable después de comer algo que un niño nos había vendido en la calle por un par de monedas de un valor tan bajo que ni siquiera podíamos hacer el cambio a nuestra moneda.

Mientras fumábamos acurrucados en la cornisa del Pont Neuf tras aquella cena, era plenamente consciente de que acabábamos de construir un recuerdo persistente, que aguantaría en el paisaje de la memoria de aquella persona a

la que amaba como aguantan los templos romanos, de que gracias a esa cena y a ese rato abrazados en la cornisa del puente yo existiría para siempre dentro de ella, habitando ese templo, incluso cuando ya dejara de amarme, de la misma manera que ella seguiría en mí, habitando el templo de este recuerdo que, aunque en ruinas, se impone entre todo lo mucho que he olvidado. Los amores adolescentes tienen tal conciencia de su propia fragilidad que nos piden con urgencia que construyamos una memoria compartida que atestigüe y proclame que ese amor existió antes de que se desvanezca, se empieza por la simpleza de grabar un corazón con unas iniciales en la corteza de un árbol o en una carpeta, y más adelante uno entiende que no hay memorias compartidas más poderosas que las que deja un primer viaje juntos, no importa adónde. Viajar enamorado, como viajaba yo en ese viaje, era sobre todo viajar en un tiempo propio, compartido exclusivamente con la persona a la que se ama, del que el resto del mundo estaba excluido. Era el tiempo de los deseos, de concederse el uno al otro lo que el cuerpo nos pedía en cada momento, de besar cuando uno sentía la necesidad de hacerlo, de bailar o de cantar, de abrazarse, de comer o emborracharse o simplemente mirarse a los ojos. Viajar hacia el interior de la otra persona, hacia su intimidad, hacia sus secretos, hacia sus miedos, sus goces y sus límites.

En la inmensa fosa común de los días irrelevantes, enterrados en masa en un lugar desconocido, sin ninguna lápida y ninguna inscripción, donde están revueltos los cadáveres de los miércoles y los domingos, los marzos y los octubres, de repente destaca el mausoleo de un día que acertamos a nombrar, y al que nos pasamos la vida volviendo para poner flores, la mayoría de esos mausoleos están levantados sobre los restos de un día de viaje o de excursión, en que amamos y en que fuimos amados.

Medimos con precisión la longitud de nuestras vidas en un eje horizontal que va desde el día en que nacemos hasta aquel en que morimos, y sin embargo no tenemos ninguna magnitud, ninguna forma de medir ese otro eje vertical, el de la intensidad o la profundidad de lo vivido, el que confiere un relieve, una orografía al corte horizontal de la vida, donde están marcados los días que despuntan —los que tienen su mausoleo— o los que fueron precipicios y naufragios.

(Nueva York, octubre de 2017).

14. Austin, Texas

El 24 de octubre de 2012 hice una foto con el móvil en la que se ve un amanecer sobre unas azoteas y tejados del centro de Madrid. Precisamente a la hora esquiva en que el cielo despliega por unos minutos la gama entera de todos sus colores posibles, en un degradado que va desde el azul oscuro de la noche que termina hasta un amarillo incandescente por donde empieza a asomar el sol de un nuevo día, que asciende hacia unas nubes que reflejan su luz dorada en la base y cuyas cúpulas están aún envueltas en las sombras de la noche. Mi hija Alicia, que por aquel entonces tenía cuatro años, contempla por la ventana abierta toda esa transfiguración del cielo y sonríe maravillada ante ello. Ella misma me pidió que por favor le tomara una foto a aquel cielo que para ella era rosa y bonito, y que para mí no representaba otra cosa que el terror de comprobar un día más que me despertaba y seguía estando en un mundo donde mi hermano ya no estaba, y donde toda la gente a mi alrededor estaba rota por ello.

Habían pasado solo doce días desde la muerte de mi hermano, y yo emprendía a mi pesar un viaje a Estados Unidos que llevaba un par de meses planificando y que en

aquellas circunstancias estuve a punto de suspender. Era un viaje desesperado con el que trataba de encontrar socios o clientes que me ayudaran a salvar del cierre mi pequeña empresa de aplicaciones móviles. Un viaje lleno de reuniones inciertas con desconocidos, algunos de ellos amigos de amigos, otros personas a quienes había contactado «a puerta fría», escribiendo mensajes en Linkedin o mirando en internet los directorios de empresas del sector. Las dos primeras etapas del viaje eran en ciudades que jamás había visitado y que no me atraían nada, Austin, capital de Texas, y Miami, capital cultural de tantas cosas que me producen espanto.

Miraba ese cielo incendiado que en poco más de dos horas surcaría solo, en dirección a un motel de carretera en Austin, en la orilla de una caudalosa autopista de seis carriles, y solo sentía una angustia creciente. Mi hija miraba el mismo cielo y solo veía una preciosa nube de algodón con una panza rosa y una frente morada. Papá, pero que se vea el cielo en la foto, no solo mi cara, me pedía.

Esa mañana, al llegar al aeropuerto, y más tarde al avión, no pude dejar de mirar una y otra vez aquella foto, asombrado por la posibilidad de esa sonrisa en la cara de mi hija, que contempla con una alegría totalmente ajena a mi desolación aquel cielo que le obsequia al despertar toda la gama de rosas y morados, sus colores favoritos. Deseaba poder habitar esa sonrisa, extraer un poco de consuelo de ella, pero cuanto más la miraba más horror me producía la belleza de ese cielo y la alegría de su rostro. Qué lejos estaba de aquel momento en la vida en que aún podemos mirar así un cielo al despertar, liberados de la carga de todo lo que nos ha aplastado el día anterior, habiendo olvidado ya todos los pensamientos circulares que han girado en nuestra mente toda la noche hasta que por fin nos sorprendió un sueño ligero que atrajimos con vino y con las

pastillas que nos dieron para dejar de pensar, de sentir. Miraba la cara de mi hija, que se me hacía tan inalcanzable, como nos hacen creer que es el cielo para los que están en el infierno.

Cinco años después, Facebook me escupe esa foto en una festiva notificación que dice: «Un día como hoy hace cinco años...». En todo este tiempo no la había vuelto a mirar, prácticamente la había olvidado. Volví a sentir algo de esa angustia que me provocaba la luz de ese cielo sobre la sonrisa de mi hija, y me hizo reconocer, ahora, que aquel fue probablemente el abismo más profundo al que me precipitó la muerte de Roque. Fue hace cinco años cuando toqué fondo, en ese avión, al volver a mirar la foto por enésima vez y darme cuenta de que la sonrisa de mi hija solo me causaba dolor, que no había manera posible de encontrar nada reconfortante en esa expresión tan bella con la que contempla un nuevo amanecer. Me tomé un Orfidal y dos vasos de vino para escaparme de esa angustia, y al cabo de un rato me quedé dormido. Desperté cuando llegábamos a Dallas, escala previa a Austin. Estaba en un estado de absoluta confusión, me preguntaba qué hacía entre esa gente extraña que hace vuelos interiores dentro del estado de Texas, que llevan botas de cuero, tienen panículos de grasa en la nuca o siete músculos más que el resto de los humanos alrededor del bíceps, llevan tatuajes en el cuello, gorras y anillos de instituciones de las que uno jamás ha oído hablar, beben refrescos de extraños colores, leen revistas sobre armas, libros de autoayuda, ensayos sobre paternidad moderna. Me sentía muy lejos de casa y sin embargo, después de haber mirado esa foto de mi hija tantas veces, era consciente de que no había consuelo para mí en toda la tierra, y que a lo sumo solo podía aspirar a que lo desconocido me distrajera.

Austin era la parada más extraña de aquel periplo, no tenía ninguna expectativa respecto a aquella ciudad y, al contrario que en Miami o Nueva York, donde me quedaba en casas de buenos amigos, allí no conocía absolutamente a nadie. Llegué allí a las ocho de la tarde, un taxista etíope me llevó en su inmenso taxi destartalado por autopistas tan anchas como un río amazónico que surcaban oscuros suburbios de casas bajas donde solo destacaban letreros de supermercados, de almacenes de productos electrónicos, de coches de segunda mano, de cadenas de *fast food* conocidas y desconocidas, hasta desembocar en la madre de todas las autopistas, la Interstate 35, que cruza de México a Canadá y que tiene tramos donde se superponen dos calzadas, una sobrevolando la otra, cada una con seis carriles, puentes que vierten tráfico en ella o que lo desaguan hacia otras autopistas. En el nudo de todas esas vías estaba el Rodeway Inn, el motel de carretera donde me quedaba. Lo había escogido hacía un par de meses no solo por ser el más barato de todos los moteles que había cerca de la Universidad de Texas, sino por el morbo de quedarme en uno de aquellos moteles que todos hemos visto en tantas películas y series, allí donde se esconden los fugitivos, se encuentran los amantes, donde se suicidan los alcohólicos irredentos, se cierran tratos de metanfetamina o donde van a parar las adolescentes que huyen de los pueblos perdidos del Midwest. Había hecho varias bromas al respecto a mis amigos, lo había mirado en Google Earth para cerciorarme de que era el auténtico motel de carretera en todo el esplendor de su sordidez, dispuesto a disfrutar de la experiencia de pasar tres noches en un tugurio así, con el ánimo lúdico de un explorador en busca de alguna anécdota, consciente de que todo pasaría rápido y pronto estaría en un lujoso apartamento en Miami, en casa de una buena amiga, con la que me bebería un vino blanco en la

terraza contándole entre risas lo que había visto en mi motel de Texas. Sin embargo, ahora llegaba allí en un estado de derrota y fragilidad, con muy pocas ganas de reírme de nada, atemorizado por el efecto que aquel lugar tendría sobre mi ánimo y consciente de que en las circunstancias en las que me encontraba había dejado de ser un espectador morboso para convertirme en uno de los huéspedes que le suponía a un motel de carretera donde todo el mundo está inmerso en una tragedia.

El Rodeway Inn era exactamente como me figuraba que sería. Además, colmaron mis caducadas ansias de sordidez con una de las peores habitaciones, en la planta baja, detrás de un contenedor que tapaba parte de la vista panorámica del *parking* y la autopista con una montaña de bolsas de basura. Nada más llegar a la puerta de la habitación vi un par de cucarachas rojas alargadas de una especie que hasta entonces desconocía. Abrí la puerta y pisé una moqueta densa de un marrón grisáceo, uno de esos colores que pueden disimular bien pelos, caspa, restos de sangre, de semen o de excrementos. Bajo el fuerte olor del ambientador y el detergente con los que habían limpiado el cuarto se sentía también el olor de tantas otras personas que habían pasado tiempo en esa habitación. Aparté la colcha con asco, me quité los zapatos y me tiré en la cama, agotado del viaje, de toda esa semana de entierros, funerales, brindis y excesos en memoria del difunto. Cerré los ojos, se escuchaba el zumbido de los cientos de camiones pasando por la I-35, el zumbido del frigorífico, el zumbido del aire acondicionado. Me volví a poner de pie al cabo de unos minutos, abrí la mochila en la que tenía una caja de Lexatin y otra de Orfidal que me habían dado para el duelo, y que yo procuraba no tomar con el firme propósito de aprender a llevar la carga de la pena sin engañarme, estuve un rato valorando si debía

anestesiarme ahí mismo y desconectar de todo o si debía salir del motel, a pesar del agotamiento, y buscar un sitio donde cenar, tomarme una cerveza y volver ya totalmente exhausto y listo para desmayarme en aquella cama.

Tardé diez minutos desde que entré en la habitación del Rodeway Inn en salir de ella, en busca de un sitio donde comer algo. En la recepción me dieron unas indicaciones y empecé a caminar. Austin es una de esas ciudades donde hay inmensos espacios urbanos dedicados a la universidad y a edificios gubernamentales que a partir de las seis de la tarde están totalmente desiertos, y donde uno puede caminar largo rato sin encontrarse con nadie más que algún policía o vigilante que lo miran a uno preguntándose si es un delincuente. Yo me perdí por uno de esos espacios deshabitados, llenos de edificios inmensos cuyas siete primeras plantas son aparcamientos. Mientras paseaba por aquel vacío me compadecía a mí mismo, me repetía que nadie en miles de kilómetros a la redonda sabía mi nombre, nadie me conocía, nadie sabía la pena enorme que me afligía, nadie conocía el sitio de donde venía, nadie me veía, nadie me esperaba, nadie me daría un abrazo ese día, nadie me besaría, nadie se alegraría de verme. Quería hacerme llorar a mí mismo, y sin embargo pronto empecé a sentir un enorme alivio, me empecé a reír de mí mismo, del absurdo infinito de aquella situación en la que me hallaba. Descubrí que nada en aquel paraje deshabitado y desconocido me provocaba dolor de la manera en que me dolía la cara tan bella de mi hija mirando el amanecer, o el azahar en el jardín de la casa de mis padres, o la cierva pastando bajo las encinas, o la escalera de mi edificio que iba desde la casa de mi hermano hasta la mía. Nada tenía allá la capacidad de hacer de mí una reedición de Tántalo, nada contenía el relato de un lugar feliz al que jamás podría volver. Allí era todo sórdido, más feo que mi pena, todo

parecía una gran broma, mi propio empeño por compadecerme en un mundo que me ignoraba tenía un punto patético de comedia. Hace poco encontré un pasaje de las *Confesiones* de San Agustín que describe una experiencia muy parecida a la que tuve. Es un capítulo del cuarto libro, donde el santo relata cómo acaba abandonando su patria por el dolor que le causa la muerte de un gran amigo:

> No hallaba descanso alguno ni en los bosques amenos, ni en los juegos y músicas, ni en los jardines olorosos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho y, finalmente, ni lo hallaba en los libros ni en los versos. Todo me causaba horror, hasta la misma luz, y todo cuanto no era mi amigo me era insufrible y odioso, menos el gemir y llorar, pues solamente en esto tenía algún corto descanso [...] ¿adónde podría huir mi corazón que se alejara de sí mismo?, ¿adónde huiría de mí?, ¿dónde dejaría de ir tras de mí? No obstante, me salí de mi patria y desde Tagaste me fui a Cartago, porque allí buscaban menos mis ojos a mi amigo, donde no tenía costumbre de verlo.

Al cabo de un rato paseando sin rumbo, comencé a escuchar un rumor de música en la distancia, un bajo y una batería. Caminé hacia el origen de aquel sonido y unas cuantas manzanas más adelante llegué a una calle llena de bares donde tocaban música en directo en cada uno de ellos, había varios *food trucks* aparcados en las aceras, servían todo tipo de comidas, tacos, anticuchos, kebabs, perritos calientes. Cientos de jóvenes hacían cola para entrar en los distintos locales, en unos se escuchaba heavy metal, en otros *country rock*, en otros músicas extrañas que no supe etiquetar. Me entró hambre, y me puse a la cola de un *food truck* de perritos calientes, me comí uno inmenso y reparador, con todos los extras y salsas que había. Un vagabundo negro se me acercó para pedirme un cigarrillo mientras terminaba el perrito en tres mordiscos ansiosos. Le dije que no tenía, pero que si quería podíamos comprar y le regalaría parte de la cajetilla. De repente sentí la necesidad

urgente de una conversación, de una interacción humana en fin, y sabiendo que un mendigo, por su estado de necesidad y por su soledad, no se apartaría de mí mientras pudiera colmar sus deseos por un rato. Terminé el último bocado y caminamos juntos hasta una de esas tiendas donde venden de todo y que no cierran nunca. Compré un paquete de mentolados, que era lo que el mendigo quería, y le dije que le invitaba a un trago en un bar. Él me contestó que no podía entrar en ningún bar porque no tenía ningún documento de identidad, y en Austin era obligatorio enseñar un documento para poder entrar en cualquier establecimiento donde sirvieran alcohol. Entonces le dije que compraríamos unas cervezas y las beberíamos en la calle, a lo que él asintió encantado. Me explicó lo que ya sabía, que estaba prohibido beber en público y que debíamos buscar un escondrijo para ello, así que lo acompañé a una callejuela oscura, junto a un descampado. Allí nos sentamos en el suelo, tras un arbusto, y abrimos un par de latas de cerveza. Le pregunté de dónde venía, era de Texarkana, cerca de la frontera con Louisiana. Yo le expliqué que era de España, un país de Europa. Luego le conté que a mi hermano lo había matado un negro en Angola, y que algunas personas de mi familia, desde entonces, les habían cogido miedo y asco a los negros, le dije que para mí era importante estar sentado con un negro tomándome una cerveza para ver qué sentía, y que en realidad no sentía nada más que la sensación de estar con otra persona totalmente sola y perdida en el mundo. El tipo me miró como quien mira a un loco, no entendía por qué le contaba aquello, no parecía identificarse de ninguna manera como parte del grupo humano al que pertenecía el asesino de mi hermano, Angola le parecía algo lejano y exótico, él ciertamente no tenía nada que ver con un negro de un país de África del que jamás había oído hablar, ni tampoco

identificaba al otro grupo humano al que pertenecía la víctima, España, no sabía si le hablaba de un hispano, o de un blanco o de un europeo o de todo ello junto. La conversación no duró mucho más porque un coche de policía camuflado empezó a bajar lentamente por la callejuela que daba al descampado. El vagabundo se percató de ello y tiró la lata de cerveza asustado, me advirtió y ambos salimos caminando deprisa para evitar un encuentro con la policía que nos hubiera llevado al calabozo. El tipo se esfumó y yo me quedé solo, de nuevo en aquella calle llena de bares donde tocaban música en directo. Caminé hacia el primer local que vi con un espacio al aire libre para fumar. Era un bar de música heavy lleno de gente vestida de negro, con muchos tatuajes, mujeres con labios y uñas pintadas de negro, dentro había un concierto de death metal donde un tipo daba alaridos con una voz grave y gutural. Entré con mi chaqueta de *tweed* y mis pantalones de pana, parecía un okapi en un establo de vacas, pedí un *gin-tonic* y me quedé en la terraza, fumando otro mentolado y sorbiendo una copa que en Madrid le hubiera devuelto al camarero. Al cabo de un rato estaba hablando con dos tipas llenas de *piercings* y con tatuajes de calaveras y estrellas satánicas de cinco puntas en el escote. No recuerdo ya de qué hablamos, daba igual, me maravillaba la extrañeza y la fealdad de aquella gente, estaba dispuesto a hablar con cualquiera de cualquier cosa y tenía conversaciones para todos, Austin parecía el lugar ideal para entablar conversación con desconocidos. Cuando noté que solo me quedaban fuerzas para coger un taxi y llegar al motel, me fui. A pesar del ruido, del olor y del asco que me producía aquella cama, esa fue la primera noche que dormí tranquilo y con una sensación de paz.

Benditos desconocidos de los bares de Austin, no hay nadie como ellos para abrirles el corazón. No tratan de

acertar qué cosa eres cuando les hablas, porque en Austin eso no se puede saber a simple vista, los ricos van en chanclas porque pueden y los pobres van con traje porque no pueden ir en chanclas, hay rockeros tatuados y con melena que juegan al golf y van a misa y tipos que se fuman una cajetilla en diez minutos y guardan en su casa un par de medallas olímpicas de oro. No se asustan de ninguna confesión, no te miran con perspectiva, no esperan que te conviertas en otra cosa distinta de lo que eres, ni que estés más delgado o más guapo de lo que te ven, no hay por qué mentirles piadosamente ni protegerlos de lo que uno desea, de lo que uno piensa de verdad sobre sus maridos, sobre sus novias. Sus orejas fueron los cubos de basura tóxica donde vertí absolutamente todo lo que necesitaba descargar. A veces incluso me contestaban algo útil, o me vertían un poco de su basura para hacer sitio a la mía.

Pasados unos meses, en julio de 2013, ya tenía un buen cliente en Austin, una oficina propia dentro de una agencia de publicidad especializada en hispanos, los papeles del visado resueltos y algunos teléfonos de personas a quienes podía llamar si me sentía solo y que empezaban a adquirir peso suficiente como para figurar en la secuencia de créditos si toda mi vida hubiera sido una película. Solo me quedaba convencer a mi mujer de que viniera con mis hijas para poder dar por cerrada la etapa en ese purgatorio de mentolados, ventiladores de techo, fines de semana en calzoncillos y confesiones salvajes a extraños que prestaran su oreja.

Mi mujer no lo tenía claro, Texas produce inmediatamente una nube de *tags* inquietantes: granjeros armados, biblias, un vasto desierto, pozos de petróleo, ignorancia, Leatherface, Bush. Vino primero una semana al comienzo del verano para hacer un viaje de prospección y

terminar de decidir si había alguna sensatez en mi aventura. Aterrado ante la idea de que todo mi esfuerzo por trasladarnos se fuera al traste en cuanto ella viera ese caos de autopistas y esa ciudad sin plazas, ni metro, ni museos reseñables, escasa de farolas, sin pescaderías ni un centro aparente, le dije a Sergio, el publicista que había contratado nuestros servicios, que necesitaba hacer ver a mi mujer que Austin era una ciudad habitable, que había vida inteligente en ella. Sergio, un mexicano de casi dos metros, con un pelo que parece una peluca afro de tienda de disfraces y que siempre va vestido de negro, me miró pensativo y me dijo en plan misterioso: dame un tema, un tema literario o filosófico que te interese, piénsatelo, pero dame un buen tema. Intrigado, le pregunté para qué. Es una sorpresa, me dijo, les voy a organizar algo, pero necesito que me des un tema que os interese y me digas qué día puedes venir con tu mujer, tiene que ser de nueve a cinco. Llamé a mi mujer, que no me supo dar una respuesta concreta a una pregunta tan extraña, y que no parecía estar de humor para misterios: el único tema que me interesa es el colegio de las niñas y dónde vamos a vivir. Pasé un rato pensando qué tema escoger de entre todos los temas literarios por los que alguna vez hubiera tenido alguna curiosidad, y tras un tiempo dándole vueltas me quedé en blanco, había muchísimos que me interesaban y ninguno que me interesara en especial. Finalmente opté por pensar en los temas que les interesaban a otros, a aquellos que se especializan en algo y dejan el foco años y años en el mismo sitio, gente que termina por hacer una tesis doctoral o una colección, o por tatuarse algo. Me vino a la cabeza el poeta Janaka Stucky, un compañero de universidad obsesionado con todo lo satánico que durante un tiempo fantaseó con hacer una tesis sobre la arquitectura del infierno, en los clásicos grecorromanos, en Dante, en la

pintura flamenca, en Milton. El tipo nunca llegó a hacer aquella tesis, pero jamás olvidé el tema en todos estos años, era uno de esos proyectos de libros que le cuentan a uno y que terminan por germinar y cobrar vida propia en la imaginación. Se lo mencioné a Sergio, y le pareció buena idea.

Al día siguiente de que mi mujer llegara para someter Austin a juicio, Sergio tenía preparada su sorpresa. Nos condujo a ambos a un bloque de hormigón inmenso y desangelado, sin ventanas, llamado Harry Ransom Center. Yo estaba expectante, mi mujer disimulaba su horror, tanto por el aspecto de nuestro acompañante como por el del lugar al que nos conducía. Junto a la puerta de acceso, nada más entrar, se exhiben un par de biblias de Gutenberg y la primera foto de la que se tiene noticia, de Nicéphore Niépce. Objetos que difícilmente uno puede imaginar en una ciudad en medio de ninguna parte. Subimos a una sala de lectura privada, y allí unos doctorandos nos habían preparado un recorrido literario infernal, tal y como yo le había sugerido a Sergio. Vimos uno de los manuscritos de la *Divina Comedia* más antiguos conservados, dibujos medievales de demonios en libros de horas, una primera edición del *Paradise Lost* de Milton, con sus ilustraciones, unos dibujos de William Blake de *El matrimonio del cielo y el infierno*, el ejemplar de la primera edición de *Las flores del mal* que perteneció a Baudelaire. Nos dejaron tocarlo todo, poner las manos en las mismas páginas que habría pasado Baudelaire para leer por fin, y por primera vez, sus poemas impresos. Ambos nos quedamos mudos, incapaces de decir otra cosa que «¿se puede tocar?». Empezamos a entender la dimensión de aquella colección de más de cuarenta millones de documentos de la que ni los propios habitantes de Austin habían oído hablar. A la pregunta de si había algo más que quisiéramos ver, yo pedí tentativamente dos libros

que siempre he querido ver y tocar, más con ánimo fetichista que por cualquier propósito erudito: *Hypnerotomachia Poliphili*, un libro impreso en Venecia en 1499 que es un hito del diseño, y el *First Folio* de las obras de Shakespeare. Había incluso más de un ejemplar de ambos libros, nos los trajeron y los depositaron sobre unos cojines de terciopelo ante nosotros. Busqué uno de mis pasajes favoritos, aquel en el que el príncipe Hal, en la parte primera de *Henry IV*, dice aquello de: *If all the year were playing holidays,/ To sport would be as tedious as to work,/ But when they seldom come, they wished for come,/ And nothing pleaseth but rare accidents*. Lo releí varias veces, sujetando aquel libro, tocando con delicadeza las páginas, y a pesar de eso dejando algo de mis huellas en el libro, mezcladas con tantas otras huellas, me mareaba pensar en todos los dedos que habrían pasado esa misma página desde que salió de la imprenta hasta llegar a mí. Después Sergio, que conocía bien el lugar, pidió que le enseñaran a mi mujer unos documentos del archivo de David O. Selznick: los diseños de vestuario y escenografía de *Lo que el viento se llevó*. Ambos salimos del Harry Ransom Center perplejos, con la imaginación disparada y la necesidad de sentarnos a digerir todo lo que habíamos visto y tocado.

Mi mujer entendió que aquel enorme bloque de hormigón anodino y desangelado, cuyas puertas nos iba abriendo un gigante mexicano vestido de negro y con un pelo inexplicable para dejarnos manosear todo tipo de tesoros inesperados, podría ser quizá una metáfora de lo que aquella ciudad podría ofrecernos si nos atrevíamos a decir adelante con los ojos cerrados.

Vivimos en Austin cuatro años, hasta que mi empresa dejó de ser viable. Después de marcharme de allí, pensé que no volvería a Texas en muchos años, quizá nunca. Pero ahora escribo estas líneas en Austin, el mismo lugar donde

comencé este texto. Han pasado exactamente cinco años desde que aterricé aquí por primera vez, algo que he descubierto gracias a que Facebook me ha hecho volver a mirar aquella foto de mi hija mirando el cielo la mañana en que partí a Austin por primera vez. La circularidad de todo ha dejado de sorprenderme, en el fondo no nos movemos más que en círculos siempre, pensamos que avanzamos hasta que de repente pasamos por un punto en que reconocemos una cara, un lugar, un viejo dolor, un viejo deseo, y nos damos cuenta de que estamos de nuevo en el punto del que partimos. Al emprender de nuevo el camino, solo podemos aspirar a ampliar el radio de nuestro próximo viaje circular si es que queremos ver algo nuevo; da igual en qué dirección caminemos, regresaremos con los pies o con la imaginación a los mismos lugares, al viejo dolor, al viejo deseo, a esa cara. A mí este último viaje a Austin me ha devuelto al Harry Ransom Center, ese lugar que marcó el inicio de una nueva vida con mi mujer y el final de mi duelo. Me han hecho miembro del consejo asesor del centro a propuesta de mi amigo Sergio, que sabía bien hasta qué punto me fascinaba aquel lugar, y quería encontrar la manera de obligarme a visitarle todos los años. De modo que me toca regresar, para asistir a las reuniones del consejo en aquel inmenso bloque de hormigón en donde a la vez no hago más que regresar a los libros que han prendido algo dentro de mí. En mi vanidad, es allí donde quisiera dejar ya de escribir, en ese inmenso relicario de la literatura universal —como si por ósmosis algo bueno se le fuera a pegar—, este texto que sigo sin saber qué cosa es, ni cómo llamarlo, si memorias, autobiografía, ensayo o novela de formación. Quizá una elegía, por todas las cosas que se han ido y por las que nunca vinieron.

(Austin, octubre de 2017).

15. De Lowry a Noxon

Estás entrando en la sala de lectura del Harry Ransom Center, fuera ha quedado tu mochila, con tu iPad y tus cuadernos, no te dejan entrar con nada, te darán un lápiz y unos folios amarillos si necesitas apuntar algo. Tratas de no hacer ruido alguno mientras llegas hasta los bibliotecarios, contienes cualquier carraspeo, pisas con cuidado, lo haces con el mismo cuidado con el que los ladrones se mueven por una casa donde hay gente dormida. No quieres que nadie se fije en ti, te sientes un poco impostor en aquel lugar, rodeado de bibliotecarios con doctorados en literatura e investigadores que preparan minuciosamente una tesis, un artículo, una biografía, un texto riguroso y bien documentado que probablemente no lea mucha más gente que este mismo que tú escribes sin orden ni disciplina. Ahora que estás aquí, por la edad, por la ropa y por el desorden de tu pelo hasta podrías parecer uno más, tienes una idea de todo lo que esconde este lugar, pero no sabes muy bien qué has venido a buscar, te basta con estar un rato sentado, pretendiendo que estás investigando los papeles de alguno de esos autores que seguramente todos los que te rodean veneran incluso más que tú, pero en realidad estás ahí con tu resaca, porque ayer saliste a

escuchar *country rock* y te volviste a encontrar con todos esos desconocidos tan familiares a los que viniste a contarles lo que nos pasó hace cinco años, y algunos te contaron historias bastante peores que la nuestra, y por un momento te dieron el falso consuelo de que todo podría haber sido peor, de que siempre puede ser peor, y otros no contestaron nada más que lo siento, y se sintieron incómodos, otros te contestaron con preguntas, incluso hubo una mujer que te dijo un día que te envidiaba, que no le dabas pena, porque habías perdido algo que ella jamás había tenido, esa alegría que tuvimos todos, ese amor, tantos sitios a los que volver. Miras discretamente a tu alrededor, tratando de averiguar qué investigan con tanta concentración los que están allí sentados ante cajas llenas de libretas, notas, cartas, y de repente todo te parece irreal. Tratas de entender la cadena entera de accidentes, impulsos, reflexiones y casualidades que te llevaron a estar sentado sigilosamente en esta sala de lectura, tratando de aparentar que has venido, como todos los demás, a investigar algo concreto, pero solo te viene a la cabeza un verso de Luis Rosales que te mandó un amigo al comienzo del duelo, no te acuerdas ya bien del verso, quizá era algo así como que el dolor es un largo viaje, un largo viaje con estaciones de regreso, con estaciones que no volverás a visitar nunca, donde nos encontramos con personas, improvisadas y casuales, que no han sufrido todavía. Te dan ganas de levantar la voz por un momento y, como un loco, preguntarles a todos si ya han sufrido o si aún son personas improvisadas y casuales. Luego te preguntas cuántas estaciones le quedarán a este viaje, y yo te pediría que te bajaras ya en esta estación, y dejaras a los muertos que se vayan a otra parte, y dejaras de mirarte la herida, y de mirar lo que se fue y de mirarte a ti mismo. Bájate aquí, el dolor no tiene mucho más que darte, este viaje ha sido tu

obsequio, te ha llevado de vuelta a muchos sitios y te ha dejado esta bitácora, un testimonio con el que aún no sabes qué hacer. Cuando le contaste a mamá que escribes sobre tu vida, nuestros lugares, ella te preguntó que a quién le podía interesar lo nuestro. La pregunta es hiriente, pero no le falta razón, nuestras vidas son totalmente irrelevantes para cualquiera que no nos conozca. Quisieras responderle, porque en el fondo quieres responderte a ti mismo si todo esto vale para algo, y entonces piensas que el breve prólogo que tu admirado Montaigne hace en sus ensayos a esa pregunta eterna te vale para contestar a mamá, a ti mismo, a cualquiera:

Así, lector, soy yo mismo la materia de mi libro; no es razonable que emplees tu tiempo en un asunto tan frívolo y tan vano.

Sin embargo, esperas que quien lea ahora estas líneas y haya llegado hasta aquí no haya desperdiciado del todo su tiempo. Te gustaría creer, y no solo llevado por esa vanidad limpia tan tuya, que también ese él o esa ella han podido viajar a sus primeras veces y reconstruir algo de ese legado que les pertenece y que no ha terminado de hundirse del todo en la oscuridad, que les ha devuelto a su primer amor, al primer disco con el que comprendieron que la música es un espacio emocional de hoja perenne, que les ha recordado la primera obra de arte donde pudieron correr las cortinas que nos ocultan nuestra fragilidad, nuestros deseos oscuros, nuestro terror a la muerte. Que también ese lector o lectora han vuelto a ese viaje en que por primera vez se sintieron libres de todo o a ese plato con el que comprendieron que no hay placer más inagotable y persistente que el de la buena mesa.

Has llegado hasta la bibliotecaria y, susurrando, le has pedido las cajas con los papeles de Malcolm Lowry, porque sabes que Lowry es un santo afín a nuestra causa, ante él

puedes inclinarte, encomendarle tus plegarias y pedirle que interceda por todos nosotros, dile si quieres, «Santo Malcolm, ayúdame a terminar este libro, tú que sabes de distracciones, de despistes, de tabernas, de proyectos inacabados y de comienzos en falso», y luego esta noche pide un mezcal y viértelo en el suelo, para que beban los muertos, y déjalo aquí.

La bibliotecaria me entregó tres cajas llenas de carpetas, me las llevé a un pupitre y lo primero que saqué fue una carpeta de cartas. El principal destinatario era un amigo canadiense de Lowry llamado Gerald Noxon; las cartas estaban divididas en varias carpetas, cada una comprendía una serie de tres o cuatro años. Solo fui capaz de leer las escritas a máquina, que eran la mayoría, las otras tenían una caligrafía críptica, diminuta y desordenada. Me dieron un atril de metacrilato sobre el cual iba posando las cartas, de una en una, antes de devolverlas ordenadamente a la carpeta.

La primera carta a Gerald Noxon estaba escrita desde la cabaña que Lowry ocupó en Dollarton, al norte de Vancouver, junto a su segunda mujer, Margerie Bonner. Está fechada el 28 de agosto de 1940. Lowry describe en sus primeras cartas la belleza natural de aquel lugar, habla de su vida frugal como si estuviera en una Arcadia pastoril, no necesita nada: *It is a magnificent place to live, work or commit suicide*. Le pregunta a Noxon sobre la Segunda Guerra Mundial, sobre la suerte de sus amigos en Inglaterra, donde Noxon y él se conocieron: *One cannot live forever in peace of mind without knowing what is happening to those he loves and respects in the ex-world*. Lowry está totalmente desconectado del mundo —*News here is as infrequent as on shipboard: when it does arrive one often feels his correspondent may be dead*—, lo han expulsado de México, no lo quieren en Estados Unidos y lo rechazan en el

ejército de su país. Vive con un ínfimo presupuesto de poco más de diez dólares al mes, lo mantiene su padre, su mujer de vez en cuando consigue algún dinero con alguna novela detectivesca de serie B, él pide dinero prestado y le cuesta devolverlo. Está totalmente entregado a la escritura y reescritura de *Bajo el volcán*. No sabe si lo que está escribiendo tiene sentido alguno o si es una basura, mendiga la opinión de sus amigos, invita a Gerald a visitarlo, lo pide con gracia, pero entre líneas se nota la inmensa necesidad de que alguien lo visite en aquel exilio en el fin del mundo, para discutir su manuscrito: *But it is not to read you my bloody book I, we, ask you to come, though I may trouble you in this regard* […] *so come anytime you like and stay as long as you like, come unannounced, drunk, sober, or even leading a giraffe*. Dos años después, en 1942, Noxon por fin visita a Lowry, y tras su despedida Lowry le escribe: *Having been working very hard* […] *since you left, and have wrought 100 % improvements thanks to you, in the early pachydermatous prose of the Volcano*. Por fin alguien se ha leído lo que lleva escrito, hay que entender que en ese tiempo y con los escasos recursos de Lowry no existía más copia de su trabajo que la que tenía en su cabaña, y nadie podía ver su trabajo a menos que fuese a visitarlo a ese rincón del mundo desde donde escribía. La llegada de Noxon, el primer visitante ilustrado y con capacidad para editar en todo ese tiempo, habría sido un momento liberador para Lowry. El tipo lleva casi cuatro años dándole vueltas al mismo texto, fuera del mundo. No entiende muy bien ya qué guía su empeño, para qué escribe ni para quién, pero tras entregar tanto tiempo a aquel manuscrito parece que no puede sino terminar lo que ha empezado. La correspondencia con Noxon se vuelve más desoladora a medida que avanza el tiempo y Lowry sigue sin terminar la novela. En una carta de Margie Bonner a

Noxon, mucho menos florida y cálida que las de Lowry, esta le pide educadamente a Noxon que les mande carbón para calentarse en invierno, y le promete que le pagará: *Meantime, if it isn't too much of an imposition and in your spare time sometime, could you see about the coal situation?* Otra carta habla de una deuda de cinco dólares, que por culpa de la negligencia de un banco no han sido capaces de saldar. Eran ya las cuatro y media de la tarde en la sala de lectura, que cerraba a las cinco, y aún me quedaban unas cuantas cartas para llegar a donde quería llegar, al año 1946, que es cuando los editores en Nueva York y Londres por fin aceptan publicarle la novela a Lowry. Intuía que tras toda esa penuria que estaba leyendo habría un estallido de júbilo. Comencé a pasar las cartas rápidamente, en algún momento Lowry las escribía ya desde Cuernavaca y no desde Canadá, de repente me topé con un telegrama. El primero de toda aquella correspondencia. Un telegrama suponía un gasto considerable para Lowry, no podía significar más que la gran noticia: VOLCANO ACCEPTED LONDON NEW YORK SAME DAY NEWS RECEIVED. Al llegar a este punto, y leer el telegrama, se me llenaron los ojos de lágrimas, metido como estaba en la tragedia de su aislamiento en Vancouver y entendiendo por fin lo que significa terminar un libro, aun cuando este que yo trataba de terminar en Austin al tiempo que leía las cartas de Lowry no es más que una digresión tras otra, hilvanadas en mis ratos libres, nada que ver con aquella gestación interminable y aquel parto desgarrador que destruyó por completo la vida de Lowry. Tardé un rato en reponerme, me alejé de los papeles, preocupado por el riesgo de que aquellas cartas impolutas que el propio Lowry había logrado salvar de sus vómitos, de las lágrimas de su mujer o de los incendios de su cabaña acabaran al cabo de setenta años manchadas por las lágrimas de un fan que

había accedido a ellas después de registrarse como investigador. Me dio la risa de pensarlo. Cuando ya me calmé, y se me pasó el llanto y la risa, noté que las bibliotecarias me vigilaban con auténtica preocupación. Volví a las cartas. Noxon contestaba al telegrama de Lowry con otro telegrama: WAS NEVER IN LEAST DOUBT ABOUT VOLCANO SUCCESS, que bien podría indicar exactamente lo contrario, es decir, lo mucho que habría dudado de que un tipo tan autodestructivo y errático como Lowry terminara jamás aquel libro y consiguiera que se lo publicaran. Quién sabe. El telegrama de Noxon, en todo caso, termina con una advertencia muy pragmática, indicativa de su papel como el último amigo sobrio de un tipo desastrado: NO NEED TO TELL YOU BE CAREFUL MOTION PICTURE RIGHTS. La película tardó mucho en hacerse, por desgracia la rechazó Buñuel, y fue a mi juicio la peor de la filmografía de John Huston. Afortunadamente Lowry no vivió para verla, después de la publicación de *Bajo el volcán* ya no fue capaz de terminar nada más, murió en una borrachera. Algunos piensan que fue un suicidio, otros un descuido, y como siempre ocurre en estos casos, los hay que prefieren elucubrar con la posibilidad de un asesinato.

De pronto empezaron a oírse algunos movimientos y murmullos en la sala de lectura. El resto de los investigadores allí congregados empezaron a recoger los papeles que estaban leyendo y a colocarlos en sus respectivas cajas para devolverlos al archivo. Era ya la hora de cerrar.

(Austin, octubre de 2017).

Notas

[1] «La experiencia psicodélica es solo un asomo al genuino conocimiento místico, pero un asomo que puede ser madurado y en el que se puede profundizar a través de varias formas de meditación en que las drogas ya no son necesarias o útiles. Cuando recibas el mensaje, cuelga el teléfono. Pues las drogas psicodélicas son solo instrumentos, como los microscopios, los telescopios y los teléfonos. El biólogo no está ahí sentado con el ojo permanentemente pegado al microscopio, se levanta y trabaja en lo que ha observado…». **<<**